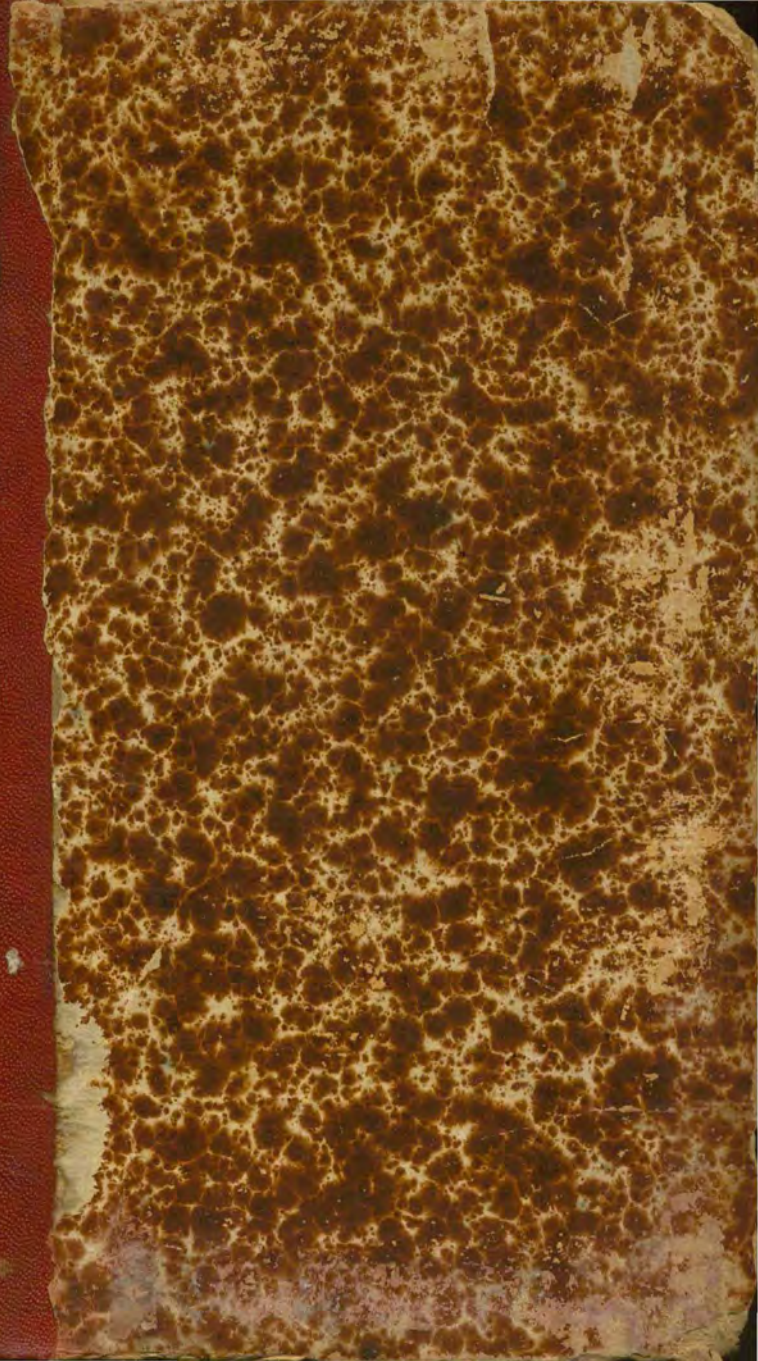
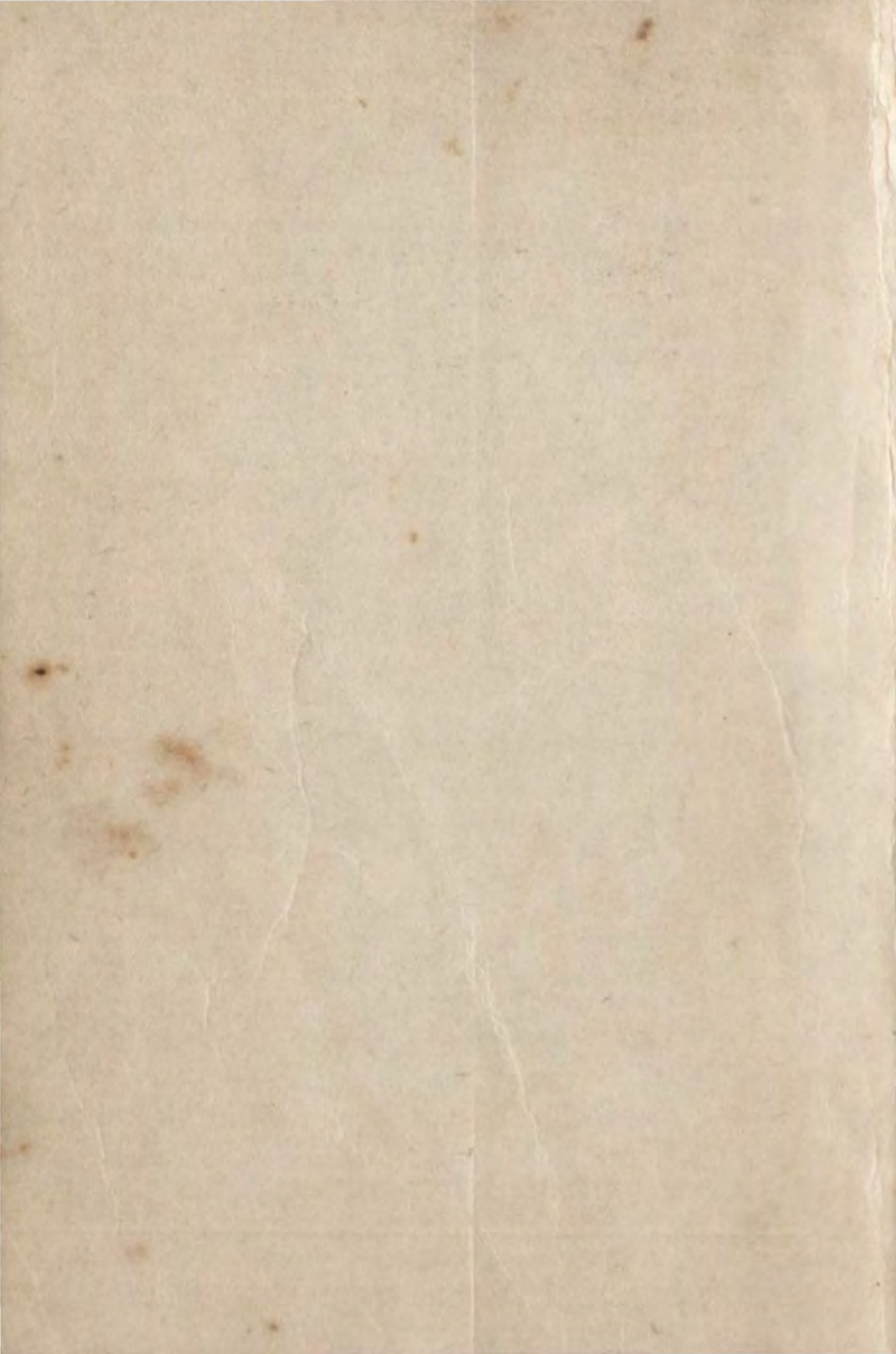


S. SANCHE
GOMEZ

IDA DE UN
MUNDO

8120





GREGORIO SANCHEZ GOMEZ



**MUNICIPIO
SANTAFÉ DE BOGOTÁ**

CODIGO

2-16-53082

NIT.

VIDA DE UN MUERTO

Relato novelesco, de fantasía y humorismo



[Firma manuscrita]

**Casa Editorial y Talleres Gráficos
ARTURO ZAPATA
Manizales — Colombia**

OBRAS DE SANCHEZ GOMEZ

Novela

"La Tierra Desnuda"	(Agotada)
"Rosario Benavides"	(Agotada)
"La Derrota"	
"La Casa de los Del Pino"	(Agotada)
"La Virgen Pobre"	(Agotada)
"El Gavilán"	(Agotada)
"Casada . . . y sin marido"	(Agotada)

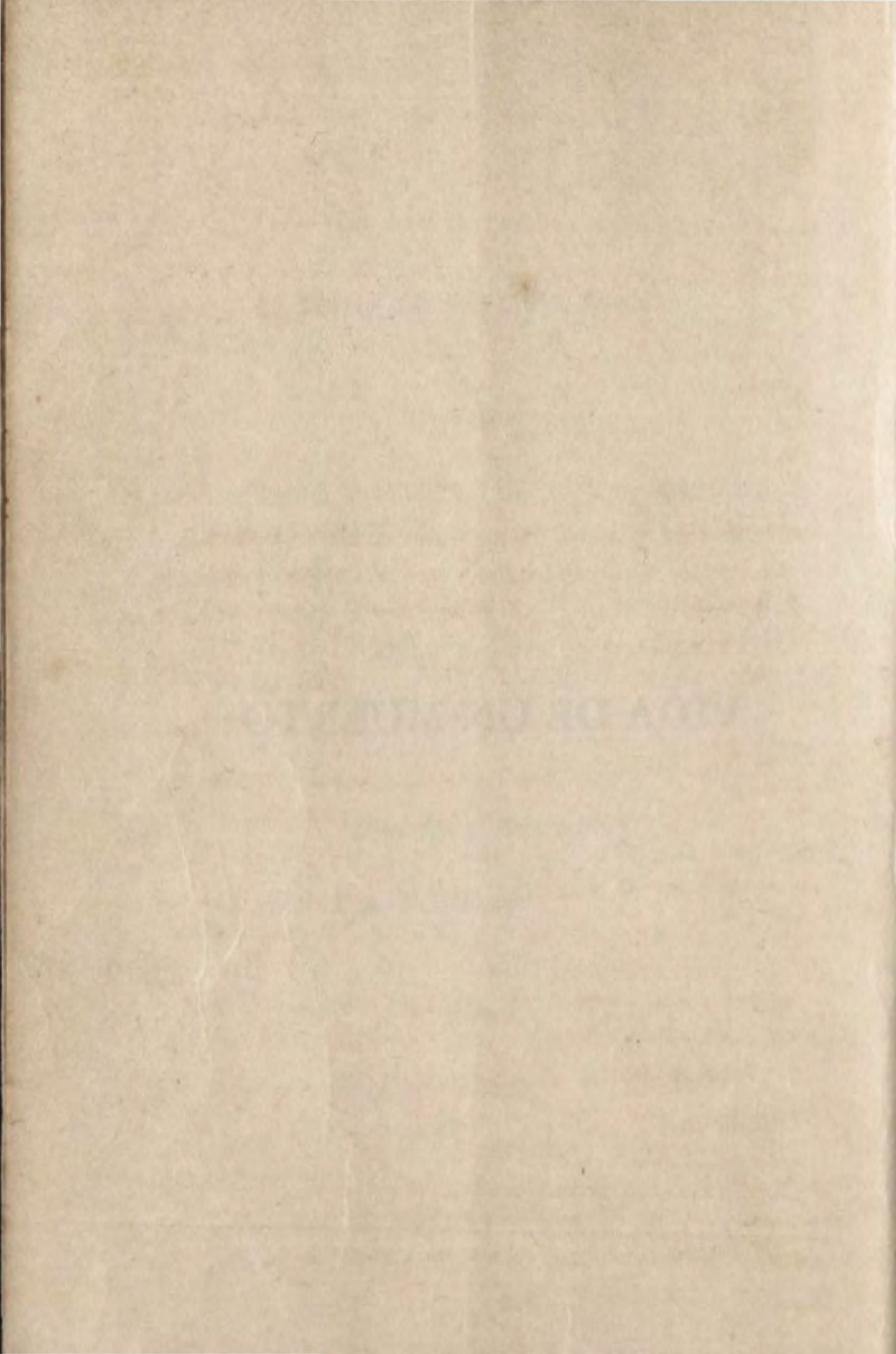
Filosofía y Humorismo

"El Hombre en la Hamaca"

Folletos

"Los Impuestos en Colombia"	
(Tesis de grado)	(Agotada)
"El Ahorro"	(Agotada)
"Problemas Sociales de Colombia"	
(Segunda edición)	(Agotada)

VIDA DE UN MUERTO





— I —

Donde se refiere cómo, durante una sesión de espiritismo, se manifestó intempestivamente un misterioso personaje, y la extraña forma en que transmitió a los asistentes el relato sintético de su existencia inmaterial.



Una llovizna persistente y menuda, que golpeaba los tejados de la ciudad con asordinado ruido de moscardón, empapaba el piso de las calles. Las luces estaban encendidas ya, como de costumbre. Tal vez por causa de la humedad, o porque fuese la hora en que las gentes suelen recogerse en sus casas para la comida de la tarde, y mientras llega el momento de salir para los teatros y otros lugares de esparcimiento, las vías públicas ordinariamente colmadas de transeúntes, se encontraban desiertas.

En calle poco concurrida, por ser de barrio residencial, se levanta una casa antigua, pero reformada con ingenio, lo que le da aspecto moderno, y si se quiere elegante. Durante el día tal casa permanece cerrada, no

obstante que la habita desde tiempo atrás modesta familia forastera, de la que se dice que vive allí sin pagar inquilinato, aunque no es cosa comprobada. Quienes lo afirman explican que la dicha familia es pobre y venida de lejos, y que el dueño del inmueble, caballero aficionado rabiosamente al espiritismo, le hizo merced de dárselo gratuitamente, bajo la condición de que sirviera de médium la menor de las muchachas de la familia, en la que descubrió casualmente facultades excepcionales.

A la referida vivienda da acceso ancho portón de elevado dintel y pesadas hojas de madera, que están siempre unidas y que no se separan sino para dar paso a sus moradores, o cuando cierta palabra cabalística santo y seña seguramente, es pronunciada desde afuera, precedida de golpecitos misteriosos.

En el interior, vasto y amplio como cualquier claustro, el gran patio divide el recinto en dos alas, con sus respectivos aposentos y dependencias. La derecha la ocupa la familia forastera; la izquierda, o sea el gran salón, es el lugar donde se reúne la sociedad de espiritistas "Allan Kardeck", corporación de vida secreta y de actividades inexorablemente nocturnas.

Cualquier reloj del vecindario acababa de anunciar la hora con ocho martillazos roncós y prolongados. Sin duda era viejo, porque su campaneó tenía el són constipado de las personas de avanzada edad. Són carrasposo y casi de mal humor.

Puntuales como cobradores implacables, o como enamorados ingenuos, los espiritistas iban llegando uno por

uno, con cierto airecillo conspirador, y trasponiendo el umbral, lo que ocasionaba continuo abrirse y cerrarse de los batientes del portón, que daba la sensación del pecado, del delito y de cuanto teme mostrarse. Alguien seguramente montaba la guardia detrás de la puerta, atento a los golpecitos rituales y a la taumatúrgica palabra.

De esta suerte, y en menos de quince minutos, penetraron en la extraña casa cerca de cincuenta individuos, entre ellos varias mujeres, pero ninguna joven.

La sala de "trabajo", que en ocasiones hace también de sala de ceremonias, está iluminada apenas. Al frente, o mejor dicho al fondo, contra el testero desnudo de todo adorno, larga mesa sobre su estrado sirve para presidir las reuniones en que se habla pero no se practica. En el centro de la estancia se ve otra mesa, circular, cubierta con tapete oscuro que llega hasta el suelo, y rodeada de sillas. Esta mesa es bastante grande y deliberadamente baja. Mesas pequeñas, tres o cuatro, diseminadas anárquicamente, completan el mobiliario; y fuera de esto, hay también diversos objetos: libros en estantes, frascos con sales y esencias, y en un rincón miscelánea variedad de útiles de escritorio.

La impresión que causa, a quien no está acostumbrado a verla, la sala que queda descrita, es de curiosidad y extrañeza. Salón de audiencias, aula, comedor de hotel, oficina, todas estas cosas sugiere su rara disposición; pero la idea más precisa que da tan singular decorado es la de algo triste, fúnebre y esotérico.

Cuando estuvieron presentes todos los espiritistas del grupo, y también la muchacha de la familia forastera, que servía de **médium**, el caballero de más edad, acicalado y entonado, anunció que iba a comenzar la sesión. Como siempre, tal aviso tenía la virtud de producir cierta conmoción entre los concurrentes, particularmente entre las mujeres, casi todas damas nerviosas y otoñales. La jovencita que hacía de **médium**, o vehículo de comunicación entre los dos planos, el físico y el astral, el sensible y el suprasensible, daba esa noche pruebas inequívocas de estar más turbada o emocionada que de costumbre, pues tenía el semblante muy pálido y permanecía en completo mutismo.

—Hermanos —dijo el caballero presidente—: se abre la sesión. Hoy vuestra labor será puramente experimental. Trataremos de avanzar una línea en el escrutinio de las esferas psíquicas. Es necesario, por lo tanto, y así os lo encargo, que procuréis aportar a la investigación que en breve comenzará, toda vuestra voluntad y capacidad de creencia.

Unánime murmullo de aprobación acogió tales palabras. En seguida los concurrentes ocuparon sus sitios al rededor de la enorme mesa circular, sobre la que se veía ahora papeles, lápices, y en el centro la lámpara, única que quedaba encendida aún. A la derecha del que presidía estaba la **médium**, silenciosa y en éxtasis.

—Apaguen la luz.

Algúen se levantó como autómatas, inclinándose el

cuerpo para acercarse a la lámpara, y con brusco y lúgubre soplo hizo extinguir la llama.

Dispuesta ya en trance, la jovencita, y previos los carraspeos y movimientos circunstanciales, se hizo la invocación litúrgica y el concurso esperó con ánimo suspenso las comunicaciones de las potencias invisibles. En la densa obscuridad sonaban las respiraciones rítmicas, percibiéndose como la presencia de un flúido o de un aura humana manifiesta y actuante. Manos crispadas se aferraban a los bordes de la mesa, y entre la tiniebla, lucían los ojos con fulgor ansioso de expectativa.

Como el espíritu del personaje invocado tardase en acudir, el que presidía dijo al concurso:

—¿Estáis seguros, hermanos, de que habéis llamado toda vuestra voluntad y capacidad de creencia a esta investigación? Si no estáis seguros, os conjuro . . .

Pero lo interrumpió algo imprevisto. Acababa de sentir la mano de la *médium* sobre la suya, oprimiéndola convulsivamente, cual si la joven fuese presa de violento temblor. Se escuchó confuso y agitado balbuceo, al que siguió impresionante silencio.

—Hable —ordenó el presidente—: ¿qué pasa? ¿El espíritu invocado no acude?

Cuando los concurrentes esperaban que la joven iba a responder en seguida, explicando lo que ocurría, se oyó una voz distinta de la suya, enteramente desconocida, pero que parecía salir de sus propios labios. La voz era pastosa, ligeramente suplicatoria, y con timbres de

angustia que sobrecogían e impresionaban. Por otra parte tenía dejos exóticos que la asemejaban a los antiguos acentos.

—Escúchenme, por favor, —imploraba la inesperada voz, temerosa acaso de que sus palabras se perdieran en el vacío—; óiganme, porque necesito aliviarme de la pesadumbre que me agobia hace tanto tiempo.

—Pero, ¿quién es usted? —interrogó el presidente con tono no muy seguro, reaccionando contra el estupor y el pasmo que produjo el incidente.

Tras de corta pausa, dijo la voz:

—Soy el espíritu desasosegado de un hombre que vivió hace muchos años en cierta ciudad de un país remoto. Casi que pudiera afirmar que soy y no soy espíritu. Contra lo que acontece al común de los seres humanos, el epílogo de mi vida mortal fue algo tan ilógico y desagradable para mí, que no he podido conformarme todavía con mi absurda muerte.

—¿Y cree usted que podemos ayudarle en algo? ¿Podría darnos su nombre?

—¿Para qué? Lo considero perfectamente inútil, puesto que mi nombre nada les diría. Además, debo manifestarles que tengo razones poderosas para mantener el incógnito, las que se rozan íntimamente con las viejas leyes y las ancestrales costumbres de mi patria. No obstante esto, y para corresponder a la importancia del servicio que van a prestarme, me permitiré darles impresión sensible de mi persona aprovechando la capacidad ectoplasmática de esta joven.

Los concurrentes vieron entonces que la *médium* se ponía repentinamente de pié, y que fosforescencias pálidas, muy tenues y fugaces, la envolvían transitoriamente. La muchacha se había apartado de la mesa algunos pasos, permaneciendo erguida e inmóvil, como estatua de la tiniebla. Minutos después, observaron que de su cuerpo en tensión, a la altura de los hombros y por el lado derecho, se desprendían lentamente vapores blancuecinos parecidos a la neblina. Tales vapores, confusos al principio, fueron tomando forma, lineamientos y contornos hasta que pudieron ver todos los allí presentes una figura humana. Apenas se percibía la cabeza y parte del busto, pero lo suficientemente claro y preciso para que se pudiese distinguir los rasgos de la fisonomía.

Asombrados y curiosos, los espiritistas miraban el maravilloso fenómeno, apelando a sus recuerdos en busca de algún parecido. Empeño vano, porque la imagen que veían era tan desconocida para ellos como la de cualquier habitante de las regiones hiperbóreas. Pudieron comprobar solamente que tenía facciones regulares, de gente de alta categoría, y que sus ojos y su boca, que no sonreía, expresaban amargura y cansancio.

Lentamente también, la figura se desvaneció, volviendo la *médium* a su sitio.

La voz habló en seguida, de nuevo.

—El servicio que quiero pedirles, amigos míos, es que acojan la comunicación que he de hacerles dentro de breves instantes. Por extraño y absurdo capricho del destino, me tocó dejar el mundo de los vivos en forma

inusitada, pasando a la condición de muerto sin estarlo aún, o mejor dicho, no siéndolo todavía más que provisionalmente. Se trata, pues, como es posible que lo hayan adivinado ustedes, de unas memorias; relato fiel de lo que fue mi vida psíquica durante todo el tiempo que llevo haciendo el muerto, sin haber fallecido en realidad.

—¿De suerte que cree vivir aún?

—No es eso, caballeros, puesto que han transcurrido tantos años desde que me dieron sepultura, que hasta el polvo de mis huesos desapareció por completo; pero siendo hecho evidente el de la inhumación de mi cuerpo en estado de catalepsia, o sea de muerte aparente, convendrán conmigo en que protocolariamente carecía de personería para penetrar con justo derecho en la jurisdicción del misterio. Y como allá también, como en el mundo físico, se respetan las fórmulas y se acata la tradición, aconteció que hube de someterme a largo y fastidioso proceso encaminado a definir mi verdadera situación y a fallar si soy espíritu efectivo y auténtico. Es claro que lo soy prácticamente, desde el momento que la materia de mi cuerpo se disolvió; ¡pero vayan ustedes con tales razones a un tribunal o a un funcionario que inició ya diligencias, y que debe darles todos sus trámites!

—Realmente . . . —comenzó a decir el que presidía.

—No me interrumpan, se lo suplico. Para que comprendan mejor mi estado les diré que he permanecido transitoriamente —y esto hace luengo tiempo— en uno

de los planos astrales inferiores, a donde son destinados los espíritus de personalidad equívoca o dudosa, o de pasaportes ambíguos. La vida que he llevado hasta ahora en dicho plano es la que cuento en mis memorias, redactadas para transmitir a los hombres vivientes noticia; minuciosa de ella, que no dudo habrá de interesarles.

—Pero —interrumpió de nuevo el presidente— ¿cómo va a hacer para entregarnos tales memorias? Trátandose de manuscritos, que son algo material . . .

—Tranquilícense —explicó la voz con tono melifluido—; el asunto es sencillo: he hecho una síntesis para transmitirla por escrito, valiéndome de la mano de la médium. En seguida podemos empezar.

Sin importarle, al parecer, el movimiento de alarma que se produjo entre los concurrentes, temerosos sin duda de que la sesión se prolongase demasiado, el intruso espíritu debió de poner en práctica inmediata su anunciado propósito, pues todos se dieron cuenta de que tras de violenta sacudida, la muchacha en trance comenzó a escribir febrilmente, tocada de improviso de cierta locura gráfica. Su diestra se movía trepidante, a extraordinaria velocidad, con frenética vibración y saltos eléctricos, percibiéndose distintamente el ruido peculiar del lápiz al deslizarse raudo sobre el papel.

No supieron los espiritistas de la sociedad "Allan Kardeck" qué tiempo preciso duró la extraña transmisión del relato; pero sí pudieron comprobar, cuando la mano de la médium quedó inmóvil y encendieron nue-

vamente las luces, que era muy tarde ya, que tenía el semblante despavorido, casi cadavérico, y que sobre la mesa quedaba un gran montón de cuartillas escritas con caracteres temblorosos pero claramente legibles.

— II —

Donde principia el relato, describiéndose las circunstancias en que el misterioso espíritu, protagonista de tan singular odisea, pasó equivocadamente de la condición de hombre vivo a la categoría, nada cómoda por cierto, de falso muerto.

Hace mucho tiempo, tanto que los historiadores podrían narrar y comentar a su amañó los acontecimientos de entonces sin que nadie se atreviera a acusarlos de inexactitud o parcialidad, existía en remoto país una próspera ciudad, muy visitada por gentes de todas las nacionalidades. Su riqueza y esplendor eran extraordinarios, sus moradas magníficas, su refinamiento ejemplar. Las ciencias y las artes habían alcanzado allí tan sorprendente desarrollo, y las formas de gobierno tan acabada sutileza, que causaban la admiración de los extraños y el justo orgullo de los propios. Con decir que en sus academias y centros docentes se educaban centenares de jóvenes de todas las latitudes, podrá el lector de

estas memorias tener cabal idea de la cultura y adelanto de aquella gran metrópoli.

A la entrada de la ciudad, por el lado de poniente, y casi en los lindes del agro, tenía yo mi casa de campo, o quinta mejor dicho, puesto que era a la vez vivienda rústica y urbana. Tenía también otras propiedades en la ciudad, todas valiosas y de mucha fachada, adquiridas por herencia que me dejó mi padre, quien fue mercader riquísimo. De la mentada casa, que me servía de residencia veraniega, decían mis amigos que más que quinta era palacio por su soberbia arquitectura y su magnífica disposición. Jardines y arboledas por donde se veía pulular pájaros raros y vistosos, la rodeaban completamente. El gran estanque, lleno de peces de colores, quedaba a la derecha, en ángulo sombreado por frondosos naranjos. Para llegar al vestíbulo, al que daba acceso fastuosa escalinata, debía recorrerse previamente larga avenida de acacias y palmeras enfiladas alternativamente, bordeada por pequeños rosales cargados de flor.

Pero si en su parte exterior la linda morada encantaba la vista por su estilo gracioso y ligero, interiormente era resumen de cuanto en el orbe se conocía en materia de comodidad, deleite, arte y elegancia. Los artesonados eran preciosos. Frescos encantadores decoraban los muros y los testers de las numerosas estancias; tapicerías orientales aterciopelaban los aposentos con suavidades felinas y enervantes; costosos y bellos muebles, contruidos por los mejores artífices de la talla, y diseminados por dondequiera, parecían convidar con voces

materiales a la molicie y a la holganza. En la edificación de tal palacete, que no era por cierto la mejor de mis propiedades, mi progenitor debió de poner un sentido epicureísta fué ra de toda duda. Minerales raros y de tonos múltiples, maderas finísimas y fragantes, tallados cuarz os de hialina pureza, marfiles, taraceas de plata y de oro, variadas filigranas, todo se reunió allí para darle al conjunto aspectos de maravilla y de belleza casi fantásticos.

Aquella noche les ofrecía a mis amigos una de mis acostumbradas fiestas que, no por tener cierto carácter de intimidad, resultó menos espléndida y memorable. A esta clase de reuniones, que solían trocarse en orgías por culpa de los licores traidores, les daba yo mayor importancia que a otras, por lo que ponía todo mi empeño en que fuesen, si no acontecimientos históricos, por lo menos sucesos dignos de la pluma de los cronistas. Vanidad de hombre rico y de gran señor que se consume de tedio y busca matizar su existencia con lo inusitado y exótico.

Era ya cerca de media noche y en la gran sala de banquetes, estancia circular iluminada por lámparas ingeniosamente escondidas pero que proyectaban intensa luz, la selecta concurrencia se entregaba con fruición casi mística a las delicias de la mesa. Sentado en sillón de alto respaldo, y entre dos hermosas y voluptuosas mujeres, yo presidía la fiesta atosigado por mi hastío. Sin ser viejo, pues no había alcanzado siquiera la cuarentena clásica en que comienza la madurez del hombre,

mi semblante, ensombrecido por el fastidio mal disimulado, y mis ademanes lentos y cansinos, debían delatar el fondo de mi alma. Pero nadie parecía preocuparse, al menos en apariencia, por lo que pudiese pasar en mí. Nadie, con excepción de las dos mujeres que estaban a mis lados. Los demás comían y bebían, haciendo juegos de palabras.

La mayoría de los invitados era gente elegante y rica; pero, como en todo festín, también había allí individuos despreocupados que gustaban de hacer ostentación de su desenfado y su indumentaria caprichosa, profesionales o ensayistas de la filosofía, y sujetos excéntricos que hacen culto o postura de la extravagancia y el cinismo. Había, pues, mercaderes, terratenientes, rentados de diversa clase. Todo el mosaico social se congregó esa noche por extraña coincidencia: hombres de armas, comerciantes, artistas, burócratas, profesores, gente de banca y de navegación, y hasta tipos de vida equívoca pero de ingeniosa palabra y muchas ocurrencias. ¿Qué buen anfitrión no tendrá siempre un cubierto para la bohemia industrial?

Naturalmente las mujeres no podían faltar, y las había de mucha portada. Quince mundanas, de las más bellas y famosas entonces, llenaban la estancia con su frivolidad y su alegría.

Hasta nosotros llegaban las notas lánguidas y sensuales de la orquesta oculta, cuya música, sablamente graduada, tenía sonos asordados, lejanos, lejanos. Las libaciones habían sido frecuentes, por otra parte, lo que

trajo como consecuencia que algunos pretendieran continuar efectuándolas, no ya en las crateras áureas ni en los tallados cristales, sino en copas vivas y cálidas, como lo eran sin duda las tiernas y floridas muchachas que, ceñidas por ligeras vestes, rondaban las mesas escanciando los ardientes licores.

Múltiple y penetrante olor de vinos, flores, succulentas viandas y esencias quemadas nos envolvían confundiendo con los afrodisíacos perfumes que maceraban los cuerpos de las mujeres, exaltando los sentidos despiertos .

La beldad que estaba a mi diestra era una joven rubia, de largas trenzas de castellana feudal, ojos de aciano y silueta grácil como el junco. Su aire grave y plácido la hacía tan ingenua que sus veinte años parecían quince apenas. La que se sentaba a mi siniestra era tri-gueña, mujer inolvidable una vez que se conoció. Tenía el mirar hondo y apasionado, la voz suplicante y herida como la queja de los enfermos, los movimientos felinos y lascivos. Cierta desasosiego parecía turbar su ánimo aquella noche.

Me daba cuenta de que entre las dos mujeres tan diferentes se libraba silenciosa lucha de hechizos, y que la causa y el objeto de ella era yo mismo indudablemente. ¿Me amaban? No podría decirlo con certeza.

—Bébe, y dame a beber en tu propia copa, Lauro—
díjome de pronto Eliana, la rubia, con acento dulce y tranquilo, como si su alma fuera un lago.

—Mi vino no es alegre esta noche, querida amiga—

le respondí acariciando suavemente sus trenzas blondas—; hace muchos días que no lo es.

—¿Qué importa? Para mí nunca será triste ni tedioso lo que viene de tí. Te quiero, Lauro.

Entonces bebí, y le pasé mi copa casi llena. Mientras lo hacía, Artemisa, la morena que tenía a mi izquierda, tomó mi otra mano, y oprimiéndola con cierta violencia me reprochó con su voz herida que temblaba un poco.

—¿Es justo y es galante que olvides a tus demás amigas, Lauro? Recuerda que eres el anfitrión, y que tienes otras invitadas.

—Ciertamente, Artemisa; lo tengo presente, y también que eres tú una de las primeras.

—¿Querrías decirnos cuál es entre todas la primera?

—Sin duda vosotras dos —contesté prontamente, pero en tono que no me oyesen las demás mujeres del convite.

Eliana suspiró. Por los ojos de Artemisa ví pasar lívido relámpago. Una escanciadora próxima colmó de nuevo las copas.

—¿Quién puede distinguir —agregué en seguida— entre el esplendor glorioso del día y la maravillosa belleza de la noche?

—Entre el día y la noche está la tristeza de la tarde— observó Eliana sutil y melancólicamente.

—¿Lo dices por mí? ¿Es una queja?

—Tú mismo lo has dicho, Lauro.

—Te ruego que olvides mis palabras.

—¿Olvidar? Dame a beber nephente, y así será posible.

Este diálogo fue interrumpido de improviso por grandes risas que provenían del otro extremo de la mesa. Como en aquel lado se sentaba conocido escritor satírico, que hacía también comedias, y como las carcajadas se prolongasen, sentí vivos deseos de conocer la historia que motivaba tanta hilaridad. Así, pues, me dirigí al famoso autor rogándole que repitiera su relato para que pudiésemos todos escucharlo.

—Si ello ha de complacerte, Lauro . . .

—Toda la ciudad conoce y aplaude tu ingenio, caro Silvano. En cuanto a tus amigos, bien sabes cómo te admiramos.

El autor repitió entonces la anécdota, en voz más alta; y lo hizo con tal donaire y tan punzante gracejo, que el regocijo sacudió toda la concurrencia. Aún sonaban en el recinto los ecos de aquel júbilo desbordado, cuando, con angustia indefinible, me dí cuenta de que se me dificultaba respirar; la vista se me nubló, y súbita asfixia me subió del pecho hasta la garganta.

—¿Por qué apagan las luces? —balbucí ahogándome de congoja.— Eliana . . . Artemisa . . . amigos míos . . . ayudadme por favor que me muero.

Como entre tinieblas, alcancé a oír aún la voz de Eliana que gemía, agarrándose a mí desesperada:

—¡Lauro, Lauro, qué pálido estás! ¿Qué tienes? ¿Por qué me miras de ese modo?

Luégo sentí tumultos confusos, atropellados, con exclamaciones y gritos, de gentes que se precipitaban hacia mí formando apretado cerco a mi alrededor.

Cuando después de largo rato en que me pareció quedar sumido en profunda obscuridad, y mis sentidos materiales nada volvieron a percibir del mundo exterior recobré la conciencia de mí mismo, pude darme cuenta de que habían trasladado mi cuerpo a una pequeña estancia donde lo colocaron en lujoso catafalco. ¡Ah, sin duda mis queridos amigos me dieron por muerto, procediendo a cumplir piadosamente los deberes y ritos que el caso demandaba!

Pero no estaba muerto. Había caído solamente en estado cataléptico, tan profundo que mis acompañantes debieron de quedar persuadidos de mi repentina defunción. Además, importa advertir que entre los invitados figuraban tres médicos, respetables hombres de ciencia, quienes estuvieron de acuerdo en la efectividad de mi fallecimiento, si bien es verdad que sus opiniones fueron distintas respecto de las causas que lo motivaron y el nombre y clase del mal. Cuán lejos se hallaban los eminentes galenos, de sospechar su equivocación y el gravísimo error que me iba a ser tan funesto!

Las ceremonias que siguieron fueron impresionantes en extremo. Rígido en el descubierto féretro de bronce, rodeado de enormes hachones, yo veía desde lo alto del catafalco que casi desaparecía bajo montañas de flores cuya fragancia natural se mezclaba con el perfume áspero de las ardientes resinas, la curiosa y extraña es-

cena que se desarrollaba en la cámara mortuoria. Mis ojos veían aquello, inmóviles y aparentemente sin vida, y mis oídos escuchaban cuanto allí se decía.

Al principio mis buenas amigas Eliana y Artemisa permanecieron junto a mí, vertiendo abundantes lágrimas y gimiendo con lastimeras voces. Luégo Artemisa se retiró mientras Eliana se quedaba todavía largo tiempo, sollozando sobre mis despojos mortales, testimoniándome así su afecto y su fidelidad.

Hombres adustos revestidos con túnicas sacerdotales vinieron después a cumplir misteriosas prácticas. Entonaron con voz gangosa lenta y triste melopea mientras sus manos trazaban en el aire signos cabalísticos, pertenecientes seguramente a algún culto esotérico; batieron en mi honor sendos turíbulos cargados de esencias quemadas; y, finalmente, tras de ungirme la frente y las manos con ungüentos olorosos, suaves como el aceite, se retiraron con grandes reverencias y nuevas canturrias.

Entre tanto, mis invitados de esa noche, y otros amigos, y no pocos curiosos que acudieron a la noticia de mi muerte, llenaban la estancia y los demás aposentos de la casa. Yo sentía fuertes deseos de reír viendo a toda esa gente allí congregada, con sus caras largas y serias semejantes a máscaras de tragedia, su andar blando de palmípedo y su dialogar doliente, elegíaco y capcioso. Si hubieran podido adivinar que el hombre que yacía paralizado y lívido como escultura de cera, en la estrecha caja metálica, estaba tan vivo como ellos, vien-

do sus gestos teatrales y escuchando sus palabras protocolarias, ¡cómo hubieran reído también de su engaño y de su ridícula situación!

¿No era cómico, en verdad, todo eso? ¿No era un extravagante sueño, y si se quiere una pesadilla, tan absurda pantomima? Tuve, sin embargo, qué limitarme a reír silenciosamente, en la misma forma que ríen los muertos, porque los músculos no me obedecían y mi boca estaba tan rígida y sellada como la de las figuras de piedra.

Al amanecer, bajo la luz pálida del alba, fue el funeral, desfile melancólico hacia la necrópolis de los ricos. El gran cortejo me acompañó, con ofrendas florales y compungido recogimiento. Diez plañideras que caminaban a mi espalda —¿puede hablar de esta suerte una persona a quien conducen en postura supina y en decúbito?— sollozaban desesperadamente, dando patéticas muestras de que su dolor no tendría jamás consuelo. En el acompañamiento iban mis amigos, me parece que todos, aunque no estoy seguro de ello porque mis amigos eran incontables; iban también algunos individuos que no me querían bien, ignoro por qué motivos, pero que seguramente se creyeron en el piadoso caso de darme esa prueba póstuma de su magnanimidad. Confieso que la presencia de dichos caballeros en mi sepelio no me produjo emoción ni sentimiento alguno de gratitud; bien al contrario, su actitud falsamente patética y su expresión hipócritamente dolorida me causaron repugnancia y risa. Hubiera querido incorporarme, para

pedirles que se retiraran del cortejo, en señal de respeto a mi memoria. Por otra parte, la fúnebre comedia me divertía muchísimo, pues no debe olvidarse que cabalmente lo que mi espíritu necesitaba eran causas para reír, como paliativo de mi aburrimiento.

Compadezco a quienes, después de muertos, caminando del último descanso, no tuvieron ocasión de ver como yo aquella memorable mañana, la cara de un enemigo contumaz. Es algo curioso y digno de estudio. Sin duda los que nos odian o nos envidian mientras estamos vivos, han de sentir extraña fruición acompañando nuestros restos al cementerio; y han de pensar también, con carnal voluptuosidad, que ya no seremos para ellos más que sombras. ¿No han experimentado ustedes, tras larga noche de sustos, la alegría pueril que produce la aparición del sol y el convencimiento de que los fantasmas que nos hicieron temblar no eran sino ilusión de nuestros sentidos, fantasías de nuestro temor excitados? Así, con alivio semejante, y acaso con cierta paradójica compasión, me parece que mira el hombre viviente los despojos de su enemigo que va, rumbo al olvido, con los pies por delante enarbolados a modo de fúnebre bandera.

Cuando mis piadosos amigos, recorrida larga avenida de mirtos y cipreses, bien cerrado y remachado, depositaron el ataúd en la bóveda del suntuoso mausoleo de mármol y ónix, que en vida hice construir para mí, un pesado silencio se produjo entre el melancólico cortejo. Entonces pude apreciar todo el horror de mi situación. Ahora estaba anegado en tinieblas, verdadero náu-

frago de la noche, y el silencio me circundaba, ciñéndome a modo de cinturón de espanto y de soledad.

De espanto he dicho; y es necesario que añada, para ser exacto y verídico, que hasta tan supremo momento no supe lo que es esa sensación indescriptible, y mortal. Me sorprende no haber fallecido de veras en dicho instante. ¡Conque me habían enterrado vivo! ¡Conque era realidad aquella pesadilla horrenda!

Mi cuerpo continuaba rígido, insensible, bajo la acción de la catalepsia, conservando su conmovedor aspecto de cadáver. Pero mi espíritu, que velaba, y que fue hasta entonces como el observador o el notario que dan fe de los hechos, comprendía bien las circunstancias horribles a que me condujeron la precipitación de los amigos y la dudosa ciencia de los galenos. Y no quiero emplear más rodeos y eufemismos para declarar que lo que sentí, ya con la plena conciencia de mi tragedia, fue un miedo pánico, escalofriante y aullador, que poco a poco se iba trocando en terror exasperado.

Intenté, a pesar de todo, raciocinar; y como evidentemente tan lamentable condición me creaba un problema, pensé que su mejor solución consistía en considerar las cosas con calma. Lo que no me pareció difícil, por cierto, puesto que la materia, la carne, estaba dormida, incapacitada por lo tanto para oponerse, con sus cobardes reacciones, a la obra de la inteligencia. Los sentidos físicos no me servían, no podían servirme ya para reclamar auxilio, encerrado como me hallaba en el oscuro nicho de piedra, e incomunicado por completo con el mun-

do exterior. ¡Y pensar que sólo una pared de granito, una plancha de mineral, me separaba y aislaba de la vida! ¿Quién escucharía mis gritos? ¿Y con qué iba a gritar si mi boca estaba aparentemente muerta y pavorosamente muda? De otro lado, los pobres y torpes oídos humanos no sabrían escuchar mi voz inmateral, ni la sensibilidad de los hombres vivientes percibiría las misteriosas manifestaciones de mi conciencia.

Resuelto, sin embargo, a no abandonarme al aclago destino sin agotar cuantos recursos pudiera ofrecerme mi propia desesperación, decidí hacer ronda por la ciudad esa misma noche, a ver si era posible lograr que mis amigos me entendiesen. ¿Tan insensibles serían que no se diesen cuenta de mis comunicaciones psíquicas? Desdoblándome suavemente, dejé, pues, mi cárcel humana, y emprendí la silenciosa excursión, que fue algo así como modesta embajada en demanda de socorro.

Mi buena amiga, la apasionada Artemisa, que tenía ya nuevo amante, acaso porque su corazón necesitaba consuelos más efectivos que los del recuerdo lacrimoso, y también porque siempre sintió un saludable horror a la soledad, descansaba lánguidamente en su lecho, bajo la protección de un sueño reparador. Largo rato permanecí a su lado, tratando de obrar sobre su inconsciencia y sus nervios. Despertó de improviso, y, un poco asustada, llamó a su compañero para decirle:

—Acabo de tener un extraño sueño. He visto a Lauro caído en profundo pozo, haciéndome señales desespera-

das. Parecía que me hablaba, pero no podía entender sus palabras.

El amante respondió, entre malhumorado y celoso:

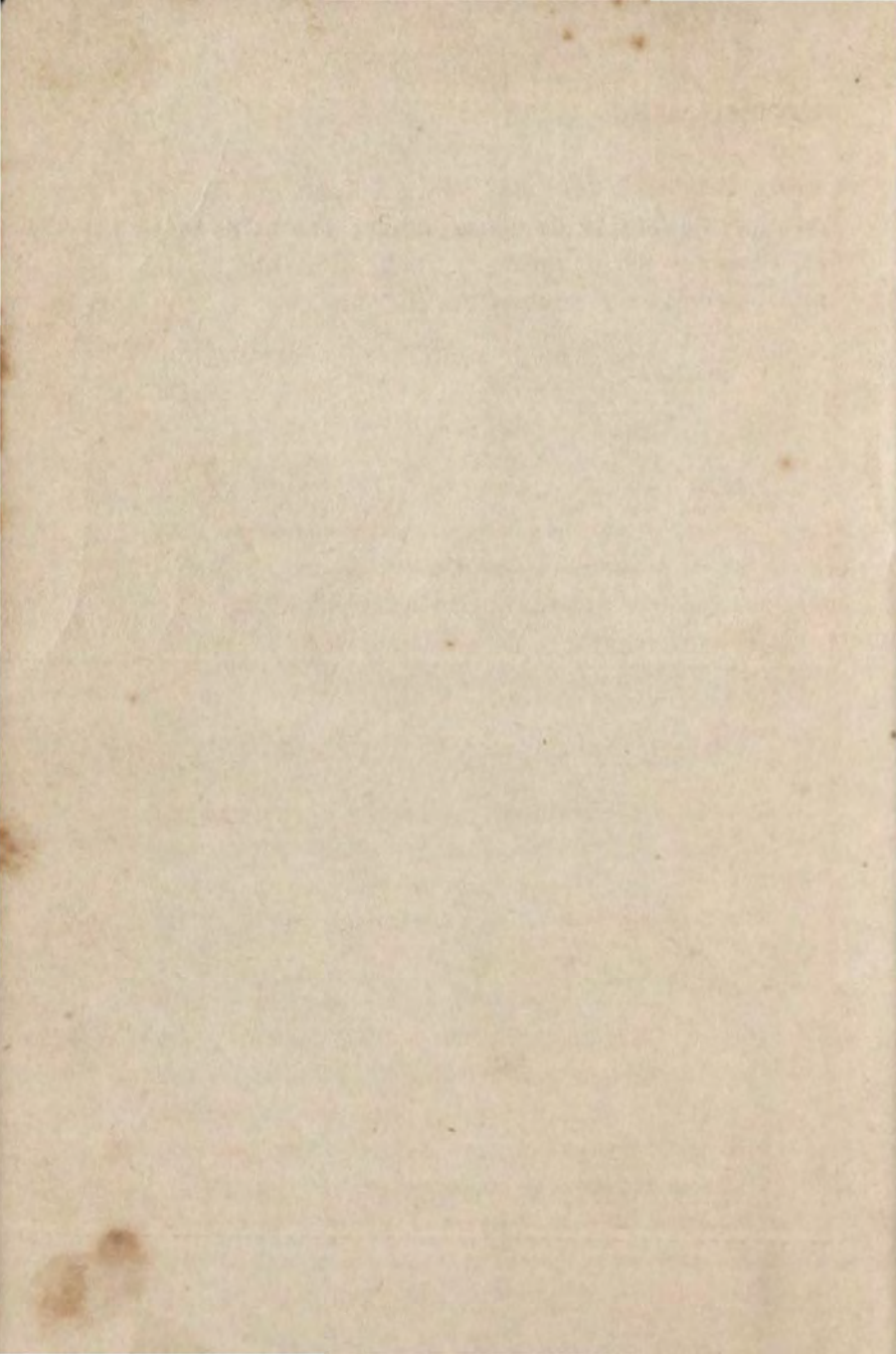
—Tranquilízate, y duerme. Los sueños no son más que sueños, amiga mía.

Ante semejante fracaso, me trasladé en seguida en busca de Eliana. La romántica beldad velaba aún, con los párpados hinchados por el llanto. ¡Pobre! Soplé tiernamente sobre sus cabellos, y ella se estremeció. Luégo quise impresionarla, apelando a todas mis energías. Le notaba muy viva inquietud, como si de pronto se hubiese excitado su imaginación. La ví palidecer. Después, nada . . . De seguro mi buena Eliana cayó en postración, porque se quedó inmóvil, con la cabeza echada hacia atrás y los párpados entornados.

El desaliento se iba apoderando de mí, y la desesperanza. ¡Cuán sordos, eran pues, los hombres vivientes, y cuán limitados y torpes sus sentidos materiales! Aferado a vislumbres de fé, indecisa y débil, porque dudaba ya de la anhelada salvación, corrí desalado en busca de mis mejores amigos, los que fueron mis íntimos confidentes. Y también el fracaso coronó mi inútil empeño, puesto que no podían entenderme, estando sus almas colmadas de preocupaciones y de pasiones que las embargaban por completo. Eran ciegos y sordos, y pesados como montañas.

Entonces regresé a mi oscuro refugio. Decidida.

mente, todo había concluído para mí. Tenía qué aceptar mi papel de difunto; de pobre difunto que ha de viajar sin tiquete y sin pasaporte, y sin lugar de destino manifiesto, como un contrabandista cualquiera.



— III —

Se cuenta aquí lo que le ocurrió al protagonista, no bien penetró en las regiones desconocidas, y el grave conflicto en que se vió con motivo de su identificación, así como otros incidentes típicos y curiosos provocados por su condición ambigua e incierta.

Aceptando filosóficamente el papel que el destino me señalaba, y desprendiéndome por completo de todo interés humano, aunque no fuese todavía espíritu desencarnado, volví entonces los ojos hacia la misteriosa e incógnita región que pueblan los muertos. Una especie de bruma fría y sutil envolvía mis formas astrales, y a lo lejos, como en horizonte circular, azulino, indeciso y lleno de extrañas vibraciones, percibía, o adivinaba mejor dicho, el comienzo de algo nunca soñado por la fantasía y que bien podía ser la frontera de ese enigmático más allá que presienten en vida las almas de los creyentes.

Me acometió viva y ardiente curiosidad de ver "aquello", de conocer lo que guardaban oculto a las mira-

das de los hombres tan limitadas y precarias, las remotas zonas donde florece, como planta espectral, la existencia síquica, y donde alumbran, con fulgor de muertas estrellas, luces pálidas e inextinguibles. Pero, ¿cuál sería la ruta que llevaba a los encantados estadios, entre tantas como parecían abrirse hacia lo infinito en aquel inmenso panorama extrafísico? ¿Qué brújula me iba a indicar la dirección en esos espacios sin término aparente?

No sabiendo, en verdad, por dónde iniciar la marcha, y balanceándome como barco perdido en medio de incertidumbres e indecisiones, sentí junto a mí, sin saber cómo llegó a mi lado, una sombra blanca y diáfana, de aspecto tan desorientado que me pareció que era mi propia sombra. Otra sombra la acompañaba, de tamaño mayor y más luminosa.

—¿Qué hace usted aquí? —me interrogó esta última con ostensible extrañeza.

—Oh, yo mismo no lo sé —respondí en són de queja.

—Pero usted no es espíritu desencarnado —observó mi interlocutor con creciente asombro.— ¿Cómo pudo llegar a estos sitios?

Expliqué entonces como mejor pude la singular y desagradable ocurrencia en virtud de la cual me ví sin pensarlo ni quererlo fuéramos del mundo de los vivientes. Mi corto relato debió de impresionar a los dos espíritus, porque noté en ellos ciertas manifestaciones que traducidas al lenguaje humano debían significar por lo menos

que mi desventurada suerte no les era indiferente del todo.

La sombra mayor volvió a interrogarme.

—¿Qué religión profesaba usted en la tierra?

Tan inesperada como brusca pregunta me desconcertó en grado sumo, dejándome vacilante y turbado. Recordé con alguna confusión que durante mi existencia mortal fui un despreocupado, casi pudiera decir que un descreído. Si practiqué un culto cualquiera, tengo fuertes sospechas de que fue solamente el de los placeres y las alegrías de vivir. No siendo posible mixtificar la verdad, intenté responder en forma evasiva que no llegara a perjudicarme.

—Le hago esta pregunta —advirtió la sombra— para estar en capacidad de indicarle con más certeza el camino.

—Lo cierto es que . . . —balbucí— no tenía creencia definida. No estaba afiliado a culto alguno, ni tuve tiempo jamás de ocuparme en esas cuestiones.

—Ah, ah, —volvió a decir mi interlocutor con tono de estar suficientemente ilustrado—: usted perteneció seguramente al anárquico grupo de los ateos.

—Tánto como eso . . .

—O al de los indiferentes en puntos de fe. Pero no es lo que por el momento interesa. Ante todo debo recordarle que en estas regiones, que los hombres vivientes llaman "el otro mundo", cada religión tiene su paraíso. Como podrá apreciarlo en breve, los más importantes son el de los católicos, el de los mahometanos, y el

de los budistas y sus sectas. Los citados edenes tienen gran movimiento, pudiéndose decir que son como sitios de turismo en boga, con la diferencia de que quienes los visitan se quedan allí definitivamente avecindados. A usted, sin duda, le va a ser difícil naturalizarse en alguno, por causa de lo anormal o anómalo de lo que se pudiera llamar su estado civil extraterrestre. En primer término porque no habiendo muerto de verdad, no es todavía espíritu puro, alma desencarnada; y luego, porque no estando afiliado a ninguna religión, se hace imposible, o por lo menos problemático, su ingreso a cualquier paraíso.

—¿Qué camino tomaré, pues? —Inquirí un poco desalentado y con algo de fastidio.

—A los que llegan a estos planos en las condiciones de usted, no les queda otro recurso que acomodarse en las zonas neutras.

—¿Y eso qué es? —averigüé sorprendido.

—Son especies de limbos o círculos completamente gaseosos, a los que se acogen en último extremo los que no fueron admitidos en ninguno de los paraísos a que me refiero. En tales lugares se lleva una vida, si es que puede llamarse así la permanencia o estancia de quienes los habitan, completamente indeterminada. Algo así como una existencia flotante. Los espíritus están allí como corchos en ancha balsa de aceite.

—Sea como fuere —declaré con resolución—, estoy dispuesto a aceptar las cosas en la forma que vengan.

Lo que me importa es salir pronto de esta zozobra y definir mi situación. ¿A dónde van ustedes ahora?

—Al paraíso de los católicos, a gestionar la admisión del espíritu que me acompaña. ¿Quiére venir con nosotros? Podemos intentar su introducción de alguna manera, aunque sea provisionalmente.

Acepté la invitación poniéndome a las órdenes de aquella gran sombra luminosa, la que probablemente era una de las que tenían el encargo o la función de recibir y conducir a sus respectivos destinos las almas de los que fallecían en la tierra.

No puedo decir si fue un vuelo o una exhalación la marcha vertiginosa que emprendimos a través de espacios tan inconmensurables que la mente humana no sería capaz de concebirlos. Siguiendo al espíritu conductor que parecía remolcarnos, avanzábamos a velocidad fantástica de bólidos o meteoros disparados con irresistible fuerza. No sé qué sentirían mis compañeros; de mí puedo asegurar que caí como en una suerte de pasmo en el que ni hablaba ni lograba casi pensar. Mis ojos astrales eran lo único que tenía manifestación activa y sensible en mí, y una especie de sentido sensual, pero de abstracta sensualidad, que me permitía percibir la extraña naturaleza de aquel ambiente sutil y etéreo en que nos deslizábamos como diáfanos flechas o como raudos relámpagos viajeros.

Por momentos sentía fugaces y recónditas sacudidas, semejantes a los estremecimientos que agitan el cuerpo cuando se vive vida mortal, vida humana. Me atemori-

zaba vagamente la visión prolongada de ese espacio sin fondo ni límites, terriblemente vacío como un desierto de aire, o de algo que no podría definir en forma que me comprendiesen los hombres. De otro lado, me causaba mucha impresión el mutismo en que íbamos. A mi compañero, el muerto auténtico, lo contemplaba de soslayo, y, no sé por qué, me ocurría pensar que su semblante traslúcido, de facciones que nada tenían de humano, estaba cubierto por tenue velo, casi azulino, lo que sin duda debía ser la palidez de los espíritus. En cuanto al luminoso guía, que con la velocidad parecía ganar en hialino fulgor, daba tales muestras de ir tan ensimismado en el cumplimiento de su deber, que no pude menos que evocar mentalmente a esos hombres ejemplares que en la tierra desempeñan cargos de responsabilidad. Un capitán de buque inglés, verbi-gracia, o un rector de colegio protestante.

Opté al fin por interpelar al guía, para salir de aquel silencio abrumador, diciéndole:

—Esto es tan enorme que me parece estar en el mismo punto sin avanzar ni retroceder. ¿Cuánto hemos adelantado? ¿Llegaremos pronto a alguna parte?

Con gesto inefable y voz dulcísima, que presumo son signos de fina ironía ultraterrestre, mi interlocutor respondió:

—Me explico su pregunta, porque usted no es aún alma desencarnada. No siendo todavía espíritu puro, es natural que conserve rezagos de sensaciones físicas y restos vivos de impresiones que tuvo en el mundo sensi-

ble. Pronto se acostumbrará a esta inmensidad, connaturalizándose con la idea y la visión de lo infinito. Lo que hemos avanzado se lo podría expresar en cifras fantásticas, que para nosotros son corrientes, pero que para un neófito resultarán absurdas y locas. En cuanto al término de nuestro viaje, le hago saber que apenas estamos en el comienzo.

Haciendo una pausa significativa, repuso:

—Pero no se intranquilice ni desespere, que lo que va a presenciar en adelante le interesará en alto grado.

Ocurrió, en efecto, que, recorrido un trayecto más, el ambiente cambió por completo. Parecía que entrábamos en otra zona, bien distinta por cierto. Un flúido impalpable, diáfano, indefinible, tan ingrávido que sugería un ascenso constante, nos envolvía en oleadas tenues y dilatadas, de imperceptible ondulación. No sabría expresar de modo preciso lo que experimentaban ahora mis sentidos ultrasensibles, tocados por extraños estímulos y sacudidos por desconocidas reacciones. En aquella sustancia sin color, liviana y traslúcida, en que navegábamos raudamente, flotaba una fragancia inédita, de imposible comparación con los olores del mundo, y se difundía una especie de música como no la oí jamás de instrumento alguno entre los hombres. Un resplandor maravilloso lo llenaba todo, y, sin embargo, no era luz aquello.

Bien pronto la ruta comenzó a ofrecer aspectos distintos y sorprendentes. El panorama, o el paisaje si pudiera llamarlo así, ofrecía a cada instante faces nuevas

y cuadros estupendos. De zonas iluminadas extrañamente pasábamos de improviso a zonas de densa oscuridad. De espacios desiertos a espacios poblados de enormes cuerpos estelares. ¡Pero qué distancias aquellas! Y era lo más asombroso y extraordinario que, contra la apariencia caótica que presentaba el fantástico universo que íbamos recorriendo, un orden perfecto y una soberana armonía lo regularizaban, pues no de otro modo era posible que mantuviese el equilibrio, sustrayéndose a la catástrofe.

Algunos de los citados cuerpos estelares tenían coloración oscura y opaca, de brasas apagadas; otros despedían intenso fulgor, o llameaban como materias en combustión, que arden sin consumirse. En nuestro vertiginoso vuelo alcanzábamos y dejábamos luego atrás estrellas de luz blanca y fría, semejante a la de los plenilunios terrestres; astros de luz prestada o refleja, algunos con diademas o con collares de asteroides; cometas de cola incandescente y cabeza de cíclope, pues tenían un solo ojo; globos de fuego, archipiélagos de estrellas flotantes; y también, aunque más raras y distanciadas, ingentes masas de color lechoso y gelatinosa consistencia, que daban la sensación de gigantescos cuerpos vermiculares contrayéndose y dilatándose, y yendo a la deriva de ocultas y misteriosas corrientes etéreas.

Acabábamos de dejar a nuestras espaldas una de tales grandes nebulosas, cuando el guía, interrumpiendo el largo silencio, exclamó señalando a lo lejos cierta esfera parda y grisosa que se movía con lentitud:

—Es Marte, el famoso planeta de que se han ocupado tanto en la Tierra. Los astrónomos y demás gentes de ciencia entre los hombres suponen que está habitado por seres vivientes de configuración especial y de peculiares costumbres. Mucho es lo que han escrito sobre esto, pero, como es natural, tratándose de cosas de la fantasía, la mayor parte de la leyenda se les debe a los poetas y a los novelistas. Los sabios, por respeto a su categoría, se han limitado a señalar manchas y accidentes que permiten suponer la existencia de dichos moradores.

—¿No existen, pues, los marcianos? —pregunté con extrañeza.

—Ya habrá oportunidad de que vea lo que hay allí —me contestó el guía, enigmático.— Así como también tendrá ocasión de conocer lo que pasa en la luna. el popular satélite bautizado por no recuerdo cuál portalira con el nombre de “lámpara de la noche”.

A poco se presentó a nuestra vista, en la sideral lonjananza, otra esfera menos oscura, moviéndose dentro de un anillo alargado.

—Siempre que paso por aquí —volvió a decir el guía—, y acordándome de cuanto he visto en la Tierra, se me ocurre pensar que el anillo de Saturno serviría para un estadio magnífico. Para pista de carreras no se encontraría sitio más apropiado.

Sorprendido, miré a mi interlocutor esperando hallar en él alguna expresión, gesto, o sonrisa cualquiera, que correspondiese a sus palabras; mas sólo pude observar

con inevitable asombro, una serena gravedad en sus infables facciones, y una luz tranquila e ingenua, de la que estaba ausente toda malicia, en sus ojos beatíficos.

Me atreví a decir, como si estuviese en la Tierra:

—Bien pudo ser también este bonito anillo, el estadio de los antiguos dioses, los del Olimpo.

Pero no obtuve respuesta alguna. Entre tanto, el otro compañero parecía volar sumido en un sueño, en el éxtasis anticipado. Yo lo miraba de cuando en cuando, viendo sus párpados caídos y su frente iluminada por suave resplandor. Avanzaba en absoluto mutismo, dando la impresión de que iba como arrebatado en áureo carro, por fuerza soberana e incontenible.

Comencé a darme cuenta de que cierta somnolencia se apoderaba de mí, cual si me embriegasen y enervasen soporíferas sustancias diluídas en el éter. Pronto el sueño se hizo invencible, haciéndome temer que si perdía el control de mi propia persona no iba a llegar seguramente al punto de destino. Le expresé mi inquietud al guía, y éste dijo:

—Tranquílcese. Estas regiones no están al alcance de la fuerza de gravedad de la Tierra. Por otra parte, y aunque usted carece por ahora de la naturaleza astral efectiva, no hay peligro de que lo alcancen las energías materiales. Su propia sutileza lo ampara. Si necesita dormir, duerma confiado. El impulso que llevamos nos conducirá él solo hasta el término del viaje. Además, yo velo.

Miró rápidamente al alma que iba con nosotros, y

sonrió viéndola dormida como un infante. En seguida agregó:

—Ahora precisamente vamos a entrar en vasta zona de obscuridad, donde son tan densas las tinieblas que no nos veremos por mucho rato. Después está el paraíso de los católicos.

Las sombras nos rodearon en breve, pero yo sentí que la somnolencia, en lugar de seguir o aumentar, desaparecía de improviso. En vano hacía esfuerzos heroicos por ver o percibir algo en torno mío. Pensé que aquella debía ser la verdadera noche, la sombra absoluta. Tuve la sensación de que me había vuelto ciego de repente. A mi lado, en la profunda nada que me envolvía, todo era silencio, soledad, espantoso vacío. Sin quererlo, me estremecí.

Pero al fin, tras de aquel horrible trayecto, una luz brilló en el indeciso horizonte. Al principio fue como resplandor tenue y pálido, claridad ilusoria muy parecida a la incierta lumbre del alba. Luégo, a medida que nos aproximábamos, volando siempre a fantástica velocidad, la luz fue creciendo en intensidad y esplendor. Nunca mis ojos habían visto cosa igual a esa luz extraña, hecha sin duda de milagro y de maravilla, de insospechada belleza y de diafanidad que jamás soñó la más loca y violenta imaginación. Era algo semejante a una gran llama blanca, pero de indefinible blancura traslúcida que nada podía empañar; un fuego frío, difuso y purísimo, que sin herir ni quemar tenía a la vez sutil vibra-

ción de vida oculta y de fuerza concentrada y acariante.

El alma desencarnada y yo mirábamos con estupor el grandioso espectáculo; pero nuestro pasmo llegó al colmo cuando, ya en el propio lugar que despedía dicha luz, cual si fuese su foco vivo, pudimos ver el comienzo o entrada de la maravillosa mansión que sirve de asilo a las almas de los muertos católicos. Confieso que me siento incapaz de describir fielmente, y en forma que las inteligencias humanas puedan comprenderme, todas las cosas extraordinarias que ví, y todo lo que oí, en el corto tiempo que me tocara permanecer en aquel lugar, y que no sé cuánto sería, puesto que allí no existe la noción de las horas ni de los días, como no existe tampoco la de las dimensiones y las distancias, según pude observarlo. De lo que me dí cuenta cabal, con mi limitada percepción de cuerpo astral, o espíritu no desencarnado, fue que tenía ante mí una especie de pórtico inmenso, luminoso y vibrante, hecho de substancias indestructibles, y más allá del cual se adivinaba, o se presentía, misteriosa palpitación, vasto y armonioso temblor de estrellas, músicas y fragancias inextinguibles.

El guía se dirigió a mí advirtiéndome:

—Usted permanecerá aquí mientras voy a efectuar la introducción del alma que nos acompaña. Seré breve, y regresaré pronto. Le recuerdo que usted es apenas un espíritu provisional, por lo que es muy dudosa su admisión en este paraíso, y en cualquiera otro. Pero haré lo

posible, en vista de sus precarias circunstancias, por ayudarle encontrándole algún acomodo.

Dicho esto, desapareció de golpe, sin que pudiera yo saber por dónde ni cómo. La espera no me pareció larga, contra lo que temí. De repente, y por el mismo procedimiento puesto en práctica para marcharse, el luminoso espíritu se manifestó de nuevo a mi lado, diciéndome con cierto misterio:

—Venga conmigo. Para entrar en este recinto es indispensable identificarlo, lo que como usted comprende, será la parte más difícil. Pero lo intentaremos.

Tras de otra corta exhalación nos encontramos a poco, frente a una figura de gran belleza, luminosa también como el guía, pero de mayores dimensiones. Esto me extrañó, mas no quise averiguar nada. La dicha figura parecía estar sentada en invisible sillón, pues tenía aires de hallarse muy reposada y con toda comodidad. No se dió cuenta al principio de nuestra presencia, acaso por estar abstraída en algún agradable ensueño. Mi compañero y guía me susurró quedamente al oído, aprovechando aquella distracción:

—Este es el funcionario celeste encargado de recibir y extender el pase a las almas que llegan. Su severidad es proverbial. Espíritu que se presenta aquí sin sus papeles debidamente arreglados, o con documentos deficientes, es rechazado en forma inexorable.

Sorprendido otra vez por la singular manera de expresarse que empleaba el guía, lo miré con atención tratando de descubrir en su semblante la sonrisa o el gesto

que correspondiera a sus palabras; pero, como en pasada ocasión, sólo pude encontrar su habitual expresión de gravedad beatífica. Pensé entonces que talvez hablaba en lenguaje figurado, pues ¿qué tenían que ver papeles y documentos con el ingreso de las almas en los paraísos? —

—En la Tierra se ha creído siempre que el encargado de este servicio es el mismo San Pedro —observé tímidamente—; permítame, pues, que me asombre de hallar aquí, en tal puesto, a un personaje desconocido.

Tuve la impresión de que brusca risa sutil, de suave musicalidad, acogía mis ingenuas declaraciones. La gran figura luminosa, saliendo de su éxtasis inefable, me interpeló de pronto:

—De suerte que esperaba usted hallar de portero al primero de los apóstoles? No se explica uno cómo pudo prosperar entre los hombres semejante leyenda sin fundamento. A menos que fuera por el simbolismo de las llaves. Pero sea como fuere, el hecho ostensible es que tal especie, además del absurdo que implica, denuncia muy pobre imaginación.

Mi compañero intervino.

—Viniendo para acá, a conducir el alma que entró hace poco, encontré en el trayecto el espíritu que está aquí presente. Pareciéndome que andaba extraviado, me ofrecí a servirle de guía. Lo pongo a su disposición.

Estas palabras debieron suscitar interés o curiosidad en la gran figura de luz, pues tuve la sensación de que me observaba atentamente, sometiéndome a minucio-

so examen. Su voz armoniosa volvió a sonar, pero ahora con tono frío semejante al del juez en un tribunal.

—Noto que usted no es alma desencarnada. ¿Cómo ocurrió su muerte?

—¿Mi muerte? —respondí vacilante y con desconcierto—; la verdad es que no podría decirlo con certeza, puesto que no recuerdo haber pasado por tan supremo trance. Hace pocas noches, durante una comida, mis amigos me consideraron difunto y procedieron a enterrar me. Esto fue todo.

—Pues es bien particular. ¿Y a qué religión pertenecía?

—No estaba afiliado a culto alguno. Todos me eran indiferentes. Mi existencia material fue una continua serie de placeres . . . Gozar! Tal era la única verdad para mí, y también la única realidad.

—De seguro que usted perteneció a la secta de los epicureístas, y en ese supuesto no sería este el paraíso que le tocara. Pero lo que importa por el momento es otra cosa. Usted, sin duda alguna, es apenas un cuerpo astral. Para ingresar en este recinto, previo el juicio correspondiente, es indispensable ser espíritu puro.

—¿Y qué es preciso hacer?

—En primer término, y como condición esencial, que ocurra su muerte verdadera. La muerte aparente es absolutamente inaceptable.

Mi compañero y guía, que parecía interesarse de verdad por mi suerte, intervino otra vez para decir:

—¿Y no es factible decretar su admisión en forma

provisional, mientras el fallecimiento real se consuma? Sería cuestión de poco tiempo . . .

—Ah, nó; de ninguna manera. ¡Semejante proceder implicaría transgresión manifiesta de las fórmulas e imperdonable atentado contra la costumbre y la tradición. Por otra parte, aquí no se concibe el fraude, por insignificante que sea. Resultaría imposible.

Hizo una pausa, y continuó, dirigiéndose a mí de nuevo:

—No piense usted, por supuesto, que su caso es único. En distintas ocasiones llegaron hasta aquí espíritus en circunstancias análogas. Y tuvieron que devolverse, a esperar que ocurra su muerte efectiva, o quedarse en los limbos.

—¿Los limbos? —pregunté vivamente intrigado.

—Sí, los limbos, que son lugares a donde se destina, o a donde se acogen las almas de quienes, por diversos motivos, no pueden ser admitidos en los paraísos. Para algunos son residencias definitivas, como por ejemplo: para las criaturas que murieron sin nombre; para otras apenas son albergues transitorios, lugares de prueba y de purificación, en donde están como en cuarentena. Hay también limbos exclusivos para los suicidas. Ya tendrá ocasión de visitarlos.

—¿Los suicidas no van, pues, al averno?

—Creo haberle dicho que van a limbos especiales. Los avernos o infiernos no existen en realidad: son pura invención de gentes interesadas en explotar el miedo y la superstición. Y a propósito: cuando por acá conoci-

mos la famosa comedia del italiano Alighieri, nos pareció muy ingeniosa pero también muy exagerada. Algo como para asustar a los niños, escrito seguramente después de burda pesadilla.

—Sin embargo . . . —observé.

—Oh, no voy a discutir el mérito de ese poema. Por acá tales cosas no tienen importancia. Los pecados humanos necesitaban una personificación que los hiciera más abominables y odiosos; necesitando así mismo tal amenaza de sanciones y castigos, que hiciera temer su comisión. Parece que fue este el propósito del italiano. fué de glorificar a la amada beatífica y de satirizar y befar dichos pecados; pero la condición del hombre es tan paradójica y aberrante, que, en vez de servir la espantosa pintura del infierno para enseñanza y escarmiento, lo único que logró fue darles tema a los exégetas literarios y estimular el gusto por la transgresión. Hoy las gentes se ríen de todas esas atrocidades, y la existencia ultraterrena se desacreditó por completo. Fue suficiente que se le despojara de su interés y de su atrayente misterio.

Yo estaba aturdido, oyendo hablar así al personaje, y con placer hubiera continuado provocando sus comentarios estupendos; más tuve qué desistir de ello, porque algunas almas nuevas, recién llegadas, y que comenzaban a agruparse, urgían para su reconocimiento y admisión.

Mi compañero me hizo una seña, y nos retirámos. De

otra exhalación ganamos luego la orilla de una gran nebulosa, donde me dijo:

—Ahora vamos a separarnos. Lo dejo, porque tengo qué cumplir mi deber. En este limbo hallará usted personajes curiosos y extraordinarios que le interesarán. Si quiere, puede permanecer aquí, o elegir otro sitio, mientras su muerte natural se efectúa. Vaya de cuando en cuando a darle una vuelta a su envoltura física. Pasada la catalepsia, y empezado el proceso de la disolución de su materia, su alma quedará libre completamente y en aptitud de entrar entonces, desvinculada ya de todo lazo terrenal, en la existencia perfecta del espíritu. Adiós, le deseo buena suerte.

Dicho lo anterior, el guía desapareció de mi lado, dejándome sumido en vaga melancolía y también en cierta incertidumbre.

— IV —

Donde podrá el lector de las presentes memorias informarse de lo que comenzó a ver y a oír en aquel extraño lugar el protagonista, y trabar conocimiento con algunos personajes de accidentada historia y muerte tan extraordinaria como anormal.

Inmóvil y solitario en la orilla de la inmensa nebulosa donde me dejara mi guía, y que parecía iluminar oculta luz crepuscular y difusa, me puse a escrutar desesperadamente el fondo del horizonte que ante mí tenía, dilatado y caliginoso como atmósfera de invierno. El espectáculo no era consolador ni alegre, en verdad. Una pradera gris, de tono cinéreo, que daba la impresión de no tener término ni fronteras, comenzaba allí mismo sin que se percibiera, hasta donde podía llegar la vista, el menor accidente geográfico. Tal vez, sin embargo, había algo más allá, porque lejos, muy lejos, en la distancia indecisa, sombras ingentes, como de colinas ilusorias,

o altas arboledas imaginarias, interrumpían la inacabable planicie.

El piso, bajo mis pies, formado de inconsistente substancia, blanda y gelatinosa, daba la sensación de hallarse uno sobre terreno movedizo, o suspendido en gigantesca hamaca. Me dí cuenta cabal de que no tenía prisa, y de que, siendo aquél un sitio limitado aunque muy extenso, el más racional medio de locomoción era el de los peatones. En consecuencia, y dispuesto a caminar cuanto fuese preciso sobre la vasta y tremulenta llanura, púseme en marcha en seguida, como cualquier explorador de circunstancias, con la necesaria cautela, por supuesto.

Bien pronto, y a medida que mis ojos se iban acostumbrando al espectáculo impresionante de ese paisaje tenuemente brumoso, en donde todo parecía tener el sello de la angustia y la zozobra, la desolación y el desasosiego, pude apreciar mejor la clase de morada que me correspondería y la vida que sin duda tendría que llevar allí. Me asaltaron vagos temores, por más que por otra parte me consolara el pensamiento de que mi permanencia en tal lugar sería transitoria, puesto que, consumada mi muerte real y efectiva, pasaría a habitar cualquier paraíso.

A la difusa luz violeta que alumbraba con parquedad el horizonte, y avanzando con cierto fastidio sobre el suelo de caucho, dotado de maligna y agresiva elasticidad, y que si asentaba la planta con energía y firmeza me rechazaba al punto, haciéndome saltar como muñeco, recorrí largo trayecto en no sé cuanto tiempo. La

temperatura destemplada, ni fría ni caliente, hacía repulsivo y antipático el aire de la nebulosa. Y si bien es cierto que el panorama circundante ofrecía sorprendente belleza, pues desde la inmensa pradera gris se divisaba muchedumbre fastuosa de soles y de constelaciones, la visión inmediata, la que palpaba y sentía junto a mí, como realidad triste, era la de esa pampa lúgubre, monótona y plomiza, que parecía devorar toda esperanza. En verdad, no recordaba haber conocido paraje más desagradable que ése. Con seguridad allí debía florecer el aburrimiento con la misma y libre abundancia de la hierba invasora. El hastío se pasearía por dondequiera, a modo de señor absoluto, y los canes del tedio lanzarían de modo permanente su tétrico aullido.

Talvez en esta última suposición influyó algún fenómeno telepático, o cualquier singular coincidencia, porque casi al mismo tiempo que lo pensaba escuché una voz doliente y confusa, no muy lejana, y apenas comparable con el ulular de ciertas bestias que pueblan la tierra. Resolví averiguar la causa del extraño lamento, lográndolo, en efecto, a poco andar en la dirección de donde venía.

Esperaba encontrar algo exótico, algún ente extraordinario que pudiera ser el autor de tan impresionante gemido; pero mi pasmo fue mayúsculo cuando, llegado al punto de su procedencia, comprobé que el triste alarido salía de un objeto informe semejante a negro pedruzco. Y lo más raro del caso fue que la plañidera roca

se movía cual si estuviese viva, con dilataciones y contracciones continuas que acompañaban a cada grito.

Me incliné con suma curiosidad a examinar el fenómeno, hallándome en tal investigación cuando oí una voz bastante burlona que decía a mis espaldas:

—¿Qué hace usted ahí, señor mío?

Volviéndome con rapidez y algo de susto, encontréme ante un personaje estrafalario por su figura y su indumento, si es que puede llamarse así la fea y pavorosa túnica que envolvía sus formas vermiculares. Mi primera impresión fue de instintiva repugnancia.

—Sin duda —añadió sin esperar mi respuesta— le sorprende y le intriga que una piedra llore y se queje. Y por cierto que tiene usted sobrada razón. En la Tierra un hecho parecido causaría escándalo y estupefacción, por ilógico y por contrario a la ciencia. Aquí no debe extrañarse nada, porque nada es absurdo. La lógica es invención de los hombres.

—Estoy recién llegado a este sitio. Comprenderá usted mi situación, mi desconcierto . . .

—Sí, comprendo, y por lo mismo trato de ayudarle; de orientarle, al menos. Venga conmigo, y se irá enterando de todo. Pero, ¿querría contestar una pregunta? ¿Por qué vino aquí? ¿Quién le indicó esta estancia?

Referí a mi interlocutor los antecedentes de mi llegada a la nebulosa, y habiendo concluido me dijo:

—Es muy interesante lo que me cuenta. Un muerto en cuarentena! Verdadero caso de *statu-quo*. Yo, en

cambio, soy un muerto efectivo y garantizado, pero condenado a este limbo por las circunstancias de mi defunción.

—¡Cómo! ¿Tampoco murió de muerte natural?

—Fallecí equivocadamente —exclamó el personaje con acento patético, casi elegíaco,— gracias a la estupidez de un farmacéuta distraído. Pero ya le relataré mi historia más adelante. Venga conmigo, y buscaremos sitio apropiado para conversar.

Avanzamos juntos, contoneándonos como dos sombras ebrias, hasta llegar a un punto que me pareció más sombrío y donde cierta protuberancia del piso, semejante a un gran quiste, se alzaba en forma de poyo primitivo. Cerca había otro más pequeño. Nos sentamos allí, cada uno en su poyo, habilitándolos de escaños, y hablamos largamente.

El improvisado banco que yo ocupaba me tenía en constante zozobra; era áspero, móvil, pegajoso; verdadero instrumento de incomodidad y malestar.

—Mi historia —comenzó el ente de la túnica— tiene cierta similitud con la suya y con las de quienes vienen a estos limbos por razón de muerte anormal. Yo vivía en un pueblecito de provincia, de esos en donde, según el informe de un funcionario de estadística, la existencia es tan inalterable y monótona que “ni se nace, ni se vive, ni se muere”. De mucho tiempo atrás venía padeciendo de una jaqueca que llegó a hacerse crónica y que sólo tenía pasajero alivio mediante la aplicación de droga determinada. En los comienzos del mal, años

antes, entre la familia y la parentela se suscitó gran controversia, en la que intervinieron luego otras personas del lugar. Opinaban los unos que mi jaqueca provenía del exceso de estudio, pues era escritor crítico, y por ende, aficionado a leer y vivir metido en las bibliotecas escudriñando documentos; otros eran de parecer que tenía por causa desarreglos gástricos y hepáticos que motivaban trastornos biliosos y de circulación. Por lo que tocaba con la parte terapéutica, recuerdo que las opiniones se dividieron también, hasta el punto de que no había dos personas de acuerdo. Emplastos, pócimas, sinapismos, parches, bebedizos múltiples, cataplasmas, gotas, fricciones, purgantes diversos, todo un arsenal de menajes contra la enfermedad me recetaron y aconsejaron entre familiares, parientes, amigos, conocidos, simples vecinos, y hasta extraños y forasteros, pues le digo que mi jaqueca se volvió en la localidad pura cuestión de Estado, apasionando por varios días los ánimos, particularmente de yerbateros, teguas de la región, y viejas aficionadas a la medicina.

—¿No había médicos en el pueblo entonces? —le interrumpí.

—Los había, por cierto que dos o tres y con suficiente clientela para vivir tan ocupados que no les quedase tiempo de volver a estudiar ni a interesarse por los libros. Es una fatalidad, pero los médicos, y particularmente los de provincia, se vuelven rutinarios y empíricos. Recetan hoy lo que recetaban hace veinte años. Volviendo a mi cuento le diré que por fin se dió con la fór-

mula, la que, sin ser una panacea, resultó tan eficaz que de ahí en adelante no usé otro remedio. Cuando la jaqueca se hacía intolerable, buscaba la droga, y me aliviaba. Un día, sin embargo

— . . . el específico perdió su virtud— exclamé con escepticismo.

—No, nada de eso. Pero sucedió algo peor. Cierta mañana, hallándome yo en mi biblioteca, fuí acometido de repente por dolor agudísimo que me hizo lanzar fuertes alaridos. Creí enloquecer. El aposento se llenó a poco de familiares que fueron llegando, asustados y curiosos, a enterarse de lo que ocurría. Calculo que la confusión y el tropel fueron tremendos, a juzgar por las voces y los pasos precipitados que se oían.

Alguien recordó de pronto:

—La jaqueca; es la jaqueca. Traigan pronto la droga.

Un muchacho salió disparado hacia la botica más próxima, regresando casi en seguida con el milagroso remedio que traía, tembloroso y descolorido, entre sus dedos apretados. Lo echaron en agua, en un cristal, administrándomelo en triunfo. Nunca como entonces fue más eficaz y mágica su virtud, pues horas después el dolor cesaba en forma absoluta, dejando yo de contarme en el número de los vivientes.

—¿Una intoxicación acaso?

—Envenenamiento en toda regla. Sin duda el boticario confundió la droga con un tóxico, expidiéndome así con bizarra inconsciencia pasaporte para la otra ri-

bera. Naturalmente, las consecuencias debía sufrirlas yo. puesto que, fallecido, no me quedaba recurso ni apelación. ¿Qué podía hacer un pobre muerto? En cuanto al maldito farmaceuta que me obligó a dejar la vida sin contar con mi opinión y consentimiento, sobra decir que se quedó tan fresco como un manantial y que se justificó tranquilamente alegando que fue involuntario error, o mejor dicho, pura y neta fatalidad.

Hizo pausa, para mirar algunas sombras que pasaron, y prosiguió:

—Es desesperante pensar que la torpeza o el descuido de un sujeto cualquiera, con quien la casualidad nos pone en contacto transitorio, pueden decidir de nuestro destino. Es aberrante y absurdo. En la Tierra la vida de un sér es algo frágil: depende de cualquier detalle o de cualquier circunstancia. Depende también de cualquier boticario distraído, o del desacierto de un médico.

—¡A quién se lo cuenta! —exclamé con excitación—. ¡Médicos! ¡Médicos! Fueron ellos los culpables de mi tragedia fúnebre. ¡Extenderme certificado de defunción cuando estaba bien vivo! En el caso de usted, y como galenos y farmacéutas pertenecen al mismo gremio, supongo que se pondrían de parte de su victimario.

—Por supuesto que sí. Era lógico y natural. La solidaridad profesional se impone siempre, a veces hasta por sobre los mismos celos y envidias de colegas. Pero no fueron solamente los del oficio quienes disculparon al homicida irresponsable: hubo también no pocos vecinos que excusaron su yerro, y que, ¡pásmese usted!, hasta se

condolieron de su suerte. Tal es la curiosa idiosincrasia de las gentes ordinarias, las del común, y tal su rabiosa tendencia a la paradoja y al contrasentido. Tendría usted ocasión de observar durante su vida que lo que se llama el gran público, o público grueso, es una especie de monstruo que se alimenta de las más groseras supersticiones. La muerte, y sus heraldos domésticos, las enfermedades, lo atemorizan y espantan en grado sumo. He aquí por qué mira a los médicos con cierta veneración, y por qué, igualmente, movido por su inclinación al milagro y a la maravilla, corre fascinado tras de los curanderos de todo orden: teguas, yerbateros, brujos, ensalmadores y charlatanes de la salud que la venden, unos a precio de oro y en lujosos despachos, otros a cuartillo y en la vía pública.

Mi interlocutor hizo nueva pausa, llamada su atención por una ronda de pequeñas sombras que pasaban muy cerca, y continuó en seguida, aludiendo a ellas:

—Son almas de criaturas muertas sin nombre. De éstas hay gran cantidad en los limbos. Recordará usted que en la Tierra, y entre los profesantes católicos, es dogma intocable, artículo de fe, que los niños que mueren sin bautizar no pueden entrar en el paraíso. Las desventuradas criaturas se llevan la peor parte, pues en tanto que otros espíritus vienen aquí de paso, como de posada, esperando el cumplimiento de determinadas formalidades, ellas llegan con destino definitivo, a quedarse para siempre. Observe usted el aire que tienen de mariposas candidas, de libélulas fatigadas, y, sobre todo,

de angelitos informes y epícenos. A veces parece que los acometiera cierta pequeña angustia o vaga nostalgia de entrevistas ternuras, porque plañen en coro, con tristes y lastimeros vagidos, sintiendo acaso su orfandad. ¿Quiere que vamos ahora a recorrer un poco estos parajes? Son vastos, muy vastos, y con muchos sitios donde conocerá espíritus variadísimos, de raras y hasta divertidas biografías.

Nos levantamos, echando a andar sin prisa, por lo mismo que sabíamos que nuestros pasos no tenían término preciso, sino que eran hasta cierto punto pasos perdidos. En los limbos nada tiene eficacia, ni produce frutos; todo se malogra; todo es estéril e inútil, como lo que se hace tarde o para provecho del egoísmo.

Mi curiosidad fue atraída de pronto por un espectáculo tan extravagante que me hizo agarrar instintivamente la vaporosa túnica de mi vermicular compañero.

—¿Qué es eso?

Una sombra extraña, delgadísima, de apariencia ambigua, pues no se podía saber con exactitud si era de varón o de hembra, se paseaba en reducido circuito, no mayor de diez metros, con aire de encontrarse desesperada y a punto de enloquecer. La sombra iba y venía, alzando a ratos sobre su cabeza dos prolongados tentáculos semejantes a brazos de simio, y retorciéndose lo mismo que los contorsionistas de circo.

—Es el alma de un hombre que se pasó la vida dudando —explicó mi interlocutor—. No puede permanecer quieta un momento. En ocasiones su excitación es tal,

que su desasosiego y movilidad llegan al paroxismo. Entonces se pasea frenética, monologa, ulula como la bestia hambrienta o herida; y acaba por desplomarse extenuada, siendo rechazada en el acto por el piso elástico de la nebulosa, que la devuelve cual si fuese bola de caucho.

—Me desagrada su aspecto equívoco —exclamé sin poder contenerme. Pensé más bien que fuera el espíritu de alguna mujer.

La sombra vermicular dejó escapar una risita fina, levemente sarcástica.

—¡Oh, amigo mío: acaba usted de expresar algo sumamente gracioso!

—¿He dicho acaso un disparate?

—Algo peor: un absurdo. En las zonas ultraterrenas no se tiene memoria de que haya estado jamás el alma de una mujer. En otras palabras: no existen mujeres en la región de los espíritus.

—Pues es bien extraño. ¿Y qué razón hay para no admitirlas?

—Me parece que no se trata propiamente de exclusión. Según he oído referir a compañeros de limbo, las sombras encargadas de recibir y conducir a su respectivo destino las almas de los muertos, regresan siempre asegurando que los cadáveres de mujeres los encuentran invariablemente vacíos.

Más adelante, y todavía con la impresión que me produjo aquella atormentada figura de la duda, nos encontramos con otra sombra no menos lastimosa y digna de piadoso interés. Parecía estar sentada sobre es-

trecho escaño y sumida en honda meditación, de la que salía a intervalos con bruscos saltos nerviosos que la obligaban a incorporarse y a sentarse de nuevo con gesto de tedio y de cansancio. Viendo tales desatentados brincos, motivados seguramente por algún susto continuo y reiterado, se sentían cosquilleos próximos a la risa.

—Y eso ¿qué significa? ¿Qué hace allí semejante larva en tan incómoda postura? —le pregunté al escritor crítico cuyo espíritu me acompañaba.

—De esta alma se puede decir que es la de un hombre que personificó o encarnó la indecisión, o sea la vacilación para obrar. ¿Verdad que tiene cierta similitud con la que acabamos de dejar atrás? Pero si la duda es la negación de la creencia, la indecisión es la negación de la acción. Una y otra son estériles, como las mujeres que no conciben. Si a mí, por supuesto, me pusieran a escoger obligadamente, es bien seguro que me quedaría con la duda, que es desconfianza saludable, y no con la indecisión que es cobardía y temor pueril de la responsabilidad.

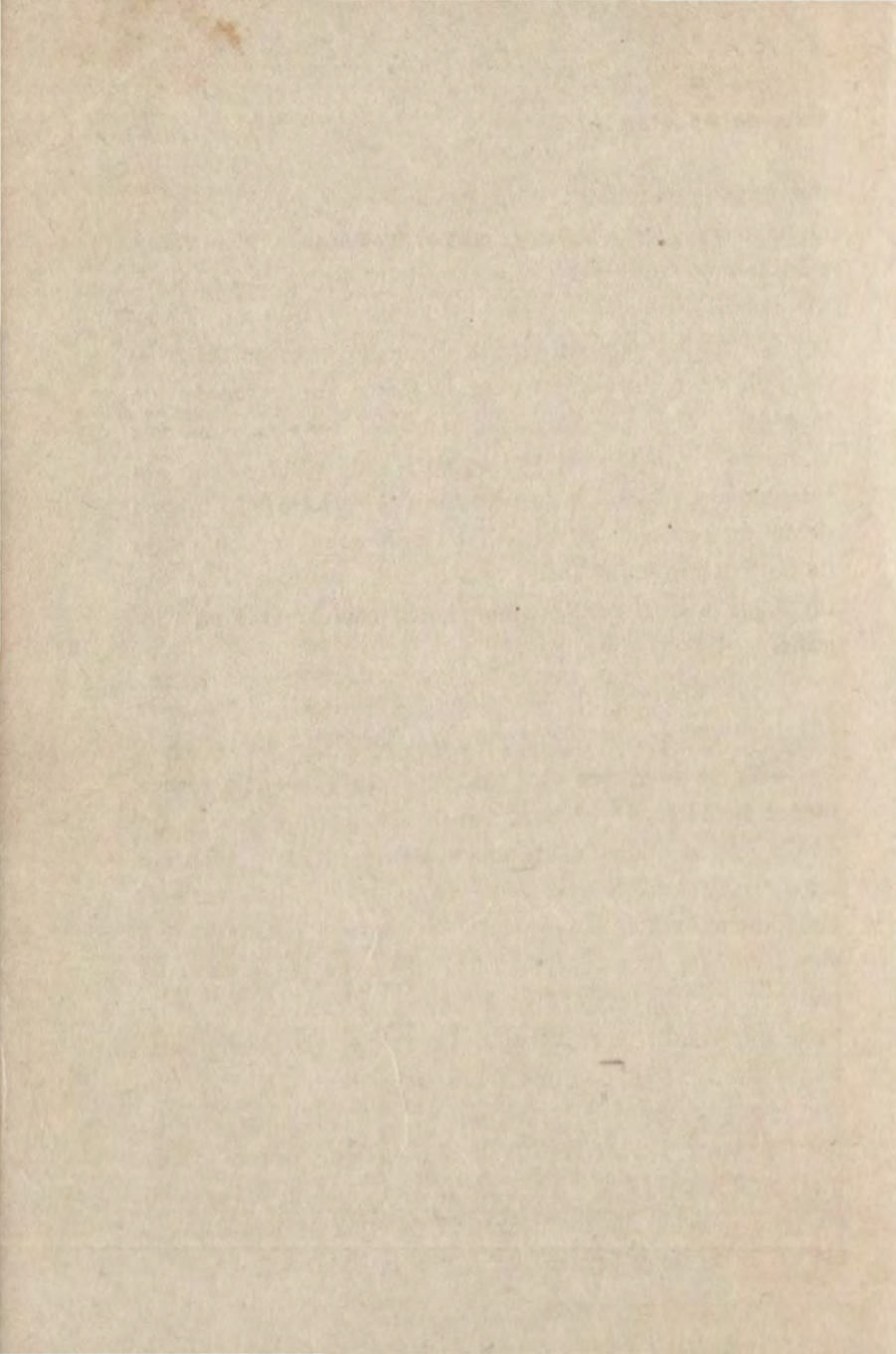
Se calló un rato, como para reflexionar o recordar, y añadió después, prosiguiendo su pequeño discurso:

—El presente sector de la nebulosa se caracteriza por cierta homogeneidad de los espíritus que lo pueblan: homogeneidad o semejanza de condición se entiende. Por eso yo los llamaría con un nombre genérico: los indefinidos o inconsistentes. Cabalmente, anda por aquí una sombra que es muy dada a la trashumancia y a las

pequeñas excursiones. No permanece mucho tiempo en el mismo sitio. Necesita cambiar, trasladarse, ir y venir, cual si esto fuese para ella categórica urgencia de su vivir ultraterreno. De tal espíritu se cuenta que en la Tierra fue un hombre de aquellos que cambian de ideas y de opiniones frecuentemente. Especie de camaleón de la vida, o algo por el estilo. ¿Observó usted alguna vez la forma como tales animales varían de color, según la intensidad de la luz o la posición del sol? Pues lo mismo debía de ocurrirle al sujeto en referencia, según colijo de su historia y del modo que tiene de transportarse de un lugar a otro continuamente, sin estacionarse en ninguno.

—Los hombres de parecida condición viven con mucha facilidad —apunté sin ninguna intención malévola.

—Ya lo creo que sí. Para ellos la existencia ofrece menos problemas que para los demás, porque poseen un dón o una cualidad utilísima: la de adaptarse a todo sin mayor esfuerzo. Se acomodan voluntariamente a las circunstancias, sin que para ello sea preciso acudir al clásico lecho de Procusto. Yo diría que estos seres gozan o padecen de una especie de mimetismo moral que les ayuda a subsistir, y en ocasiones a sobrevivir. A semejanza de las criaturas mimetizadas del mundo físico, como por ejemplo las que toman para defenderse las formas del ambiente o el color de la vegetación, los hombres que cambian de ideas y de opiniones hallan así mismo en tal condición de carácter una defensa de suma eficacia en la agria y áspera lucha por la vida.



— V —

El héroe de estas extraordinarias ocurrencias, y a la vez autor de las presentes memorias, relata en el pasaje que sigue el conocimiento que hizo con el espíritu de un emparedado, transcribiendo fielmente la historia macabra de dicho personaje. Habla también de unos seres extraños atacados de tergiversación del instinto, y de otras almillas con diversas y raras anomalías.

¿Le sorprende esta catadura que tengo, tan diferente del aspecto común de los demás espíritus que aquí moran? ¿Le choca mi achatada figura, si es que puede llamarse así lo que usted ve, que no es propiamente figura sino endeble lámina de forma tan precaria como siniestra? . . . Nó, no me diga nada. En los planos astrales de toda categoría están proscritos en absoluto esos formulismos hipócritas que usan los hombres vivientes para ocultar o disimular lo que piensan o sienten, y que se conocen entre ellos con los nombres de cortesía, urbaní-

dad, buenas maneras y otras dulzuras por el estilo. Sé muy bien que debo de parecer repugnante como la sabbandija aplastada entre los batientes de una puerta, o como el perro que se vio obligado a crecer bajo pesada cómoda, resultando largo cual un furgón y enano cual un hongo rastrero. Mas no son estas cosas las que interesan. Cuando conozca usted mi historia, o diré mejor mi novela, porque es una espeluznante novela, comprenderá por qué tengo esta apariencia horrible y por qué me encuentro en este lugar exótico y poco confortable.

El ente que me hablaba, o que farullaba las anteriores frases, era una especie de mancha lechosa con tintes cárdenos, lívidos y oscuros como la carne tumefacta. Tenía sutil delgadez, semejante a la de los objetos laminados bajo poderosa presión. Su deformidad impresionaba al punto, por lo rara y ostensible; pero lo que sobrecogía mayormente era, sin duda, la expresión de su rostro, o de lo que ocupaba el lugar del rostro. Donde debía estar el semblante había una mueca horrenda, especie de máscara trágica, plana y sin color, o acaso con ese color blanco de espanto con que se embadurnan la faz los payasos de circo.

—Mi historia —siguió diciendo— le parecerá seguramente fantástica, o por lo menos con sus ribetes de leyenda; y sin embargo, es tan auténtica como su presencia y la mía en este lugar. Por disposición del destino, o de sus caprichosos hijos los hados, me tocó vivir en época aclaga y tenebrosa como ninguna. Nadie tenía en aquel entonces la vida segura, puesto que su vida no le perte-

neía. Verdad es que tampoco le pertenecían su mujer y su hacienda, de las que podían disponer a su arbitrio los amos y señores. Pues bien: yo vivía en ese tiempo en un vasto reino, avecindado en pequeño burgo de una región montañosa, burgo que hacía parte de los dominios de cierto poderoso caballero y temido hombre de armas en las guerras de religión. Como apenas contase diecisiete años, edad insuficiente para prestar servicio bajo banderas, mi padre, que era muy pobre, me buscó ocupación de acuerdo con los usos vigentes y nuestra condición de hidalgos. En apariencia la fortuna me favoreció, siendo admitido entre la servidumbre de la casa del poderoso caballero y belicoso capitán; y digo que tuve suerte en apariencia porque, en realidad, lo que me esperaba era bien distinto. Y a este trágico destino contribuyeron, sin duda, mi juventud y el aspecto gallardo de mi persona. Cuán diferentes son la bella fisonomía y la arrogante hermosura corporal de que me envanecía en esa época tan remota ya, y la fea estampa que tiene usted ahora ante sus ojos! Verdad es que la que tenemos aquí no es figura material susceptible de apreciación y crítica; mas convendrá usted conmigo en que las comparaciones relativas sí son posibles, y que haciendo la traducción, por decirlo así, de la estética física y humana a la estética astral o inmaterial, resulta que ahora, en lo que toca con mi individualidad, el cambio es sorprendente y consternador. Preciso es confesar que he venido lamentablemente a menos.

—Oh, no se preocupe usted por ello —le interrumpí.

—No me preocupo, puesto que aquí estamos curados de vanidades. Quería solamente establecer los contrastes, para darle más interés y vivacidad al relato. Pero vuelvo a coger el hilo de mi historia. El señor de la casa —ésta era una especie de castillo o albergue fortificado—, tenía una mujer casi tan joven como yo y de extraordinaria hermosura. Me llevaría dos o tres años. Quisiera darle idea de la belleza de tal señora, para que usted pueda juzgar la impresión que causó en mi ánimo y lo peligroso que resultaba su conocimiento e íntimo trato para mozos de mis citadas condiciones. En los diecisiete zodíacos que contaba vividos escasamente, no recordaba haber presenciado espectáculo parecido al que ofrecía la dama en cuestión, con su soberbia fachada de emperatriz y su desconcertante y picante gracia. Era blanca y risueña, muy frondosa de carnes y cabellos, de boca pequeña y encendida y de ojos de berilo. El azar, que sin duda así lo tenía dispuesto, nos acercó, y la fatalidad hizo lo demás.

—¿Qué sucedió, pues? —inquirí con vivacidad, impaciente ya por las digresiones y circunloquios de mi interlocutor.

—Un día sonaron trompas y tambores anunciando al burgo que el señor partía para la guerra. Las contien-
das armadas de aquellos tiempos eran más romáticas, pues se peleaba por cosas del espíritu o por cuestiones del más allá, y no por cosas de la despensa como ocurre ahora entre los hombres. Se combatía por la fe, o por una mujer, o por asuntos de gloria. Hoy los habitantes

de la Tierra se matan por tiras de terreno, o por aumentar la venta del salchichón o de la zaraza. Pues bien: metido en traje de hierro pesadísimo, jinete en poderosa cabalgadura, cubierto de armas y amuletos, y seguido de una legión de combatientes, el intrépido caballero abandonó su feudo, alegre y confiado, y lleno de coraje. Pero antes fue a despedirse de su mujer, que gemía inconsolable, y, como varón prudente, colocó sobre su regazo el cinturón de castidad, cerrándole con triple llave. Todo esto lo veía yo desde un escondite, a través de rendija disimulada.

—¿Así, pues, desconfiaba de su mujer?

—Era sumamente celoso, y con mucha razón por cierto, porque la magnífica joven lo merecía. Yo había observado que la celaba como turco, o como español, que son los que marchan a la cabeza de la humanidad en esta materia. Por otra parte, tuve qué reconocer, allá en mi fuero interno, que tales precauciones no estaban por completo de más, pues me constaba personalmente que la opulenta y primaveral señora no era insensible a otras admiraciones, fuéramos de la legal de su marido. Transcurrida apenas media semana, y resonando todavía los ecos del estruendo que hizo la mesnada al partir, la bella joven me hizo comparecer a sus aposentos con cualquier pretexto baladí, pero en realidad para tenerme en su compañía. No puede imaginar qué seductora estaba, y en qué lánguida y voluptuosa actitud la encontré.

—¡Dichosa aventura! —exclamé yo sin poder contenerme.

—Fatídica aventura, diga mejor, ya que fue el comienzo de amores que habían de acabar en forma tan dramática y horripilante. La fascinadora mujer, no bien me tuvo junto a ella comenzó a desplegar todos sus encantos y atractivos, que no eran pocos ni pequeños, como puede usted suponerlo; y es justo que advierta, en honor de la verdad y para mayor fidelidad de mi historia, que lo supo hacer en forma tan eficaz y persuasiva, y sobre todo tan incitante, que me hizo olvidar por completo el respeto que le debía y la lealtad que estaba obligado a guardarle a mi amo y señor ausente. Me parece que resultaría pálida la idea que pudiera darle de lo que experimentaba, en mi alma y en mis sentidos físicos, frente a esa maravillosa beldad que me hablaba con voz dulce y acariciadora, casi desnuda porque sólo la cubrían tenues velos, tendida con languidez sobre lecho de flores y de fastuosas telas, y con los ojos semicerrados, en tanto que su pequeña boca se abría, como flor de sangre, con enigmática sonrisa de perversidad y de amor.

Mi interlocutor calló un momento, reconcentrándose, y continuó con cierta excitación:

—Ese día inolvidable, y los que siguieron, caímos en tal delirio que parecía tocar con los lindes de la locura. Nunca, ni en horas de mayor exaltación imaginativa cuando mi fantasía juvenil se desbocaba con ímpetus de potro salvaje por las praderas de los sueños, pude saber como entonces lo que es la sensualidad y qué grados

tan altos llega a alcanzar la fiebre del goce. Esa mujer era la pasión misma; y en cuanto a mí, puedo asegurarle que mi carne se parecía a un leño encendido, ardiendo sin consumirse en combustión lenta y perenne.

—Pero, ¿cómo hicieron con el cinturón de castidad?

—Oh, fue muy sencillo aquello. Al principio, sugestionado por la apariencia, pensé, como usted ahora, que el extraño aparato sería obstáculo invencible, puerta cerrada para la llamada del amor. Pronto, sin embargo, me convencí de que el ingenio humano tiene recursos suficientes para solucionar cualquier problema, por difícil que parezca. Me persuadí, además, de un hecho incuestionable: que el amor de la mujer por su marido o su amante es el mejor cinturón de castidad; cualquiera otro resulta siempre frágil e inseguro. Con esto le quiero dar a entender que la joven esposa de mi señor no sentía por éste afecto ni devoción alguna, sino que, bien al contrario, parecía gozar traicionándolo. Recuerdo que muchas veces se justificaba diciendo que el aguerrido caballero, fuera de que había dejado ya muy atrás las fronteras de la juventud, era hombre vulgar, egoísta, duro de mano y de palabras, avaro y con muchas manías.

—Un marido como los hay tantos en el mundo, en una palabra —resumí yo sentenciosamente.

—El marido, lo que se llama el marido clásico, entró a poco en escena. La poderosa joven y yo estábamos tan embebidos y absortos en nuestra común pasión, y de tal suerte entregados a los voluptuosos deliquios, que per-

dimos por completo toda noción de prudencia y de precaución. Hasta la facultad de disimulo la habíamos perdido. Creo que hubo cierto escándalo incluso, pero nosotros no nos percatábamos de ello. Y en tales circunstancias nos sorprendió lo imprevisto, la tremenda tragedia. Cierta noche que estábamos más descuidados —¡ay, fue la confianza la que nos perdió!—, y cuando con mayor frenesí nos hundíamos en la embriaguez de las caricias y en el divino transporte de los espasmos, la puerta de la alcoba se abrió, apareciendo en el vano la fiera y vengativa figura del caballero. Quedé mudo de estupor y espanto. Mi compañera, en cambio, que en el primer instante no pudo reprimir leve grito de sorpresa, debió, sin duda, de recobrar su serenidad en el acto, porque, incorporándose súbito, corrió hacia el engañado esposo, con ademán de buscar refugio en sus brazos mientras decía:

—Loado sea Dios que llegas por fin, esposo amadísimo, y a tiempo para librarme de los ultrajes de este mancebo que ha pretendido abusar de mí.

—¡Señora! —balbucí estupefacto y aterrado, presintiendo la suerte que me esperaba por causa de tales palabras falaces y perversas.

Pero el caballero, que seguramente tenía lengua experiencia en lides de amor y de adulterios, así como profundo conocimiento de la condición femenina, la rechazó con helado gesto de orgullo, saliendo en seguida. A poco entraron en la alcoba adustos hombres de armas que nos pusieron prisioneros y nos llevaron separadamen-

te a sitios distintos del castillo. De la florida joven, tan gallarda como tierna y fogosa, nada volví a saber, sino que la habían torturado con exceso de crueldad y sevicia, hasta que falleció destrozada por los tormentos. Supongo que fueron atroces e inauditos, pues nada hay que aguce tanto la imaginación y la fantasía, para inventar suplicios, como la rabia y el despecho que suscitan los celos enconados y el amor ofendido. Por otra parte, fue aquella una época en que prosperaron los horrores de un sistema penal inspirado en el deseo de venganza más que en principios de justicia. Al masoquismo de los ascetas y de los disciplinantes exaltados por el fanatismo religioso, le hacía dúo macabro el insaciable sadismo de los magnates implacables, de los verdugos repugnantes y de los inquisidores sombríos. A mí se me encerró, o se me sepultó mejor dicho, en inmundia ergástula donde pasé, en constante agonía, meses interminables. Lo que hacía parte seguramente del programa de mi prolongado suplicio. El hambre, la sed, el calor asfixiante y el frío entumecedor, la soledad, la angustia: todos los dolores y tormentos imaginables los hube de sufrir en tan largo cautiverio. Un día por fin, vinieron por mí para infringirme el último ultraje. El rencoroso caballero me condenó sin apelación a morir entre una pared, lo que, como es sabido, es una especie de muerte por asfixia. La víctima, en tan atribulados casos, tiene que aguardar de pie, con forzado estoicismo, que le llegue la última hora. Podría darle apenas idea muy mediocre de lo que es el mencionado castigo, indudablemente una de las más

cruelles, bárbaras y antiguas sanciones conocidas. Y también de las más incómodas para el paciente. Mientras me emparedaban, con aires de efectuar indiferentemente ordinaria faena de albañilería los inconscientes verdugos hacían chistes sobre mi caso, aumentando así mi sufrimiento. Entre tanto, yo veía con horror subir palmo a palmo el muro áspero y espeso que en breve me separaría de la vida exterior, sepultando toda esperanza. Creo que en tan aciagos instantes mis ojos debieron ser los verdaderos espejos del espanto. Debieron gritar, cual si fueran mi propia boca.

—Comprendo su angustia —interrumpí, bastante impresionado por el espeluznante relato.

—Pronto quedé sumido en tinieblas: en sombras densas, y en soledad que es sombra también. Los últimos golpes dados por los verdugos con sus herramientas, me parecieron fúnebres campanadas; pero en el silencio pavoroso en que quedé, concluída la obra nefanda, pensaba también que esos golpes fatídicos eran como música celeste escuchada en sueños, y que ya nunca más volvería a oír. La violenta actitud, el dolor punzante que me producían las ligaduras, y una sensación amarga de sed, fue lo primero que se hizo presente a la lucidez de mi conciencia; y fue lo último de que tuve noción cabal en relación con mis sentidos físicos. Después, sólo percibí cosas confusas y extraños fenómenos, pareciendo oscilar mi espíritu entre la realidad y la fantasía, entre la vigilia y el sueño. De repente, una desesperación aguda me acometió, como lobo hambriento. La falta de aire

hacía silbar mis pulmones con estridencia de fuelles rotos. Me ahogaba. A pesar de las ataduras, mi cuerpo se retorció entre su misma rigidez, mientras mis dedos se crispaban agarrotándose, ávidos de asirse con furia a cualquier cosa. A las tinieblas circundantes sucedían ahora nubes sangrientas; mis ojos no veían sino sombras rojas y cárdenas, heridas fulgurantes, tumefacciones lívidas y horrendas. Perdí por fin el conocimiento, entrando en seguida en la inmovilidad absoluta, en la muerte real.

Pregunté curioso:

—¿No lo desemparedaron después, para darle otra clase de sepultura?

—El muro fue olvidado completamente, cual si fuese sitio maldito. Pero quiero llamar su atención hacia lo particulares que son las muertes por asfixia. La persona que perece de tal manera presenta invariablemente las características del acróbata, y en ocasiones las del payaso, que es un acróbata de burlas. ¿Vió usted alguna vez ahorcados? Me pareció siempre un saltimbanqui del aire el hombre que se balancea al extremo de la soga, con los ojos saltados y la lengua fuera de su lugar. En mi tiempo la horca fue espectáculo común, aunque no tanto como los tormentos variados y exquisitos que se usaban para eliminar a la gente, o purificarla. También les encontraba aires inconfundibles de contorsionistas, o mejor dicho de tergiversadores del gesto y del ademán, a los que perecían ahogados. Estos, como los que mueren por extrangulación, y los que perecen en los socavones

de las minas, atosigados por el grisú, tienen siempre la expresión facial y la descompostura de los miembros muy impresionantes. Dan la sensación de que han muerto pujando o ridículamente congestionados.

Andando al azar, y dialogando amenamente, nos percatamos de improviso de que habíamos llegado a un punto donde espíritus de rara catadura se entretenían haciéndose manifestaciones recíprocas de amistad y afecto. Serían dos docenas aproximadamente, estacionándose y moviéndose por parejas como colegiales que estudian. Me llamó la atención su extraordinaria palidez. Todos tenían aspecto equívoco, y sus ademanes eran ambiguos, lentos, cautelosos y sensuales.

—¿Quiénes son? —averigüé al punto.

—Espíritus de homosexuales —informó mi compañero concisamente.

En seguida comentó:

—Estos espíritus sí que merecen en verdad hallarse en el limbo. Obsérvelos con atención, y verá que se encuentran como en su propia casa. Tal vez son ellos los únicos que están contentos aquí, cuando los demás se fastidian y anhelan abandonar pronto lugares de tan provisional permanencia. ¿No le hace mucha gracia el aire que tienen, indeciso y tierno, confuso y pacato, de gentes neutrales?

—Clertamente —asentí—: su aspecto es hartamente dudoso y tan extraño que no sabe uno qué pensar en definitiva.

Fijándome con más detenimiento, pude advertir que

sus estrafalarias figuras diferían de modo esencial de las de los espíritus ordinarios. Unos eran de mayor estatura y volumen, mientras que otros lo eran de menos, pareciendo tener la complexión más delicada.

—¿Por qué esa diferencia de tallas y de estructura?
—dije.

—Los pequeños son los efebos —explicó mi interlocutor con repentina displicencia—; vienen a equivaler a los súcubos de los círculos infernales, o sean los demonios femeninos, pero con la sustancial distinción de que los efebos son inofensivos y cándidos y los súcubos son perversos. En la Tierra le temen tanto a un súcubo como a una mujer.

— VI —

Se habla en el pasaje que sigue del encuentro que tuvo el protagonista con cierto personaje descabezado, y de lo que éste le refirió a pesar de no llevar sobre los hombros más que informe y sanguinolento muñón. Se sabrá cómo es posible que cuerpos decapitados dialoguen con aplomo y sindéresis, y hasta con ingenio, como si efectivamente tuvieran cabeza. Se hacen, además, consideraciones llenas de buen sentido y de ejemplar criterio, a propósito de la odisea del misterioso mutilado.

Enjuta figura, de lastimosa facha, llamó poderosamente mi atención cuando atravesábamos un paraje sombrío y poco poblado donde gélido viento parecía condensar la niebla del ambiente. A primera vista se notaba que allí era más oscura la atmósfera, y el paisaje más triste. El campo árido y plumizo, el horizonte turbio, la temperatura destemplada de sitio mal abrigado: todo tenía ese aspecto tétrico que llena el ánimo de desolación y la mente de pensamientos supersticiosos. Más tar-

de, al conocer la historia del extraño personaje sin testa, pude comprender por qué estaba allí y no en otro limbo de apariencia menos desagradable.

Debo advertir, por supuesto, en guarda de la veracidad del relato, que cuanto yo veía con mis ojos astrales era pura representación y simbolismo, y que, no siendo los fenómenos ultraterrenos de fácil percepción para los sentidos humanos, he de valerme necesariamente de signos, conceptos, expresiones y manifestaciones sensibles, por lo mismo que las presentes memorias están destinadas para habitantes de la Tierra, o criaturas inteligentes, lo que vale tanto como decir que lo que cuento y refiero viene a ser una especie de traducción, o versión fiel, hecha del lenguaje psíquico de las almas, al lenguaje material de los hombres.

La sombra decapitada se dejaba permanecer en actitud hierática, de imagen de bulto, dando la impresión de hallarse sentada con rebuscada compostura sobre estrecho y alto banco. Un banco como los que usan en los bares, junto a los mostradores. Su dicha actitud era tan recogida, digna y púdica, que obligaba a pensar fatalmente en las señoritas de afectado porte, que, en salones provincianos, aguardan inmóviles en sus asientos que venga el galán a invitarlas a bailar.

Diáfano y oscuro manto le caía desde los hombros. lo mismo que amplio sudario desvaído por la humedad y la tiniebla. Parecía tener las rodillas juntas y el busto empinado, mientras que sus manos se unían sobre su regazo con cierto ademán de éxtasis, sosteniendo exangüe

cabeza, de ojos de párpados caídos, cabellos ralos y boca entreabierta por acerba mueca de sufrimiento.

—¿Quién es usted? —la interrogué acercándome.

—Soy el espíritu de un ajusticiado —contestó.

Hablaba con voz de ventrílocuo, que producía efecto raro y desconcertante. Resultaba curioso en extremo oír expresarse a esa sombra, o a esa ilusión de cuerpo amputado, sin que se pudiera saber a ciencia cierta de dónde le salían las palabras.

—Comprendo su asombro —agregó en seguida gravemente— de que pueda yo hablar con el cráneo separado del tronco. Pero el asunto es muy sencillo. Puedo hablar sin cabeza porque en vida fui orador político. Hice parte de un parlamento.

—Decía usted hace poco que es el espíritu de un ajusticiado. ¿Quiere explicarme eso?

—Cómo no, si a usted le interesa. Mi caso fue cualquiera de tantos que ocurren en la Tierra, como demostración elocuente de lo que son los fallos de los hombres. Un error judicial, tan estúpido como irreparable, me puso en manos del verdugo, anticipando así mi muerte a la fecha que el orden natural de las cosas tenía señalada seguramente.

—Así, pues, tampoco usted murió de muerte normal —observé con melancolía.

—Ni siquiera fue lógica mi muerte —afirmó el descabezado con manifiesta displicencia. ¿Qué puede haber más ilógico que el absurdo? ¿Y más brutal que el asesinato, que apaga existencias con la misma idiota rutina

que los apagaluces de los templos? Todo eso fue, sin duda, mi traumática defunción: hecho absurdo y asesinato incalificable. Y odioso, porque colocaron el puñal en manos de esa pobre mujer vendada que representa la justicia.

—¿De qué lo acusaron ante los jueces?

—De uxoricidio. Pero yo era inocente, como lo verá cuando sepa toda mi historia. Una red de circunstancias adversas y de apariencias condenatorias se encargaron de echar sobre mí la responsabilidad del horrible crimen. Se encargaron de ello también mi mala suerte, y mi destino aciago que me deparó mujer tan completa que nada le faltaba a la pobre para hacerme renegar a perpetuidad de la azarosa condición de marido. No crea que hablo con animosidad o rencor. Los que pasamos ya a los planos astrales, síquicos o espirituales, desprendiéndonos en absoluto de toda relación material, abandonamos para siempre, junto con el fungible lastre físico, todo interés humano y todo sentimiento carnal. Ni pasiones ni instintos pueden tener las almas. Si le hablo como lo hago es, pues, porque así lo requiere la fidelidad de la narración, y porque necesito ser minucioso para que pueda apreciar mejor la situación en que me hallaba. Y ahora, óigame con atención.

—Sí, ya le escucho.

—Yo vivía en cierta ciudad populosa y cosmopolita, ubicada cerca del mar, y perteneciente a un país donde estaba vigente entonces, y entiendo que lo está todavía, la pena capital. El patíbulo fue siempre allí institución

tradicional, y la administración de justicia máquina poderosa, terrible, complicada y ciega. Los magistrados, que son como hierofantes, mandan a un individuo al tajo sin reato alguno de conciencia, siempre y cuando que las fórmulas queden protocolariamente cumplidas. Pues bien: en la mencionada ciudad, y en calle algo excéntrica, veía yo transcurrir la vida, como cualquier vecino o burgués, en la obligada compañía de mi esposa, que, como puede usted suponer, no era precisamente compañía. Las gentes, no viendo más que apariencias, imaginaban, y hasta lo creían de buena fe, que nuestro matrimonio era de los más felices del mundo y cada una de las partes o cónyuges el sér más dichoso de la vida. ¡Deplorable engaño! ¡Fementida suposición! Ciertó es que mi mujer y yo vivíamos de modo tan discreto, guardando con tal celo las conveniencias y reglas sociales que resultaba apenas natural la creencia del vecindario, de que éramos los perfectos casados. Así, durante largo tiempo nada trascendió a la calle, de aquella silenciosa tragedia doméstica que se repetía cuotidianamente, como callada lucha en profundo silo, y de la cual era yo la víctima insospechada.

—¡Oh, qué vivo interés va despertando en mí su relato! —interrumpí con contenido y sádico entusiasmo.

—Mi historia apenas principia. Según le iba contando, nuestro hogar era semejante a las aguas de mucho fondo pero de corrientes ocultas y traidoras. Por encima la superficie quieta, tranquila, rizada por suaves brisas de bonanza; por debajo el hervor, el falaz remolino, el

escondido vórtice. ¿Quién iba a pensar que fuese farsa aquello, y nada más que farsa? Si tuvo usted ocasión de conocer bastantes mujeres durante su vida mortal, pudo darse cuenta, sin duda, de lo que es la hembra caprichosa, autoritaria, amiga de contrariar y de tener la razón, y por adehala vanidosa y pagada de sus gracias. Los mencionados encantos adornaban a mi consorte, la que no era fea, es verdad, mas tenía genio tan agrio y carácter tan arbitrario que me veía en frecuentes conflictos. ¡Qué temperamento tan irascible! La necesidad, mi inclinación nata al sosiego, y otras razones de diversa índole, me revestían de paciencia como de fuerte coraza y me aguzaban como cuchilla el ingenio para buscar soluciones pacíficas y diplomáticos recursos con el fin de adaptarme a tan precaria situación. Todo era inútil, por supuesto.

El descabezado hizo lúgubre pausa, cual si los recuerdos lo torturasen aún, continuando en seguida:

—Creo haberle dicho que fuí orador político y que estuve en un parlamento. A propósito de esto, y de mi referido estado civil, quiero comunicarle algunas observaciones interesantes y curiosas que pude hacer durante los agitados días de mi vida pública. ¿Se ha percatado usted de la importancia y el valor psicológico que tienen los contrastes como estímulo para las reacciones de la sensibilidad? Le confieso que, talvez porque yo mismo fuera el actor real, no alcanzaba a advertir lo paradójico de mi propio drama, o tragicomedia mejor dicho; pero ahora lo veo todo claro, no pudiendo menos que sonreír

y burlarme de mí mismo. En los días que fuí orador político y parlamentario activo notaba con singular sorpresa que mi elocuencia era mayor, más vivaz y brillante, y más exaltada y contundente, cuando las tormentas domésticas arreciaban. De esta suerte, y por tal motivo, la oratoria vino a ser para mí una especie de desahogo, o válvula de escape por donde salía, bajo la forma de incendiarios períodos y enérgicas parrafadas, la hiel acumulada y el sufrimiento recogido en las intimidades prosaicas de mi casa. Cualquiera que hubiese estado en el secreto de mi existencia conyugal, tan atormentada y empírica, habría comprendido seguramente la razón de mis bruscos arrebatos declamatorios y de mis acometidas verbales, violentas y agresivas.

—A usted le ocurría, me parece —volví a interrumpir— lo que a un hércules de mi barrio, que hacía parte de un circo. Dicho sujeto, todo resorte y músculo, era el pasmo y el miedo del vecindario, especialmente de las mujeres y los muchachos. Los hombres lo respetaban, tratándolo con supersticiosa deferencia. Cuando, en noches de función, exhibía ante el público su poderosa estructura, poniendo de manifiesto, con aparatosa lentitud, los duros bíceps y los recios omoplatos, y sacando el tórax cual si fuese pechera bien aplanchada, el entusiasmo de los espectadores llegaba al delirio. Había qué verlo levantar majestuosamente objetos pesadísimos, y echarse sobre el vientre mobiliarios enteros y racimos humanos. Recuerdo que una vez, a cierto matón que lo ofendió por cualquier bagatela, lo tendió privado de conoci-

miento, de un puñetazo fulminante que fue como golpe de maza o de ariete vivo. Pues bien: este martillo andante, esta catapulta que en la calle y bajo la carpa infundía más temor que los perros con hidrofobia, en su casa y frente a su mujer, era dócil cordero. Temblaba ante ella, lo mismo que el escolar ante el enojado dómine. Pero lo más curioso era que su mentada mujer tenía tan insignificante armadura que al hércules le hubiera bastado un papirotazo para desbaratarla.

—Sí, —confirmó mi interlocutor—, así hay en el mundo atletas, y guerreros, y también oradores políticos, que por fuera, ante los demás, aparecen como fieras temibles, y por dentro, en la intimidad de su vida y de sus hogares, no son más que pobres y humildes gatos y pacíficas aves de corral. Y ya que hablé de guerreros le diré, a mi turno, que por aquí estuvo un general que me divertía en grado sumo relatándome su melodramática vida de hombre casado. Verdadera farsa. Auténtica tragicomedia. Su estancia en los limbos fue relativamente corta, pues parece que causó mucha gracia en alguno de los paraísos, donde resolvieron admitirlo sin demasiados requisitos.

—¡Oh! —exclamé—, es evidente, por lo visto, que la clave de la elocuencia, del heroísmo militar y de la energía de algunos hombres, no está muy lejos de sus propias alcobas. El poder que demuestran responde, sin duda, a una reacción incontenible y a la necesidad implacable de desquitarse de las humillaciones domésticas y

las tiranías conyugales. Pero acabe de contarme la historia de su decapitación.

—A fuerza de maña y prudencia, había logrado que los desacuerdos y altercados con mi mujer no trascendieran a la calle durante largo tiempo. De tal suerte la mía, porque a mí nada más me tocaba sufrirla, venía a ser tragedia a puerta cerrada; algo así como drama real entre bambalinas. Inesperadamente, mi deliciosa esposa resolvió prescindir de todo miramiento social, percatándose pronto los vecinos de que la guerra había estallado allí con todo su horror, y que la paz sólo fue taimado embuste. Se las arreglaba en tal forma, por supuesto, y con tan solapada y perversa astucia, que el público tenía la impresión de que ella era la víctima y yo el implacable y cruel verdugo. ¡Qué consumada actriz, señor mío! Así las cosas, no tardé en ganar fama de ser el peor de los maridos, mientras que mi mujer ascendía triunfalmente a la categoría de santa y de mártir. Paradojas y absurdos que suelen ocurrir en la vida, y que le agravan en ocasiones al pobre varón de hogar su ya de por sí benemérita y heroica condición de hombre casado.

—Un día —continuó mi interlocutor—, luctuoso e inolvidable, mi mujer amaneció con las meninges en extremo irritadas y un mirar torvo y de mal augurio que me llenó de profunda alarma. Se valió de cualquier pretexto, y como todo es comenzar cuando se desea armar bochinche, promovió tal disputa, en forma tan irracional, enconada y odiosa, y propinándome tales injurias, vergüenzas y maltratamientos, que al fin logró lo

que buscaba: exasperarme por completo, haciéndome perder la flema habitual. La violencia de su agresión, encaminada resueltamente a convertirme en lívido Nazareno, me obligó a zarandearla con energía. Aulló como un perro, y sus alaridos eran tan espantosos que tuve la persuasión de que pretendía sólomente hacer creer que la asesinaba, para llamar la atención del crédulo vecindario. Tánta impostura y farsa hiciéronme perder la cabeza: ¡Calla! —bramé ciego de indignación—; calla, o te arranco la lengua! Pero es más fácil empresa silenciar con razones a un grupo de cotorras, o convencer a un testarudo, que a la mujer dispuesta a perdernos a todo trance. Lo que hizo fue aumentar sus gritos, dándoles los tonos y matices más elegíacos, patéticos y desesperados que pueden caber en garganta humana. Ululaba con furia, con notas lúgubres y estremecedoras e hipos de agonizante; y por momentos, sí, estoy bien seguro, a las lamentaciones se unía, como un estertor, su risa histérica, malvada, de diabólicas resonancias, crispándome los nervios y produciéndome visiones de sangre. No supe bien cómo pasó; pero de pronto me dí cuenta de que le ocurría algo extraño, pues apartándose de mí de improviso, dió algunos pasos por la habitación levantando los brazos con ademán dramático y mirándome con ojos que no olvidaré nunca. Acaso quiso decirme algo. De repente se desplomó, y entonces pude comprobar, acercándome, que mis padecimientos habían cesado.

Cuando los vecinos entraron, atraídos por los desaforados gritos —prosiguió el descabezado—, hallaron

allí una mujer muerta y un viudo casi demente. Ya supondrá usted su actitud y sus acusadoras miradas.

—Sí, lo supongo —exclamé; desde luego no había para qué discutir que usted era el asesino, el uxorcida.

—Así lo decidió, en efecto, la opinión pública, ratificándolo la justicia humana cuando, días después, fui conducido ante los jueces. El proceso que se siguió fue sensacional y teatral; algo pocas veces visto en estrados. Los grandes histriones de la comedia judicial: magistrados, fiscales, abogados, jurados, y demás personajes de menor cuantía, no estuvieron jamás tan solemnes y ceremoniosos como en tal ocasión. Por cierto que tenían razón, porque aquel no era, no podía ser, un proceso cualquiera. Desde el principio me dí cuenta de que estaba perdido, condenándome fatalmente las apariencias y siendo la ley inexorable. Tan inexorable y tan dura como la cabeza de las mujeres tercas. Hasta mi defensor, que fue el primero en creermelo culpable, porque los indicios eran abrumadores, dejó adivinar sus sentimientos a través del lírico discurso que pronunció sin convicción.

—¿No hubo una voz siquiera en su favor?

—Sí, la mía; la de todo mi sér erguido y erizado contra la adversidad implacable y la torpe ceguera del destino. Pero, ¿quién podía comprenderme? ¿Quién podía oírme con simpatía? Sin duda la justicia es paradoja porque en su administración no se puede prejuzgar, y sin embargo todo es prejuicio. Sacarle a un fiscal cualquier idea de la cabeza es empresa tan ardua, si no imposible, como extraer aceite de barras de metal. Cosa explicable,

porque en las cabezas donde existen pocas o ningunas ideas suele ocurrir que se meten ideas ajenas o prestadas, incrustándose allí con tal fuerza y vigor que casi parecen propias. Y luego, ¡vaya usted a pedirle a un juez que reconozca o declare, póngase por caso, que usar pijama no es delito, si la ley escrita preceptúa y dispone lo contrario! Esta fue mi tragedia; entre el inciso frío y las apariencias traidoras me asesinaron, perpetrándose así la monstruosa equivocación que separó mi cabeza de mis hombros.

El descabezado no habló más pero pude escuchar aún, como cavernoso y doliente epílogo, un confuso sollozo de ventrílocuo.

— VII —

El lector va a conocer ahora la bizarra historia del hombre que murió de risa, enterándose de paso de la verdad de un aforismo: que lo mal habido, mal aprovechado. Conocerá también la intervención que tuvo cierta mujer en la trapisonda, y cuáles fueron sus manejos, así como lo que le sucedió a un militar haciéndose el muerto. En seguida hallará el lector importantes apreciaciones sobre temas fúnebres, que puede que no le convenzan, y sabrá por último lo que hizo el protagonista al salir de la catalepsia.



Concluído el relato de la sombra decapitada, seguí solo mi marcha, bien persuadido ya de que, mientras permaneciera en aquellos planos, andaría de sorpresa en sorpresa, pues todo nuevo espíritu con que tropezaba era siempre distinto del anterior, o por lo menos tenía historia diferente. Confieso que cada vez me interesaba más la estancia en los limbos, no por el paisaje, que es árido y nebuloso, sino por las almas que los pueblan, tan

variadas y pintorescas, y que, sin esfuerzo alguno, me iba aficionando a la permanencia allí.

Avanzando al azar, o a la deriva diré mejor, porque sierta misteriosa energía me impulsaba en realidad, hallé de improviso, en posición que la hacía parecer suspensa en el aire, como colocada sobre invisible pedestal, una sombra de aspecto tan raro que sin duda fue la más extraña e impresionante vista hasta entonces. No tenía nada de anormal, pero su actitud y la expresión de su fisonomía me desconcertaron. Contrastaba de modo desagradable su mirar sombrío, fijo y obsesionante, con la sonrisa loca y perenne que le crispaba los labios pálidos. Viéndola se me ocurrió pensar que podía llamarse "La sombra que ríe". Pero lo extraordinario y curioso fue que no sentí contagio alguno, sino, bien al contrario, siendo cosa sabida que la risa, como la sonrisa, se transmiten con facilidad de persona a persona, particularmente la risa de los poderosos y la sonrisa de las mujeres. Más adelante sí hube de contagiarme, escuchando el estupendo relato de la sombra regocijada.

—Parece estar muy a gusto aquí, ¿eh? —dije sin preámbulos y a guisa de saludo.

—Apariencias, caballero, apariencias— respondió con apacible voz, moviéndose como si su figura sufriera leve balanceo de columpio.

Pero era hacia los lados que se movía, imitando la señal negativa.

Prosiguió en seguida, locuaz:

—Sin que usted me lo diga, adivino que le gustaría saber quién soy, o quién fuí, qué antecedentes tengo, y por qué me encuentro en este sitio. Nada más justo que su curiosidad . . . Nó, no me interrumpa —continuó casi cantando al compás de su oscilación lateral—: sin duda usted es discreto, así lo presumo; y quiero admitir incluso que no le interese mi odisea, pero porque no la conoce. Cuando la sepa me dirá si hice bien o mal en contársela.

—Lo que deseo es no ser exigente, ni causarle molestia.

—¡Oh!, si es por eso, tranquilícese. Para mí es sumo placer hablar. Encuentro, por otra parte, mucha volup-tuosidad en referir mi vida mortal, y sobre todo aquella parte que se relaciona con cierto invento que hice y que motivó mi muerte prematura. Porque ha de saber, caballero, que en vida fui inventor, que fallecí relativamente joven, y que mi defunción fue pura y simplemente de risa. Sí, señor mío, de risa, aunque usted lo dude; y todavía estoy riéndome, como puede verlo; tal fue la gracia que me hizo lo que me pasó con un colega, mi mujer y el ayudante que tenía. La profesión de inventor es muy aleatoria, ocurriendo a veces que ni él mismo sabe lo que inventa. Otras ocasiones sucede que el fruto de su ingenio y desvelos lo aprovechan gentes extrañas. Pero lo trágico y consternador suele ser que lo califiquen de loco, o que tenga qué conformarse con los honores ilusorios y póstumos de la gloria tardía o del modesto busto.

Pues bien —siguió diciendo la sombra risueña y móvil—: mi doble profesión de ingeniero y químico dábame oportunidad para demostrar mi aptitud industriosa, logrando en efecto perfeccionar algunos aparatos y fórmulas; pero mi sueño, mi aspiración, eran otros: inventar algo grande y nuevo. Algo extraordinario que revolucionase la ciencia. Desgraciadamente, nada se me ocurría. Por fin, y como si los dioses compadeciesen mi indigencia imaginativa, pude entrar casualmente en relaciones amistosas con un colega, dueño y poseedor de auténtico invento. Es cosa averiguada y de frecuente ocurrencia que los inventores, como los sabios y los grandes artistas, suelen ser al principio gente muy pobre. Viven en franciscana privación, quedándose a veces así por capricho del destino. No teniendo mi colega recursos, y yo sí, se los ofrecí generosamente, ganándome así su confianza y consiguiendo que me comunicase planes y secretos. Nunca lo hubiera hecho el cuitado. Le digo, caballero, que todavía me sorprenden y asombran mi propia audacia y mi diabólica astucia, en las que, justo es reconocerlo, les corresponde no poca parte a mi mujer y a mi joven ayudante. La cosa fue, en resumidas cuentas, que me las arreglé de tal suerte y con tan habilidosas mañas, que el invento vino a dar a mi poder, con desesperación de su dueño, quien hubo de acabar en un manicomio, fracasadas sus intentonas para recuperarlo. Confieso que sentí remordimiento; mas la idea de la gloria y la alegría de la riqueza que iba a ganar disiparon

todo escrúpulo. Sí, en adelante sería yo personaje universal y famoso, y tendría millones, ¡millones!

Un día, no quisiera recordarlo, sucedió algo inaudito e inesperado. Mi mujer, la compañera para quien jamás tuve secretos, y mi ayudante, el joven a quien protegía haciéndolo copartícipe de todos mis trabajos, se entendían agradablemente de tiempo atrás, sin que yo lo sospechara siquiera. En mí se cumplió, por consiguiente, la ley inexorable y fatal de los maridos que viven su propio escarnio ignorándolo por completo. Fue la casualidad la que me hizo conocer la traición y mi desdicha a la vez. Pero créame usted: yo, hombre de ciencia antes que todo, y por añadidura filósofo, hubiese acabado adaptándome a tan irremediable como penosa situación. El hombre se conaturaliza con todo, pasados los primeros impulsos y las naturales reacciones. Estaba escrito. sin embargo, que tal no sería mi única expiación. Semanas después, la raposa de mi mujer y el cerdo de mi ayudante y protegido desaparecían del lugar, no dejando mínimo rastro. Huyeron como dos prófugos vulgares y sin imaginación. Más vale así —pensé, por consolarme y fortalecerme con fementidas reflexiones—; que se hayan marchado, si era para tener la traición y la infidelidad instaladas en mi propio hogar, lo mismo que falsos huéspedes. Ensayé olvidar al desagradecido dueto, reanudando, cuando creí que mi ánimo estaba ya lo suficientemente sosegado, las ocupaciones habituales. La memorable mañana que así lo hice me dirigí a mi cuarto de trabajo, según costumbre cotidiana, envuelto en

amplia bata de dibujos fantásticos y cubierta la cabeza con bordado birrete, todo lo cual debía de darme aspecto alegre y ligeramente sacerdotal.

Piense usted, caballero, —continuó tras de neumática pausa,— cuáles serían mi pasmo y mi tremendo desconcierto dándome cuenta, no bien abrí las primeras gavetas del escritorio, de que la infernal y aprovechada pareja, no satisfecha aún con abandonarme como a perro o caballo viejo, se llevaba consigo la documentación del invento: planos, apuntes, explicaciones, referencias, notas; la clave íntegra y completa del estupendo descubrimiento cuya adquisición y conservación me costaron tantos esfuerzos y desvelos. Fuera de mí, corrí como loco por el espacioso aposento, registrando cajones y armarios, volcando muebles, sacudiendo papeles, mientras que a mi corazón se adhería cual yedra parásita o cual fuerte ventosa, la desesperada esperanza de hallar los maravillosos papeles. Por fin, persuadido con desaliento de que mi mujer y su cómplice me habían estafado, tal y como yo mismo lo hice con mi amigo y colega el inventor auténtico, me acometió tan violento ataque de risa que no pude menos que pensar, entre las convulsiones, que por mi boca se regocijaban ruidosamente mis antepasados más remotos y mis descendientes más hipotéticos. Sí, caballero; fue una risa bestial, humana y divina; una carcajada cósmica sin antecedentes. Fue la hilaridad trepidante y macabra del hombre que ríe con júbilo y con rabia a la vez, acabando por no saber él mismo si

el epiléptico y alegre desenfreno que lo sacude es temblor de gozo o estertor de llanto contenido.

Quienes entraron luego a mi habitación, alarmados por aquella risa inagotable, creyeron que estaba loco, siendo inútil cuanto ensayaron para calmarme. Yo mismo me asusté comprendiendo en seguida que mis músculos no me obedecían y que mi jocundo desahogo era ya simple movimiento mecánico. La frenética, la interminable carcajada, que me desencajó las mandíbulas, me había también relajado los miembros y torcido como bejucos los tendones; los ojos los tenía fuera de los alvéolos, enrojecidos por la congestión sanguínea; una clavícula estaba rota, y el cuerpo todo tan adolorido y maltrecho cual si me acabaran de dar fuerte paliza. ¿Puede imaginar, caballero, la situación del hombre atacado por hilaridad semejante, obligado a reír sin que su voluntad intervenga, y sintiendo minuto por minuto que la existencia se le escapa, como si esa risa hiperbólica, desenfrenada y demente, fuese irrestañable hemorragia?

Lo demás, ya puede imaginarlo: continué riendo sin tregua, como los autómatas de juguetería, hasta que mi pobre cuerpo desbaratado no fue más que cadáver. Se hubiera usted estremecido viendo la espantosa apariencia que presentaba ese cuerpo muerto de risa. ¡Y qué expresión más siniestra la del semblante que parecía máscara horrenda, sonriendo con el macabro gesto de los cadáveres! Pero . . . ¿por qué me mira así? ¿Tánto pavor le inspira mi rostro? ¿Tán horrible es mi risa perpetua?"

—No lo miro —respondí un poco distraído—; me llama la atención otra cosa: algo que viene detrás de usted, muy despacio.

Se volvió vivamente, sin perder un instante su movimiento oscilatorio. Lo que avanzaba con lentitud era una forma oscura, confusa, ondulante, moviéndose con cauteloso andar de reptil.

—¿Qué es eso? —interrogué pasmado—; ¿y por qué se arrastra?

—Es el espíritu de un soldado que pereció en plena batalla, no por obra de las armas sino, ¡admírese usted!, por efecto del miedo. Sin duda le parecerá extraño lo que le cuento, siendo cosa axiomática que el militar tiene qué ser valiente por razones de reglamento, o por lo menos simularlo.

—Refiérame eso, que ha de ser muy curioso.

—Nó, porque mi relación podría pecar de infidelidad o inexactitud en los detalles. Pero espere un poco, que él mismo le hará el relato de su singular aventura.

La sombra reptante se aproximó a nosotros, siempre pegada al piso, y entonces pude apreciar distintamente que su fisonomía era lamentable. La mueca de pánico que le contraía la faz le daba aspecto de carantamaula.

Cumplidas las fórmulas de salutación, se enderezó con muchos esfuerzos, hablando así, indolentemente:

—Mi país se encontraba en guerra con otro, no recuerdo bien si por motivos demográficos, o por causas comerciales o financieras. De lo que sí hago cierta y precisa memoria es de que mi país practicaba el maltusla-

nismo, lo que le permitía ser nación relativamente pacífica. En cambio, nuestros vecinos se reproducían como langosta, sin control ni medida, necesitando por lo tanto mayor territorio para acomodar el abuso de población. En esto de las guerras entre naciones parece cosa averiguada que la intemperancia sexual, a cargo particularmente de los matrimonios que se acuestan temprano por pobreza, por hábito o por virtud, es la causa primordial y fatídica. Después viene eso que los técnicos llaman necesidad de buscar mercados para la superproducción. Como pueden apreciarlo ustedes, todo viene a ser en definitiva pura cuestión de demasías: superproducción de criaturas y superproducción de artefactos. Volviendo a mi historia, y al caso bélico en que nos hallábamos metidos, sucedió, pues, que me tocó ir a la frontera, incorporado en un batallón de infantería, de los destinados a dar los primeros muertos. La guerra, señores míos, nunca se sabe lo que es hasta que la vemos de cerca, sobre el terreno. Como jamás se sabe lo que es el miedo, hasta que nos vemos obligados a demostrarlo con entera franqueza, o a disimularlo con ingeniosos subterfugios.

Contrayendo la aterrada fisonomía, cual si la torturasen aún los recuerdos, siguió diciendo:

—Confieso que fui a esa hecatombe no solamente sin convicción, puesto que era vegetariano fanático y enemigo por tanto de toda carnicería, sino, además, lleno del justificado temor de que me hiriesen o matasen. La vida era entonces muy agradable para mí, y no tenía vocación de soldado, no nací para hombre de armas; y para cam-

peón de heroísmo muchísimo menos. Me sentía totalmente refractario a cubrirme de gloria asesinando gentes extrañas, que me eran indiferentes; pero me sentía más refractario aún a consentir en ser el asesinado. Del miedo, del saludable y calumniado miedo se ha dicho, no sin justicia, que es hijo legítimo del instinto de conservación. En tan aciagas circunstancias, lo comprobé en mi propia carne, sobre mis propios nervios distendidos y maltratados por el constante sobresalto y por la angustia de la espera.

Al amanecer, cuando menos lo sospechábamos, el enemigo nos atacó en forma brusca y violenta. En breve la batalla se generalizó en larga línea de fuego, llenándose el campo de sordo y amenazante fragor y de grandes telones de humo. Mi batallón, que defendía pequeña colina de armonioso declive, era como avanzada del ala derecha del ejército. Al principio se combatía a distancia, en diálogo continuo y áspero de balas de todo calibre; por lo que empecé a abrigar la esperanza de que la lucha no pasaría de aquella contienda impersonal y colectiva, en que se repartía la muerte al acaso; ni más ni menos que como la suerte en la ruleta. No tardé, sin embargo, en comprender que apenas estábamos en el preámbulo, por lo que bien pronto ocurriría el encuentro temido, el cuerpo a cuerpo de los asaltos. Hacia el medio día, anunciado con grandes toques de clarín, y acompañado de voces coléricas, vimos avanzar como alud, un escuadrón de caballería nutrido y compacto. Parecía horda loca y famélica. El rumor duro y veloz de los cas-

cos de los caballos, el brillo de las armas bajo el sol, los gritos iracundos, herían nuestros ojos y nuestros oídos, como presagios de muerte.

¡Lanceros! —exclamó una voz concisa, a mi lado.

Yo me estremecí, con la intuición fulminante de lo que podía ser la herida causada por esa arma brutal y bárbara que usaron paradójicamente los caballeros medievales y que acostumbran usar también los picadores en los circos de toros. Y sentí que un miedo invencible, fisiológico y abundante, me caminaba con extraordinaria rapidez desde la cabeza hasta los talones. Miré en torno mío, viendo que mis compañeros, apretados los labios e incandescentes las pupilas, aguardaban la acometida con estoica firmeza. No pude menos que admirarlos. Yo, en cambio, desventurado de mí que no nací para guerrero, sentía chocar mis piernas, ilusionándome con pasajeros y falsos aflojamientos de los esfínteres. Oh, no me avergüenza confesarlo. Entre tanto, el escuadrón seguía avanzando, cierto y fatal como las sentencias del destino.

La inminencia del peligro me sugirió entonces una idea salvadora: hacerme el muerto, simulando el aspecto de los cadáveres. Vean ustedes de lo que es capaz el terror, asesorado por la imaginación y la astucia. Me desplomé, pues, entre la indiferencia general. Mis compañeros debieron suponer que me había alcanzado alguna bala. Para eso estábamos allí: para morir. Pero, ay, nunca lo hubiera hecho.

El fiero escuadrón pasaba como hoz sobre campo de trigo. Golpes sordos, imprecaciones. Yo había quedado

inmóvil, encogido, pero con el oído atento y despierto. Y el corazón trémulo de esperanza. Pude así darme cuenta de la mortandad, y escuchaba los lamentos de los caídos. Al cabo sobrevino trágico silencio. Trágico y engañoso, sin duda, como lo verán en seguida. Convencido de que los jinetes se hallaban lejos, y llena el alma de lacrimoso júbilo, abrí los ojos, incorporándome a medias sobre las rodillas. O sobre mi propia perdición, mejor dicho, porque, no muy distante de allí, dos lanceros que no había visto, estaban de guardia, muy desconfiados seguramente, pues me descubrieron al punto, viniéndose sobre mí como chacales. Todavía me parece oír, paralizado de espanto como estaba, el diálogo cruel y feroz que sostuvieron cual si fueran dos jueces o dos verdugos.

—Parece que no ha muerto aún.

—Acaso está herido nada más. Si lo viéramos Podríamos llevarlo hasta la próxima ambulancia.

—¡Bah! ¿Para qué? Puede ser trabajo perdido. Casi todos los que defendían esta posición perecieron. Otros lograron escapar, no se sabe cómo.

—¿Qué hacemos pues, con éste?

—Hagamos de cuenta que está muerto. Pero rematémoslo piadosamente, y para mayor seguridad.

Entre tanto, yo seguía inmóvil, conteniendo la respiración y fiel a mi desesperado papel de muerto. Me sentía agonizar. Pero todo fue inútil. El brazo de uno de los lanceros se levantó rápido y certero, volviendo a caer implacable. No podría explicarles lo que sentí en ese instante inolvidable, mortal y estúpido. Un golpe sobre el

pecho, una sensación fría y aguda, una convulsión; después, nada: cosas confusas, niebla, oscuridad . . . Y un largo vuelo hasta estos exóticos lugares.

Concluído el relato la sombra se abatió de nuevo sobre el piso, continuando su lenta marcha de reptil.

Me volví hacia mi compañero, para decirle:

—Tengo qué bajar hasta la Tierra. Necesito echarle un vistazo a mi sepultura. ¿Le gustaría venir conmigo?

La sombra risueña y móvil respondió:

—Oh, nó, perdone. Vaya usted solo, que así va mejor acompañado. Me causa náuseas solamente pensar que puedo encontrar en el cementerio seres humanos. Y me espanta la probabilidad de que entre los visitantes de las tumbas se hallen, en el momento que lleguemos, algunos hipócritas traidores.

Se alejó balanceándose, y poco después, tras vertiginoso descenso, mi espíritu se posaba en medio de la rica necrópolis, junto al suntuoso mausoleo donde yacían mis despojos mortales. Una luz pálida y suavemente violácea, pues era el atardecer, bañaba el funerario recinto, comunicándoles a los sepulcros, a los sauces y cipreses que les daban su triste sombra, apariencias misteriosas, melancólicas y recogidas, propias para el lugar.

Muchas personas se movían por las angostas avenidas; otras hacían oración postradas junto a las tumbas; o permanecían de pie, inmóviles, absortas en algún místico ensueño. Resulta interesante en extremo observar la expresión y las actitudes de quienes visitan los cementerios aunque sea por simple curiosidad. Se creería que

no pueden sustraerse a cierto embarazo, o a cierto sentimiento supersticioso. Y aunque sin afán por marcharse, como ocurre en las visitas de pésame, tortura social que inventó el protocolo fúnebre, sí es evidente que tampoco se hallan a gusto allí, puesto que nada ofrecen de agradable parajes donde los que no están muertos parecen enfermos, o desesperados, o incurables, o sombras mudas y fantasmales.

Todo esto parecía, por ejemplo, la joven viuda que estaba allí, prosternada sobre la losa que seguramente cubría los restos del marido. La pobre iba vestida con gran lujo, derramando caudaloso llanto, y mirando al soslayo, cada vez que podía, a los visitantes inmediatos. La presencia de esta doliente mujer me sugirió curiosas reflexiones. Y es que la muerte, con sus antecedentes y sus consecuencias, ha sido siempre tema fecundo para meditar, y hasta para divagar incluso. Así la pomposa viuda me hizo pensar en lo espectacular y convencional que es el luto, o sea el dolor en la indumentaria. El sentimiento que causa la pérdida de familiares, parientes o amigos, suele ser expresado en forma ostentosa con la lobreguez de los colores del traje, la desolación del semblante y las actitudes, y cierto santo horror a toda manifestación de alegría o esparcimiento. De esta suerte el luto viene a ser otra especie de masoquismo, pues en vez de buscar consuelo para la pena, el doliente se place en su propio sufrimiento, recreándose en torturarse; por lo que se ve que toda distracción la rehuye, considerando sacrilegio la música, y profanación la vida social, y ne-

cesitando llevar el rostro descolorido y lacrimoso, y hasta prescindir del uso del agua para mayor señal de su duelo. ¿Cuándo se acostumbrarán los hombres a la idea de la muerte, mirándola como suceso natural?

Merecen toda mi simpatía quienes, como ocurrió en pasadas épocas y ocurre aún en ciertos lugares del mundo, tienen de ella un concepto humano y vital, una opinión casi alegre, lo que les permite rodearla de apariencias poéticas que disimulan su realidad macabra y repugnante. ¿No es, pues, lírico y estimulante contemplar esos lutos que se manifiestan con colores azules, blancos o amarillos, con músicas y canciones lánguidas, y con embriagueces de nephente? ¡Oh confortante sabiduría de los filósofos, tan mal comprendida por la vulgaridad y la superstición de las gentes comunes y ordinarias!

Viendo llegar en seguida un cortejo fúnebre, evoqué la ceremonia de mi propio sepelio, la memorable noche del trágico banquete. Deudos enfermos de pasajera aflicción, plañideras que gimen a sueldo, melopeas horrendas y litúrgicas, asfixiantes olores de resinas aromáticas, flores simbólicas. ¡Necrología, necrología! Resulta curioso y divertido pensar en lo que son los ritos funerarios de las distintas épocas y de los diferentes países. Pero no debo olvidar que soy entidad síquica, desvinculado ya de las cosas materiales, por lo que continué mi relato diciendo que aparté la vista de tales escenas para dedicar mi atención al asunto que me había traído a la Tierra.

Penetré, pues, al lujoso mausoleo, acometido de im-

provisio de vivo deseo de contemplarme otra vez tendido y rígido dentro de mí féretro de metal. Allí estaba, en efecto, pero ¡cuán distinto y lastimoso! La catalepsia había desaparecido de tiempo atrás, dando lugar a que el cuerpo se relajara primeramente, disolviéndose después. Lo que ahora veían mis ojos astrales era nada más que residuos, sedimentos humanos, montoncitos óseos y humildes que me causaron risa y piedad. ¡Ah, pero en cambio sentía como grande alivio la satisfacción de pensar que estaba bien muerto ya, como cualquier difunto auténtico, y que no sería más espíritu provisional y en entredicho! Desde aquel momento sabía, pues, que era alma real, libre, ¡libre!, y apta, por consiguiente, para entrar en los paraísos.

Ascendí en seguida de nuevo hasta la región de los limbos, y como en el trayecto topara con la sombra luminosa que me sirviera de guía en otra ocasión, y que iba en desempeño de sus habituales funciones, conduciendo almas al paraíso, dialogamos de paso, a compás de nuestra marcha vertiginosa.

—Presumo que viene de la Tierra. ¿Andaba en gestiones de identificación?

—De la Tierra vengo; y puedo darle la noticia de que aquello se consumó. Ahora sí soy un muerto insospechable, un espíritu cabal y definitivo.

—Que sea enhorabuena. Y como yo voy también para el paraíso que le toca, haremos, lo mismo que la otra vez, el vuelo juntos.

—No será hasta allá por supuesto —advertí un tanto distraído. Pienso quedarme en los limbos.

—¿Alguna diligencia quizás?

—Resolví establecerme allí del todo y para siempre.

—Ah, —exclamó con cierta extrañeza la sombra fúlgida.

Créi del caso explicarme:

—Sin duda los paraísos son lugares muy agradables y con variados panoramas, pero los limbos tienen también sus atractivos. Cada paso que se da es una sorpresa que se recibe. Por otra parte, hice allí amistades y relaciones que me son gratas en extremo. ¿Le asombra a usted todo esto? Oh, sí, seguramente que le asombra; y hasta se burlará un poco de mí; pero ¿qué quiere usted? Me he acostumbrado ya, y los hábitos son imperiosos y tiránicos. Son como la mujer de ideas fijas y de sentimientos dinámicos y autoritarios, allá abajo, entre los hombres.

— VIII —

Cómo y dónde el protagonista tropieza con un fakir hindú, real y auténtico, o mejor dicho con su sombra. Historia extraña de un auto-enterramiento. Reflexiones y diálogos sobre la vida y la muerte, la filosofía, la religión, y apreciaciones irónicas a propósito de la metempsicosis. Curioso relato de la mujer que murió en olor de virginidad.

Alejado mi acompañante, cuya veloz ascensión lo apartó a poco de mi vista, dirigí el raudo vuelo hacia la nebulosa donde tantas almas interesantes conociera y hacia la que me atraía con fuerza de imán cierto poder misterioso e irresistible. Una luz pálida, fría y sin color, alumbraba como suave crepúsculo la gelatinosa extensión, comunicándole al paisaje aspecto triste y desolado.

Tuve la impresión de que aquellos parajes estaban repentinamente desiertos, pues durante largo rato vagué por la planada gris sin encontrar espíritus de ninguna clase. Hasta las almas conocidas parecían haberse escondido o ausentado.

Por fin, y cuando pensaba ya en adoptar la actitud inmóvil, extática y contemplativa, propia de la soledad y las circunstancias, ví con satisfacción que una forma escueta, que hasta entonces tomara por cualquier arbusto de los pocos que integran la raquítica vegetación del lugar, levantaba los escuálidos brazos, como en signo o señal de salutación. La contemplé con atento interés, sorprendido de su quietud que casi la mimetizaba, pudiendo apreciar entonces que era la sombra de un fakir hindú real y auténtico, lo que vale tanto como decir que presentaba las características de ese tipo oriental: ojos hipnóticos, carnes magras y maceradas, suciedad, misticismo. Su filosófico abandono y su aire de suicida perfecto le daban particular atracción.

Casi con júbilo, porque el encuentro me deparaba interlocutor, correspondí al saludo del personaje, quien me invitó en forma expresiva a adoptar postura de permanencia. Hícelo así, eligiendo el sentado turco o musulmán, tan adecuado para fumar, para fomentar los calambres y para los largos coloquios.

Le comuniqué en seguida mis impresiones, diciéndole:

—Estaba en la persuasión de que ustedes, los de su secta, iban directamente a los paraísos, no bien cesaban de vivir. Comprenderá, pues, mi sorpresa de verlo en este lugar.

—Sí, me doy cuenta de su extrañeza —respondió,— puesto que sin duda sabrá que a los fakires, santos del brahmanismo y el budismo, les corresponde sitio es-

pecial en los cielos, esferas o planos más altos del espíritu. No debía hallarme aquí, ciertamente, aunque le confieso que no me desagradaba del todo; mas quiso el destino que ocurrieran cosas extraordinarias e imprevisitas, a consecuencia de las cuales vine a parar a donde menos lo esperaba.

—¿Quiere referirme lo que pasó?

—Desde luego, y con mucho gusto. En aquella época era yo algo más que un fakir común y corriente, de los que pululan en las ciudades y los campos de mi país. Aunque no muy viejo, los estigmas del oficio y los padecimientos reiterados en que educaba mi voluntad les imprimieron a mi fisonomía y a mi cuerpo ese aspecto decrepito y martirizado que causa la veneración de las gentes. Por otra parte, mis dotes naturales, mis energías nerviosas y mis experiencias continuas, me dieron vasto y excepcional prestigio en la dilatada comarca donde actuaba.

¿Oyó hablar alguna vez de ciertos fakires que se hacen enterrar vivos por días y semanas, y luego siguen viviendo tranquilamente? Pues bien: tan peligroso experimento, que es una de las formas artificiales de la muerte aparente, viene a ser expresiva demostración de nuestro poder hipnótico y de auto-sugestión, a la vez que pálido simbolismo de nuestras doctrinas, por lo mismo que evidencia la realidad de la palingenesia y el dogma de la reencarnación, tan importante para quienes sostienen la teoría del alma inmortal.

Volviendo a mi caso, le diré que lo acontecido fue

algo tan insólito que hasta me ha hecho pensar repetidas veces si en aquella circunstancia no se alteraron o tornaron las leyes de la naturaleza. Había salido entonces en peregrinación apostólica, de enseñanza y de curación, por tierras hindúes, obteniendo resultados consoladores por los prosélitos que gané y los milagros que pude realizar. El éxito logrado me decidió a extender la religiosa empresa a otros países. Al principio todo seguía su curso regular, con alegría de mi alma, regocijada de servir con provecho a los intereses del espíritu. Un día, sin embargo, llegó para mí la hora de la amargura; y digo así porque todavía sigo pensando que acaso había dejado de ser puro y humilde, cuando las potencias divinas me abandonaron de tal suerte. En la ciudad donde ejecutaba una vez más la atrevida prueba, inmenso gentío, congregado en lote propincuo a la necrópolis, se impacientaba con avidez de verme y presenciar el enterramiento. Para dar fe, estaban allí la autoridad y un grupo de médicos. Llegado el momento supremo, me dispuse como era de rigor, y a poco, previas las invocaciones rituales y los ejercicios destinados a provocar la rigidez cataléptica, mi cuerpo ofrecía el más persuasivo y cadavérico aspecto. Lo inhumaron convenientemente poniendo sellos y otras seguridades sobre el ataúd, así como guardia permanente junto a la tumba.

Ocho días debía permanecer bajo tierra, para resucitar al cabo de ellos. Cumplido el plazo señalado, y con la misma asistencia de curiosos, médicos y autoridades, procedieron a desenterrarme entre la expectativa gene-

ral. Figúrese usted cuáles serían el pasmo y el desengaño de tantas gentes, viendo que lo que aparecía no era un nuevo Lázaro, o el fakir desentumecido, sino mi puro cadáver con las manifestaciones del muerto de una semana, al que en vano se le practicaron toda suerte de pruebas para conseguir que reaccionara de su fatal letargo.

Quedé, pues, como puede presumirlo, muerto completamente y de manera irrevocable. Y como tan singular defunción no fue natural, ni podía considerarse en manera alguna como fallecimiento legal y protocolario, de los aceptados por la rutina, hube de venir a estos limbo, no quedándome otro camino, puesto que los paraísos se cerraban sistemáticamente a todas mis llamadas.

—Permítame que no lo lamente —exclamé con sincera convicción. Gracias a tan estupendo percance, y a lo que a mí mismo me ocurrió, tengo ahora la grata oportunidad de tratarlo. Además, me parece que aquí se está mucho mejor que en cualquiera otra parte.

El fakir asintió en forma ambigua.

Tras corto silencio, sintiendo ganas de dialogar con el singular personaje, le dije con gran sosiego:

—En esto de la vida y la muerte no somos sino pobres juguetes del destino; maniqués de la casualidad, y autómatas vanidosos porque los dioses nos dieron una chispa de inteligencia. Nacemos y morimos sin que en ello intervenga nuestro querer, pero ni siquiera nuestro simple conocimiento.

—¿Qué importa saber cuándo se nace y se muere?

—replicó la sombra escuálida.— Nacer y morir son dos accidentes, dos instantes fugaces en la eternidad del espíritu; y la vida mortal simple apariencia nada más. Hé aquí por qué los hombres de mi secta despreciamos la carne, vilipendiamos la materia, y consideramos la muerte como necesaria ablución en la piscina de la verdad, a fin de purificar el alma y disponerla para nuevas reencarnaciones, mientras que le llega el momento de la liberación absoluta.

—Yo, —declaré con cierta indolencia,— sólo puedo decir que amaba la vida, encontrando agradables sus muchos halagos y placeres.

—Los sentidos del hombre, cuando no los gobierna la voluntad —insistió el fakir impasible— lo inclinan fatalmente a la sensualidad, por herencia biológica irrepudiable y por ley triste de sus instintos. Pero la sabiduría lo redime. La sabiduría que es el conocimiento de las verdades permanentes y la suma de las experiencias de todos los tiempos. Para nosotros la vida es hermosa también, mas no como cosecha de goces físicos sino como vendimia de espirituales elaciones. ¿Qué puede haber igual a la contemplación? ¿Qué puede superar al éxtasis divino? ¡Sufrir para gozar, despreciarlo todo para poseerlo mejor, convertir el dolor en espasmo de alegría y la desnudez en manto de púrpura!

—¿Por qué desean la muerte, pues?

—Porque es la liberación; pero no la deseamos propiamente, sino que la vemos venir con sereno estoicismo y con íntimo y contenido júbilo. El fakir piensa en

ella como en un bien, sin apresurarla ni buscarla por extraviados caminos. Muchos, en cambio, la ven llegar con espanto y desesperación, o como absurda ocurrencia. Y es que las gentes en el mundo piensan poco en la muerte; por eso en ciertas edificaciones dejan las puertas y las escaleras estrechas, sin tener en cuenta si queda espacio suficiente para que salga el ataúd. ¡Ay, a veces el muerto ha de salir por los balcones, como los ladrones que huyen!

—Donde incineran los cadáveres —apunté con simulada indiferencia— no tiene importancia que las entradas de las casas sean anchas o angostas.

La sombra me respondió con suavidad:

—Hay algo más bello que las leyendas de la India y sus maravillosos misterios, y es su filosofía secular. La verdad de la vida y el sentido místico de la muerte son allí fuentes vivas donde abrevan las almas su sed de ensueño y sabiduría. En ellas bebí largamente, como el ciervo cansado, llenándome de la conciencia del mundo y del amor universal. Respetables son, sin duda, leyes que permiten la cremación, como respetable es el dogma que la rechaza por razones sentimentales y porque sostienen la resurrección final de los muertos. ¿No sería más humana, empero, y acaso más romántica, la inhumación tradicional que devuelve la criatura a la tierra, manteniendo el ritual fúnebre y dejando la esperanza porque en lugar de pobres cenizas ofrece el espectáculo consolador de la primavera en los sepulcros?

Para que no resulte hecho prosaico, fenómeno fisio-

lógico repugnante y triste, conviene darle a la muerte hondo sentido religioso. Desposeerla de él es arrebatarse su misterio, que es su poesía melancólica, tendiendo sobre los cipreses, y los sauces simbólicos, velos horribles de desolación y vacío. Y ya que hablamos de religión, quiero recordar que en la Tierra, entre los humanos, que debían tener un culto único y universal. muy sencillo, no ha sido posible que se pongan de acuerdo, sino que cada cual posee su rito aparte, por causa de esa deplorable tendencia o inclinación a materializar los sentimientos. La liturgia se impone, y el fondo, que es la verdad, queda supeditado. De esa suerte las religiones se convierten en ceremoniales externos, y cada creyente en vulgar idólatra. Triunfa el fetiche por completo.

—A eso —continuó la sombra del fakir— ha de oponerse el sentimiento religioso desnudo, simple y viviente como el niño recién nacido. Sentimiento desvinculado por completo de todo interés mundano, cálculos mezquinos, contactos con la carne, y que halla en sí mismo su plena satisfacción. Tal como entre las gentes de mi secta se entienden la finalidad de la vida y el destino del hombre, el itinerario de las almas es peregrinar en busca de la unidad, la pureza absoluta que excluye toda concupiscencia, y el éxtasis eterno y perfecto.

—¡Peregrinar! —exclamé, contemplando el infinito espacio que me envolvía como hondo abismo.— Ahora me acuerdo que muchas veces oí hablar de esa forma de trashumancia de almas llamadas metempsicosis. Doctrina

caprichosa y un poco cruel, puesto que no les permite tener reposo ni sosiego definitivos.

—Me parece haberle dicho ya que tales transmigraciones no son más que estados transitorios, a través de los cuales el espíritu va purificándose, hasta alcanzar la perfección y el éxtasis absoluto.

—Lo que no impide —argüí con tenacidad de viejo polemista bizantino— que se pasen ratos desagradables, como sin duda le acontecerá al alma del orador que reencarna en el cuerpo del cartujo, o de la prostituta que se aposenta en el organismo de la monja. Ah, pero debe ser más desesperante aún, habiendo sido sabio, por ejemplo, reencarnar en la estructura del pollino o del hipopótamo.

Cuando hube dicho lo anterior, la sombra interlocutora no quiso pronunciar más palabra, ofendida acaso por el tono culpablemente frívolo con que acababa de expresarme. Se sumió en completo mutismo, no ocupándose más de mí. Entonces me encaminé hacia un grumo enorme que parecía flotar muy cerca de la nebulosa, semejando pequeño satélite, y que muchas veces despertó mi curiosidad. Un corto vuelo podía transportarme a él. Ya me disponía a dar el salto, resuelto a efectuar nueva exploración, cuando sentí que una mano sutil me asía suavemente con amagos de detenerme. Me volví al punto, sin prisa. La sombra que tenía delante me era por completo desconocida. A pesar de ello, me habló con familiaridad.

—Usted, como todos los que vienen aquí, es decir

sus almas, no puede sustraerse al deseo de saber qué hay en esa pequeña isla de nubes. Curiosidad natural, puesto que es evidente que a dicha isleta la rodea, como a la cabeza de los santos, cierto nimbo de misterio. Algo existe en ella que llama y convida con sugestión irresistible. No vaya a pensar, sin embargo, que allí se esconde alguna sirena o ente por el estilo. En cambio, hay algo que le causará sorpresa inaudita.

Aproximándose más con ese aire enigmático y conspirador de la persona que comunica algún secreto, el personaje continuó así su confidencia:

En ese lugar reside la sombra atormentada de la mujer que murió en olor de virginidad. Técnicamente pudiera ser un alma maldita, o un espíritu en pena. Apenas fallecida, y como no la admitieran en los paraísos por cuanto venía llena de manchas de cuncupiscencia mental, la desventurada anduvo vagando mucho tiempo de limbo en limbo, sin encontrar acogida ni reposo, pues como por aquí nunca se han visto almas de mujeres, acaso porque no existen, ninguno quiso convenir en que la admitieran. Muchos opinaron que se trataba de un andrógino, otros que de un súcubo infernal, no faltando incluso quélones creyeran que el extraño sér era un odioso vampiro. El hecho fue que la cosa se convirtió en eso que llaman en la Tierra "cuestión de Estado". Hubo, pues, conferencias y asambleas para considerar el problema, con discursos y exposiciones, llegándose por fin a un acuerdo en virtud del cual la sombra de la virgen

inútil residiría en lugar aparte, como en lazareto o cuarentena, sin tratos ni comunicaciones con nadie.

—Pero, —argüí, estupefacto, no alcanzo a comprender el delito o la culpa de esa desgraciada. Nunca oí decir que la virginidad fuese pecado. Por el contrario, la pureza corporal, particularmente en la mujer, es considerada generalmente como virtud y muy apreciada.

—Oh, es verdad —asintió mi interlocutor—; pero ¿quién puede afirmar nada con certeza sobre ese tópico? Todo es tan relativo. La mujer de que le hablo fue en vida maravilloso ejemplar femenino; poseía conturbadora belleza, y la sólo visión de su cuerpo escultural trastornaba los sentidos y despertaba los deseos, que se ponían a latir como perros famélicos. Por tan estupenda doncella enloquecieron y se suicidaron muchos varones. Pero no es esto solamente, sino que hay algo más terrible aún. La fatal mujer tenía el corazón cruel, y la vanidad extremada. Se burlaba de los hombres, escarneciéndolos sin piedad, y haciéndolos llenar de sueños, ilusiones y esperanzas, para matar una a una, como moscas o mariposas con un alfiler, todas esas ingenuas debilidades. Créame si le aseguro que era un auténtico monstruo; una criatura salaz, sádica y masoquista a la vez, y de una perversidad sin límites, puesto que se embriagaba con el bárbaro goce de los deseos contenidos y de las voluptuosidades frustradas, propias y ajenas.

—Sí, fue un monstruo —repitió la sombra con excitación—, deificando, para adorarlo, su propio sexo, y haciendo de él fetiche horrendo para ofrecerle víctimas

humanas. ¿Conoció usted culto más inmundo y más torpe? Pues bien: la siniestra mujer fue doblemente cruel sacrificando a los demás y sacrificándose ella misma. Despreció las alegrías de la vida y los infinitos placeres del amor, asesinándolos en su propia fuente; vió pasar con indiferencia la primavera; reservó para las bestezuelas vermiculares del sepulcro la luminosa belleza de su carne sellada con siete sellos. Virgen vivió y virgen murió voluntariamente, obsecada por la superstición grosera de su doncellez intangible, guardada como venerable reliquia.

Soltando una risita sarcástica, prosiguió:

El castigo vino después, inexorable y tremendo; tarde ya, porque la muerte disolvió en polvo y cenizas tantos encantos y atractivos. La desdichada hembra, que en vida no tuvo feminidad, acaso porque por su organismo pululaban secretos impulsos masculinos; que debió de llevar atrofiado o muerto el instinto misterioso de la maternidad; esa infeliz criatura deforme, a pesar de su belleza física, ha de saber usted que no tiene punto de reposo ni esperanza de paz, debido a que los remordimientos la torturan perennemente, a modo de suplicio perpetuo. Jamás se consuela la cuitada de haber pasado por el mundo sin disfrutar sus goces magníficos. y ahora maldice la superstición estúpida que la hizo meter su virginidad en alcohol y alcanfores, sin beneficio para nadie.

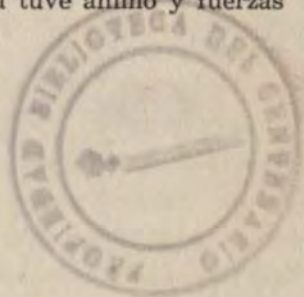
De la isleta de nubes llegaron en aquel momento

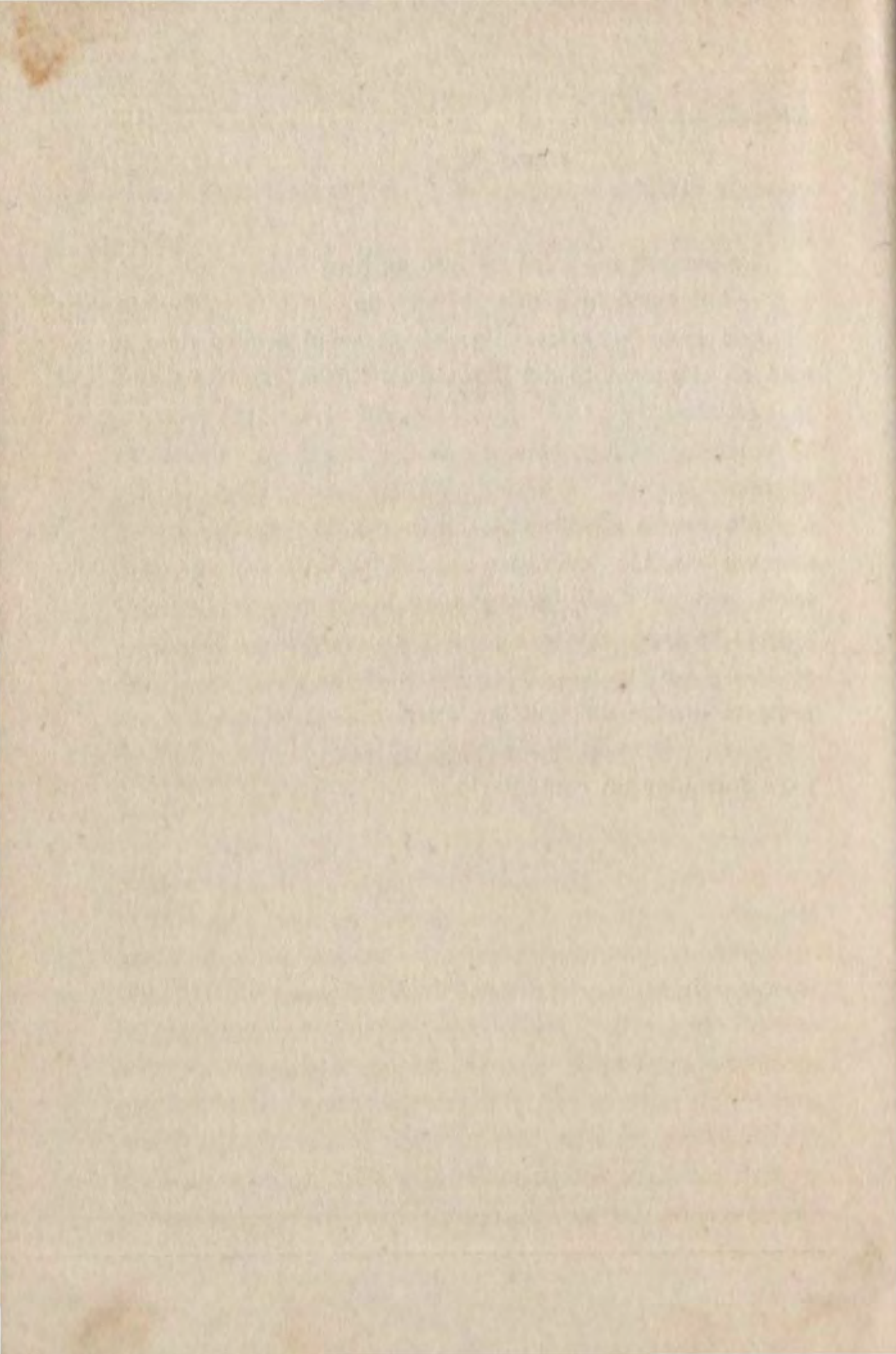
ecos de alaridos exasperados y de imprecaciones blasfemas.

La sombra me miró de hito en hito.

—Ahí tiene la confirmación de lo que le cuento. Cuando grita y se lamenta así, es señal segura de que está en el momento del paroxismo. Entonces gime y ulula bestialmente, y se retuerce como el condenado entre la hoguera. Es, sin duda, digna de lástima, aunque no de perdón.

Me quedé en silencio, sobrecogido extrañamente. Conocía muchas torturas; oí hablar de tormentos brutales, atroces y fantásticos; tuve la exaltada noción de cuanto es humanamente posible en materia de crueldad, sevicia y refinamiento para inventar dolores y martirios; pero el castigo de aquella mujer, o de su alma, me pareció tan espantoso que ni siquiera tuve ánimo y fuerzas para formular un comentario.





— IX —

Donde, siguiendo su relato, el protagonista habla de un limbo especial poblado por variadísimas especies de almas de suicidas. Los raros personajes que se ven desfilar aquí, y algunas de sus interesantes historias, tristes o alegres, cómicas o dramáticas. Las diferentes máscaras de la muerte. Escarceos graves y frívolos en torno del suicidio, y disquisiciones sobre las curiosas maneras como las mujeres se matan.

El lector de las presentes memorias va a encontrar, me parece, en las líneas que siguen, relatos y apreciaciones críticas que posiblemente lo desconcierten y hasta le sugieran ideas y puntos de vista nuevos en relación con el viejo tópico del suicidio. No es, sin embargo, mi propósito catequizar a nadie, haciendo prosélitos para una u otra doctrina, en primer lugar porque sólo me propongo referir las cosas que he visto en ultratumba, y luego porque, dada mi condición de cuerpo astral o espíritu desencarnado, no me interesan ya los hechos puramente humanos.

Advertido lo anterior, continuaré mi narración, anotando de paso y con brevedad la circunstancia de que en los limbos, donde también existen las categorías como en todas partes, las almas de suicidas, como las de muertos sin bautizar, constituyen castas o clases superiores con ínfulas de aristocracia por supuesto. Ah, es que suele ocurrir que ni la misma muerte es bastante para curar al hombre de vanidades necias y ridículas. ¿Cuántas personas hay en el mundo que al otorgar su testamento incluyen en él cláusulas sibaríticas, engoladas y fastuosas, disponiendo que se les erijan mausoleos costosos y espléndidos, o haciendo legados aladinescos para que se funden obras o instituciones, con la patética esperanza de que sus nombres perduren en la posteridad?

Conmovido y afectado todavía por las lamentaciones y los gemidos lúgubres del alma de la virgen inútil, a través de los cuales se adivinaba su desesperación y su dolor, dirigí mis pasos inciertos hacia la zona opuesta de la nebulosa, guiado por cierta intuición confusa y dominadora. Ningún alma hallé en el trayecto. Alcancé por fin la línea donde comienza el limbo especial o recinto de los suicidas, la que parece una frontera, o arsi-finio mejor dicho, puesto que la forma ancho foso o canal etéreo que hay que salvar al vuelo. Dos sombras altas, pausadas, se paseaban como dos suizos, talvez haciendo guardia.

Una de ellas me interrogó. Se le notaba en la sien derecha negro y pequeño orificio, del ancho de los proyectiles de pistola. La otra tenía en el cuello, a modo de co-

llar, una línea azulosa, casi cárdena; los ojos saltados, al estilo de los batracios; y una crispadura constante en las manos flacas y nerviosas. Pero si la primera ofrecía aspecto noble, de distinción y señorío, la última inspiraba repulsión por su gesto de horror y angustia, agravado por cierta caída del labio inferior, que semejaba el belfo de los caballos y sobre el que se posaba a ratos la lengua oscura y tumefacta, de apariencia feísima.

Hé aquí —pensé yo— dos ejemplares clásicos de suicidas comunes y corrientes: el que se metió una bala en el cráneo, y el que se ahorcó como cualquier ganapán. Tan respetables son sin duda, el uno como el otro, desde el punto de vista de la finalidad; pero en cuanto a los medios, ¡hum!, y con perdón de los jesuitas, me parece muy conveniente establecer claros distingos. En la muerte, lo mismo que en la vida, debe primar siempre un sentido de estética. Ningún atentado contra la belleza y la armonía puede tener justificación.

Me dí buena mañana, logrando ganarme la simpatía y la amistad de las dos sombras altas y pausadas, que se prestaron de buen grado a servirme de brújula, dándome noticias e informaciones. Así logré conocer, en primer término, sus historias.

—Mi muerte —refirió el del orificio en la sien— fue motivada por cuestiones de honor. Recordará usted que en la Tierra no se puede vivir sin reputación, buena se entiende, ya sea cierta o aparente; por lo menos entre los caballeros, pues también es verdad que hay gentes que no han menester de este perendengue convencional, o

que se lo pasan tranquilamente por cierto sitio que prefiero no mencionar. Aquí donde me ve, fuí un suicida romántico, de esos que se desprenden de la vida con elegancia, observando las reglas del buen tono social. En la ciudad donde moraba fuí persona de posición, rica e influyente. Un día cualquiera mis negocios marcharon mal, dejándome con deudas sagradas. Fue vano cuanto intenté por enderezar la barca zozobranante, sin otro anhelo ni preocupación que pagar. Le digo que casi me volví loco. ¡Mi nombre, mi buena fama en duda y entredicho! De tal suerte perdí la cabeza, que hubo momentos que enviadiera y deseara imitar a esos hombres tranquilos y eufóricos que no sólo conservan el apetito y el sueño y el buen humor, aunque estén acribillados de deudas u obligaciones de honra, sino que además saben ingeniar-se alegremente para no pagar a sus acreedores, simulando la insolvencia o la quiebra, o traspasando sus haberes al testaferro o al compadre.

Para mí fue tan intolerable el fracaso, que no pude concebir otra solución que la muerte. Nadie dudaría así de mi probidad. Y se respetaría mi memoria. Dispuse, pues, mis cosas; y una mañana, en mi propio despacho, tras de escribir algunas líneas explicatorias para que la autoridad no enredara el asunto, ni industrializaran mi defunción los periódicos amarillos, en traje de etiqueta y en la actitud más irreprochable me hice el disparo libertador.

—¿Quiere referirme también su caso? —le dije a la otra sombra, con ávida y patológica curiosidad, adivi-

nando que debía de ser más interesante, o menos rutinario y usual.

—Oh, yo no fui más que un pobre diablo —respondió modestamente, casi con humildad y vergüenza. Vivía en el suburbio miserable, en unión de mi madre, mujer anciana y sin recursos, ejerciendo, a espaldas de ella por supuesto, la peligrosa profesión de ladrón. Las cosas habían marchado bien hasta entonces, gracias a mi prudencia y habilidad, sin más consecuencias desagradables que algunos arrestos de horas que ocultaba cuidadosamente a la vieja y en cuyas relaciones de policía figuraba invariablemente con nombres falsos o apodos del oficio. Cierta ocasión, no obstante, mis precauciones resultaron baldías, pues, no pude saber cómo, mi madre se enteró de las aventuras en que andaba metido. Aconteció que hice un robo sonado, de esos en que lo que muerde el anzuelo es algún peje gordo; una buena operación, en fin, como dicen los técnicos. La mala suerte, o la traición, lo echaron todo a perder en últimas. Fui a dar, pues, a la cárcel, de donde estaba escrito que no habría de salir sino acostado y rígido, entre cuatro tablas mal clavadas. Tres días días después de mi detención, mi madre fue a verme, reprochándome con lágrimas y palabras amargas mi feo delito, y marchándose luego agobiada por la vergüenza. Esa noche no pude dormir, viendo junto a mí su figura triste y acusadora. Sus quejas resonaban en mis oídos como campanadas, y un dolor recóndito me accongojaba sin tregua. Oh, era imposible soportar la idea de mi humillación y el recuerdo de sus reproches. Al a-

manecer, con larga soga improvisada, me colgué de las vigas del calabozo, con excelentes resultados. Cuando el carcelero entró, mi cadáver se balanceaba aún, a modo de péndulo de reloj, macabro y enorme.

A corta distancia de nosotros comenzaron a pasar a poco sombras de gran tamaño y con distintos estigmas y señales. La del orificio en la sien, comprendiendo mi curiosidad, se puso en seguida a darme noticias de todas ellas, en la forma más minuciosa. Parecía estar muy enterada, o ser la encargada de la estadística.

—El espíritu que pasa en este preciso instante frente a nosotros —dijo con pausada voz— es de un suicida que padeció la enfermedad llamada *tedium vitae*. De tales ejemplares hay muy pocos aquí. Son casos excepcionales y si se quiere insignificantes . . . El otro que le sigue, con aspecto de máscara oriental, fue en vida un personaje atormentado por cruel enfermedad. No pudo resistir los sufrimientos, y se eliminó con un tóxico.

—¿Y esa pareja tan unida como las hermanas siamesas?

—En el mundo fueron amigos inseparables y entrañables. Pensaban de acuerdo, teniendo las mismas ideas e idénticos hábitos y gustos. Un día cualquiera se les ocurrió, se ignora por qué causas, cancelar su inscripción en el libro de los vivientes. Naturalmente, decidieron acabar juntos y del mismo género de muerte. ¿No les encuentra usted cierto aire tonto e infantil, como de que todavía no salen de su asombro?

Apartada de las demás, una sombra prócer, de majestuoso porte y suprema elegancia, discurría lentamente.

—¿Quién es —pregunté al punto.

—Petronio, el de la hemorragia —informó con laconismo mi interlocutor.

—Y no dijo más, como si la sombra del suicida se comentara por sí sola.

El desfile seguía, pintoresco y fascinador. Pasaron dos almas pálidas, correctísimas, de estampa antigua y caballeresca. Bajo suntuosas túnicas sutiles, que parecían de seda bordada con lotos de oro, se adivinaban sus figuras escuetas y sus vientres abiertos.

La sombra de la perforación en la sien explicó solícita:

—Son suicidas nipones. Estas almas me han producido siempre extraordinario interés. Tienen de la muerte un concepto noble y valiente, y un sentimiento poético del honor. En cambio, y como extraña paradoja, escogieron formas prosaicas para eliminarse. Porque usted convendrá conmigo en que resulta sumamente vulgar eso de abrirse la barriga. Ni más ni menos que una res en un matadero.

—Sí, evidentemente

—Pero así como hay suicidas románticos y líricos, los hay también que acomodan su muerte al cálculo preciso o la ecuación algebraica. De todo se encuentra en este limbo pobladísimo. Obsesos, alucinados, suicidas por equivocación, exasperados, maniáticos y hasta **diletantes**. ¿Ve usted esa procesión de almas que pasan co-

mo masa confusa, allá hacia el fondo, atropellándose suavemente lo mismo que apretado rebaño? Pues son espíritus de individuos muertos en formas tan múltiples y hasta llenas de colorido. Allí tiene uno que se mató creyendo tener las alas de Ycaro, o imaginando haber descubierto el secreto del auto-vuelo. El pobre se lanzó desde un quinto piso, y, naturalmente, tuvo qué aterrizar en las condiciones más deplorables. Ese otro cargó con dinamita el túnel o socavón de su propia boca, y pegándole fuego, hizo explosión siniestra. Fue un caso de pirotecnia extravagante y fúnebre, que, por fortuna, no alcanzó la cumbre del éxito.

Haciendo pausa, la sombra prosiguió:

—Usted, por supuesto, piensa que estos rostros que ve, estas fisonomías que le permiten individualizar y distinguir cada sombra, son la faz verdadera de sus dueños. Pues sepa que no son sino las diferentes máscaras de la muerte. Cada suicida es un histrión; cada fantasma de éstos un actor iluso de la doliente pantomima. En realidad, no se conocen ellos mismos. Son máscaras, almas frustradas, verdaderos y autorizados ciudadanos del limbo.

Insinuó la pregunta fundamental.

—Pero, en resumidas cuentas, ¿tales almas lograron un fin? ¿Las redimió la muerte voluntaria? Si regresaran a la vida, ¿tornarían a suicidarse otra vez?

—Nunca se podría apreciar con certeza la razón o la sinrazón de quienes cortan ellos mismos, con gesto brusco, el curso de sus vidas. Las almas son pozos inson-

dables, y el dolor entidad que escapa a la medida. Yo sólo alcanzo a comprender que en la muerte hay, sin duda, cierta misteriosa atracción, poder fascinante que llama con voces irresistibles a quienes sintieron romperse un lazo cualquiera de los que ligan al vivir. Para muchos es la consoladora; para otros la curandera fría y eficaz; pero para la mayoría de los que se matan es apenas escotillón pra escurrirse de la escena donde no pueden desempeñar su papel, o se consideran incapaces de continuar representándolo.

—Hay muchas sombras aquí —observé—; muchas más de lo que sospechaba. Le confieso que no creí que hubiesen tantas en este sitio.

—Ha visto pocas, sin embargo. La crónica del suicidio a través de los tiempos es agitada y múltiple. Y tan abundante como estéril. Volviendo a mi caso, por ejemplo, le diré que guardo la impresión de que hice algo perfectamente inútil. Nunca habrá razón lo bastante justificada para atropellar a la muerte, violentándola.

—¿No encuentra, a pesar de todo, cierto heroísmo en el suicidio? El asesinato del propio sér implica, sin duda, alarde de voluntad y sentimiento de valentía. Los hombres de ánimo pusilánime jamás atentan contra su vida.

—Sobre eso debo manifestarle que aquí se consideran y se juzgan los hechos con criterio desprevenido. Ni el amor ni el odio, ni la admiración, tienen razón de ser en los planos espirituales. No hay más que almas escuetas, desnudas de todo sentimiento. Y es con tal criterio

que se piensa que en el individuo que se mata no existen la cobardía ni el valor; su acto es impulso nada más, ademán fatal; acaso simple pirueta del destino.

—¿Y las mujeres que se suicidan? —apunté intencionadamente.— ¿Cómo las califica, y qué suerte corren sus sombras?

—¡Sus sombras! Ha dicho muy bien, porque sigue siendo misterio inexplicable el hecho de que invariablemente se encuentran vacíos los cadáveres de mujeres. Los conductores de almas se quejan de que pierden el viaje, pues tienen que regresar solos cada vez que fallece una criatura de esas. He meditado frecuentemente sobre tan interesante cuestión, sin llegar, por supuesto, a otro resultado que el desconcierto más completo y el escepticismo más profundo. Durante tales cavilaciones suelo preguntarme qué objeto tiene el suicidio de las mujeres bajo semejantes circunstancias. Pero ¿ha reparado usted, por otra parte, en las formas tan caprichosas y características que emplean para darse muerte?

—¿Las ha catalogado acaso? —pregunté a mi vez con falsa ironía, disimulando mi deseo de enterarme.

—No he hecho, en verdad, una clasificación minuciosa y ordenada, como sería de rigor en cualquier oficina de estadística. Mis observaciones son puramente de aficionado, y por razón de circunstancias. No olvide que soy aquí como funcionario de aduana, que sabe todo lo que pasa, aunque en ocasiones finge ignorarlo, o como empleado de policía, que debe conocer a conciencia a todo el mundo. Pues bien: en esto del suicidio la mujer

se diferencia fundamentalmente del hombre por las formas y sistemas que emplea. No es que tenga más imaginación; pero es incuestionable que, haciendo honor a su sexo, se muestra más delicada y romántica para morir. No se tiene noticia hasta hoy de ninguna que se haya matado a tiros de pistola; y son casos excepcionales, rarísimos, los de las que se ahorcan. Parece que odian la violencia, rechazando por instinto toda forma brutal y todo aspecto prosaico de las acciones. Por eso verá usted que escongen para eliminarse los procedimientos más suaves y posiblemente más poéticos. El veneno, la intoxicación novelesca, es lo que prefieren. Pero les gusta también el sistema dramático del puñal. En los países donde la naturaleza se presta, como cualquier proxeneta fúnebre, eligen también la muerte acrobática, la que ofrece la inapreciable ventaja de la decoración y de la música estruendosa. Hoy no hay cascada, catarata, ni simple salto de agua de mediana importancia, que no tenga qué sufrir el desahogo final de esta categoría de suicidas. Hasta se ponen de moda, para la consumación de las trágicas cabriolas, con sólo que dos o tres ilusas resuelvan tirarse por el despeñadero líquido.

— X —

El autor de estas memorias cuenta, en las líneas que siguen, su llegada a extraños parajes poblados por espíritus de guerreros. Maravillosos aspectos de la región flotante, que resultó ser otro limbo de importancia, y personalidades síquicas que la habitan. De paso, el protagonista rectifica algunas teorías y leyendas que circulan en la tierra, respecto de la naturaleza y población de un famoso planeta. Historias y relatos bélicos que parecen inverosímiles, pero que en todo caso son posibles y hasta divertidos incluso. Un espectáculo magnífico que sólo se puede ver haciendo viaje a la estratósfera.

Cuando ocurrió lo que voy a referir en seguida, tenía el sutil ambiente apariencia tan suave y tenuemente coloreada, que me hizo evocar con cierta melancolía los atardeceres terrestres. No era, en verdad, crepúsculo aquello, puesto que en las regiones donde me hallaba no existen el día ni la noche, ni sus estados intermedios, sino que todo es una sola y perenne claridad, intensa y

magnífica. Pero el hecho fue que en tal ocasión me pareció que el éter ofrecía aspectos insólitos de pálida luz vespertina, en lo que posiblemente influyó mi imaginación o mi deseo.

De tiempo atrás me acuciaba el propósito de permanecer transitoriamente en cierto paraje, muy distante de la nebulosa y del que supe cosas que excitaron mi curiosidad exigente. El tal paraje, según noticias, era un oasis o vallecito perdido en enorme mole planetaria, de atmósfera benigna, aunque de temperatura baja y punzante. Se alcanzaba a distinguir, en la profunda y vertiginosa inmensidad circundante, el gigantesco globo donde se asentaba el oasis; masa opaca, pesada y compacta, sin duda, pues no despedía otra claridad que apagados e intermitentes destellos, como de luz prestada. ¡Ah, allí sí que sería, —pensé,— el verdadero atardecer!

Para darle a la excursión carácter más conforme con mi estado de ánimo y la fisonomía de puesta de sol que le encontraba a ese momento, fui hasta el extremo opuesto de la nebulosa, y, aprovechando rosada nube que pasaba, me embarqué en ella, habilitándola de góndola. En verdad, no tenía prisa. —quién puede tenerla en tales regiones?—; y todo invitaba a realizar el corto viaje en las más poéticas condiciones. Quería avanzar con relativa lentitud, imaginando que el espacio inacabable era más fanstástico, insondable y sereno, surtido de encantadas islas y misteriosos fenómenos.

La extraña navegación me permitía apreciar en su imponente grandeza, o al menos vislumbrarlo, el es-

pectáculo de magia de ese universo en que mi espíritu flotaba como una estrella diminuta, o como luciérnaga errabunda. Otras nubes cromáticas se deslizaban, a manera de barcas, por la azulina extensión. A ratos cruzaban el espacio, con vuelo raudo de saetas, bólicos fulgurantes. Sentía la emoción profunda de mecarme, lo mismo que lo haría en columpio de sueños, sobre el abismo indescriptible en que se equilibraban por milagrosas leyes las energías cósmicas y las fuerzas eternas. ¡Cuánta armonía en el caos aparente! ¡Cuánto orden en medio del anárquico desconcierto de esos mundos que daban la sensación de moverse a la deriva, sin itinerario ni objeto, como locos bohemios o vagabundos inmortales!

Mientras avanzaba, sumido en el éxtasis de la contemplación y en el pasmo de tan soberana belleza, iba sintiendo también, cual si hubiese vuelto a corporizarme, o a encarnar fugazmente en sentidos materiales, estremecimientos voluptuosos, de incomparable languidez. Céfiros blandos y alegres llegaban de todos los horizontes, cargados de fragancia y ternura como suspiros de mujer: pasaban resplandores sutiles, veloces, semejantes a luminosos mensajes; vibraban melodías recónditas, que eran, sin duda, la misma música estelar recogida y desmenuzada por los ecos del abismo.

La nube se detuvo de pronto en ancha ensenada en cuyo fondo se veía la cinta blanca de la orilla indecisa; pero no era una orilla propiamente, sino más bien una explanada con aspecto de estepa. Exótica vegetación se alzaba por dondequiera, presentando caprichosas formas

y desvahlidos colores. Descendí de la improvisada nave, echando a andar con cierta inquietud por el gélido suelo, con la esperanza de hallar pronto algún personaje, viviente o síquico, ente material o sombra, de los que probablemente habitaban el extraño sitio.

No tuve qué avanzar demasiado, pues a poco dí con una sombra desmesurada, de tipo marcial, que parecía estar reposando muy entretenida en la singular tarea de mirarse y contarse las cicatrices que tatuaban su pecho y sus brazos.

Sin poder contenerme, me dirigí a ella, preguntando.

—¿Quién es usted, y qué son esas manchas?

El interpelado respondió, afable y cortés:

—Soy el espíritu de un guerrero que realizó grandes hazañas, si bien las trompetas de la fama no las pregonaron bastante. Lo que no es de extrañar, porque entre los hombres se cometen frecuentes injusticias y suplantaciones odiosas, como es, por ejemplo, que los generales usufructúan el heroísmo de sus soldados. En cuanto a esto que usted califica de manchas, le diré que no son tales sino heridas honrosas, o mejor dicho condecoraciones de gloria. De estas medallas me correspondieron algunas, muy bonitas y muy simbólicas, de metales finos, que desgraciadamente hube de vender a menos precio para hacerle frente a la miseria de mis últimos días. Si no lleva prisa, le contaré cualquiera de mis hazañas.

—Prisa no tengo, y me gustaría oír su relato; pero

antes que todo le ruego decirme qué lugar es este y por qué se encuentra usted aquí.

—El sitio donde nos hallamos ahora —explicó el sombrón— es un limbo habitado por almas de guerreros exclusivamente. Ocupamos parte del planeta llamado Marte, del que tanto se habla y se fantasea en la Tierra. Ya ha visto usted que es paraje bien extraño, por cierto. Sobre la causa o motivo de hallarme aquí, debo manifestarle que yo, como ninguno de mis intrépidos colegas, fuimos admitidos en los paraísos debido a que los funcionarios sostienen que las de los guerreros son almas impuras porque están manchadas de vanidad y de homicidio.

—Pero si el heroísmo es excelsa virtud entre los hombres!

—Sí, ciertamente; y sobre todo para los que saben explotarla en beneficio de sus ambiciones o intereses. Aquí, para matar el tiempo inagotable, se distrae uno contando las cicatrices y refiriendo las propias hazañas a los demás o a sí mismo pero a la vez se piensa con intensa amargura, y también con justo rencor, que se fue víctima ingenua y dócil instrumento de los demás. Tal vez por esta condición boba y crédula nos enviaron al limbo. Mas no hablemos de ello. Prefiero contarle alguno de mis hechos de armas.

—Cómo no; hable usted, que le escucho.

—Era entonces, cuando vivía, soldado de mi país en servicio activo. La guerra estalló con una nación limítrofe, y se nos llevó a la frontera; al campo de batalla,

mejor dicho, si he de usar la expresión empírica, o al matadero, como lo denominan los maldicientes. Los técnicos lo llaman también frente, o línea de fuego, y los poetas y los oradores campo de gloria y palenque de valentía. En realidad, lo que puede decirse es sementera de la muerte. Bueno: aquel día nos hallábamos en víspera de combate, y, al anochecer, mi pelotón, con un oficial al frente, fue enviado a reconocer el terreno. Ibamos ya entre sombras y con la necesaria cautela, los doce hombres que integrábamos la patrulla. De repente, no se sabe cómo, dimos casi chocando con otro pelotón que venía del campo contrario. El encuentro fue brusco, trabándose lucha fulminante, con verdadero encono. Pude apreciar al punto que los enemigos no pasaban de treinta. Pelea desigual, sin duda, pero digna de un buen soldado. Francamente, no podría afirmar dónde se metió el oficial en aquel dramático instante. Lo que sí pude ver fue que mis compañeros acometían cual fieras rabiosas, lanzando maldiciones coléricas y expresiones escatológicas. No es alabanza tonta, pero la refriega estuvo magnífica. A poco había despachado yo cinco enemigos. Terminada la escaramuza, nos contamos, pudiendo apreciar que faltaban tres de los nuestros, y que los restantes se hallaban todos heridos, aunque sólo uno de gravedad. Regresamos al campamento, percatándonos al llegar, de que el oficial eclipsado caminaba tranquilamente al frente del grupo vencedor. Fue ascendido y condecorado, oído su brillante informe. A nosotros nos citaron modestamente.

—Los héroes anónimos! —comenté con leve sonrisa.

Otras historias típicas me refirió la sombra marcial, destacando invariablemente su escasa fortuna para ascender y su intrepidez y audacia en la pelea, así como el número y la importancia de los enemigos que puso fuéra de combate.

En seguida, y expresados como era del caso mi aplauso y admiración por tales hechos memorables, echamos a andar juntos, dialogando mientras avanzábamos.

Bien pronto comenzamos a ver sombras de iguales dimensiones que mi compañero, yendo y viniendo sin afán, como peripatéticos. Algunas estaban mutiladas de piernas o de brazos, de lo que parecían envanecerse, y demostrando todas particular empeño y preocupación por exhibir como al descuido sus cicatrices. Hasta se recogían las túnicas, o entreabrían sus velos, para que se advirtiesen mejor.

Quiero hacer aquí corto paréntesis o digresión para rectificar ciertas teorías y algunas leyendas infundadas que circulan en la Tierra como moneda buena, por culpa de astrónomos superficiales, de poetas irresponsables y de escritores de imaginación fértil pero poco disciplinada. La fantasía es bella, sin duda, pero ha de tener sus límites y sus visos de realidad: Según venía diciendo, los hombres creen o suponen que el planeta Marte es muy semejante a la esfera que ellos habitan. Nada más falso, sin embargo. La existencia de los marcianos no es más que fábula, como la de los selenitas. En parte alguna del universo puede concebirse la vida sin el calor, y estas esferas, monstruosas como Marte, o diminutas como la

Luna, son pura y simplemente naturalezas muertas, regiones congeladas, aunque de paisajes fantásticos. No existe tampoco allí esa claridad alegre y vital tan propicia para los vivientes, sino una especie de penumbra o de resplandor difuso y sin calor, semejante a la emanación o flúido de los espectros, lo que, naturalmente, hace tedioso y un tanto lúgubre el ambiente.

En cambio, el paisaje, o lo que se pudiera llamar así, es sorprendente y raro; un paisaje que atrae y que impresiona a la vez por su estructura y su disposición. Oscuras y gigantescas moles parecidas a montañas se levantan aquí y allá, como arrugas de la superficie, formando extensos valles donde la penumbra es más densa. y en los que medra copiosamente una vegetación de formas caprichosas. Viendo esta naturaleza absurda se tiene la impresión de ser víctima de atroces pesadillas, o de estar en pleno delirio, por la tergiversación de las líneas, lo disparatado de los aspectos y el anárquico desbarajuste de las posiciones. Sin duda, aquí debió ocurrir algún cataclismo. Todo es monstruoso, bárbaro y primitivo. Lo que he llamado vegetación presenta las apariencias más estrambóticas: hierbas desmesuradas y gelatinosas, arbus-tos con formas de animales petrificados, flores de apocalíptico dibujo, y unas especies de palmeras prehistóricas que sobrepasan la elevación de algunas montañas. La mencionada selva recuerda el espectáculo de las cristalerías, por su color blanco traslúcido, a trechos ligeramente escarchado, pero suele irisarse vagamente a determinadas horas, con pálidos tonos violetas, amarillo

marfil y gris perla. Entonces es cuando ofrece mayor atractivo visual por la fisonomía de misterio y embrujamiento que adquiere.

Con la venia de mi acompañante, me dirigí a una de las sombras transeúntes, ganoso de dialogar con ella, formándose a poco en torno mío apretado corrillo de almas de guerreros, todos los cuales querían contar sus hazañas. Los había de los más variados y llamativos tipos: desde el antiguo caudillo de fiera estampa, hasta el elegante capitán versallesco, espadachín y aventurero. Algunas figuras suscitaban discreta risa, debido a su porte engolado, solemne y fanfarrón, y a los pintorescos atavíos que llevaban.

No sin seria dificultad, pues todos querían hablar a la vez, se pudo por fin organizarlas, acordándose que lo hicieran por turno y en los términos más breves posibles. La que primero tomó la palabra, se expresó de esta guisa:

—Sepan ustedes que fuí el guerrero más valeroso y temido de mi tiempo. La fama de mi heroísmo y destreza en el manejo de las armas se extendía por dondequiera, provocando la admiración y el respeto de mis enemigos. Valor, astucia, agilidad, fuerza, resistencia, fueron virtudes que me adornaron desde joven, acompañándome siempre durante mi vida de luchador. Les podría contar infinidad de hechos de guerra en que se pusieron de manifiesto mi ánimo esforzado, mi temple varonil y mis brillantes dotes militares; así como también muchas empresas en que me distinguí en duelo personal y en aventuras de gran riesgo. Pero me limitaré a

relatarles la hazaña que llevé a cabo en una de las frecuentes contiendas sostenidas por mi país, y que figura entre sus hechos legendarios y romancescos.

La belicosa sombra pausó brevemente, prosiguiendo después:

—Durante lo más enconado de la lucha, cierto día que avanzaba yo, pensando en la mujer amada, por angosto camino, solitario y aparentemente sin peligros, me atacó de improviso un destacamento enemigo. Calculo que podían ser cincuenta. No bien los ví, y sin perder la serenidad, detuve mi caballo, dispuesto a responder a sus acometidas. Empeñado el combate, la suerte me favoreció, pues el punto era estrecho, lo que impedía que entraran todos al tiempo en pelea, permitiéndome a la vez situarme desde el principio contra un alto barranco, al que daba la espalda, para librarme así de que me cercaran. Más de una hora duró aquella lid terrible, en la que hube de luchar con rabia y desesperación puesto que en ella me iban vida y honor. Cada golpe que daba era un adversario que caía. Doce de ellos yacían por el suelo ya, heridos de muerte, cuando me derribaron el caballo. Confieso que tuve momentos de flaqueza; mas, reponiéndome pronto, reanudaba la batalla con tales bríos y con esfuerzo tan pujante, que a poco caían otros doce, lamentándose y maldiciendo. Yo me sentía desfallecer; la sangre fluía por varias heridas, y principios de entumecimiento me atacaban los brazos. Comprendiendo el peligro hice un supremo empeño, y como mis armas se hallasen casi inutilizadas, desenvainé la daga, decidido a pasar

por entre un ejército. El que parecía jefe del grupo se mantenía algo apartado, dirigiendo la refriega, pero sin entrar en lucha directa. Cabalgaba magnífica yegua negra, y gritaba como pregonero. De atrevido y violento salto, que desconcertó a la patrulla, caí sobre él, lanzándome desde la prominencia que hacía el cuerpo muerto de mi montura, y antes de que se recobrara de la sorpresa le hundí la daga varias veces, hasta que se derrumbó con estrépito. Apoderándome entonces de sus armas, y, jinete otra vez, ahora sobre la yegua, embestí furioso contra el despavorido destacamento que, en su pasmo, no atinaba ya a hacerme frente. Diez enemigos más puse fuera de combate, siendo esto la señal de desbandada, pues, desmoralizados y aterrados, emprendieron vergonzosa fuga. Así terminó aquel suceso memorable que cubrió mi frente de laureles, y que celebran aún los poetas y los historiadores de mi país.

La sombra que habló a continuación tenía la estampa altiva y agreste, y el color extrañamente bronceado, como el de las estatuas. En su frente se adivinaba la huella de polícromo penacho. Se expresó con gran mímica y fiera mirada, alzando la voz con manifiesta intención de impresionar al auditorio.

—Mi nombre de guerra, cuando vivía, era el de un pájaro carnicero. Fui el espanto y la admiración de las extensas praderas, y de mi cabaña pendían los cueros cabelludos de numerosos enemigos muertos por mis manos. De noche, junto al fuego, las gentes hablaban de mis proezas, alabando mi valor que comparaban con el

del jaguar, mi astucia que competía la de la serpiente, y mis fuerzas tan grandes como las del búfalo salvaje. Era el centauro de las interminables llanuras. Cuando las recorría, jinete sobre raudo corcel de guerra, parecía ser la muerte misma que se paseaba por los campos, sembrando la desolación y el horror. Recuerdo que una tarde, en inolvidable contienda, mi lanza se rompió y mi maza se hizo pedazos de tanto abrir pechos y machacar cabezas enemigas. Fue en esa ocasión precisamente cuando me batí cuerpo a cuerpo y en duelo mortal con un guerrero de gran fama, émulo de mi prestigio y mi gloria. Por cierto que era contendor digno de mí: fuerte, valiente, astuto, hábil y diestro como el más consumado capitán. El encuentro fue largo y sangriento. Ambos estábamos heridos; y como de pronto viera yo que las armas no nos servían, siendo preciso terminar aquella pelea con la muerte de alguno de los campeones, me abalancé hacia mi enemigo, y estrechándolo entre mis brazos con las fuerzas que me restaban, dí con él en tierra violentamente. Apreté con ira, con desesperación, llamando todas mis energías, hasta sentir que su cuerpo no era más que blanda masa inerte y sin vida. Entonces me incorporé trabajosamente, para cortar su cabellera, mientras lanzaba roncós gritos de triunfo. He terminado.

Otros relatos de hazafías fueron hechos por sus respectivos autores, entre los que recuerdo cierto guerrero chino que hablaba con suma cortesía y grandes reverencias, un general romano de musculado cuerpo, y un ne-

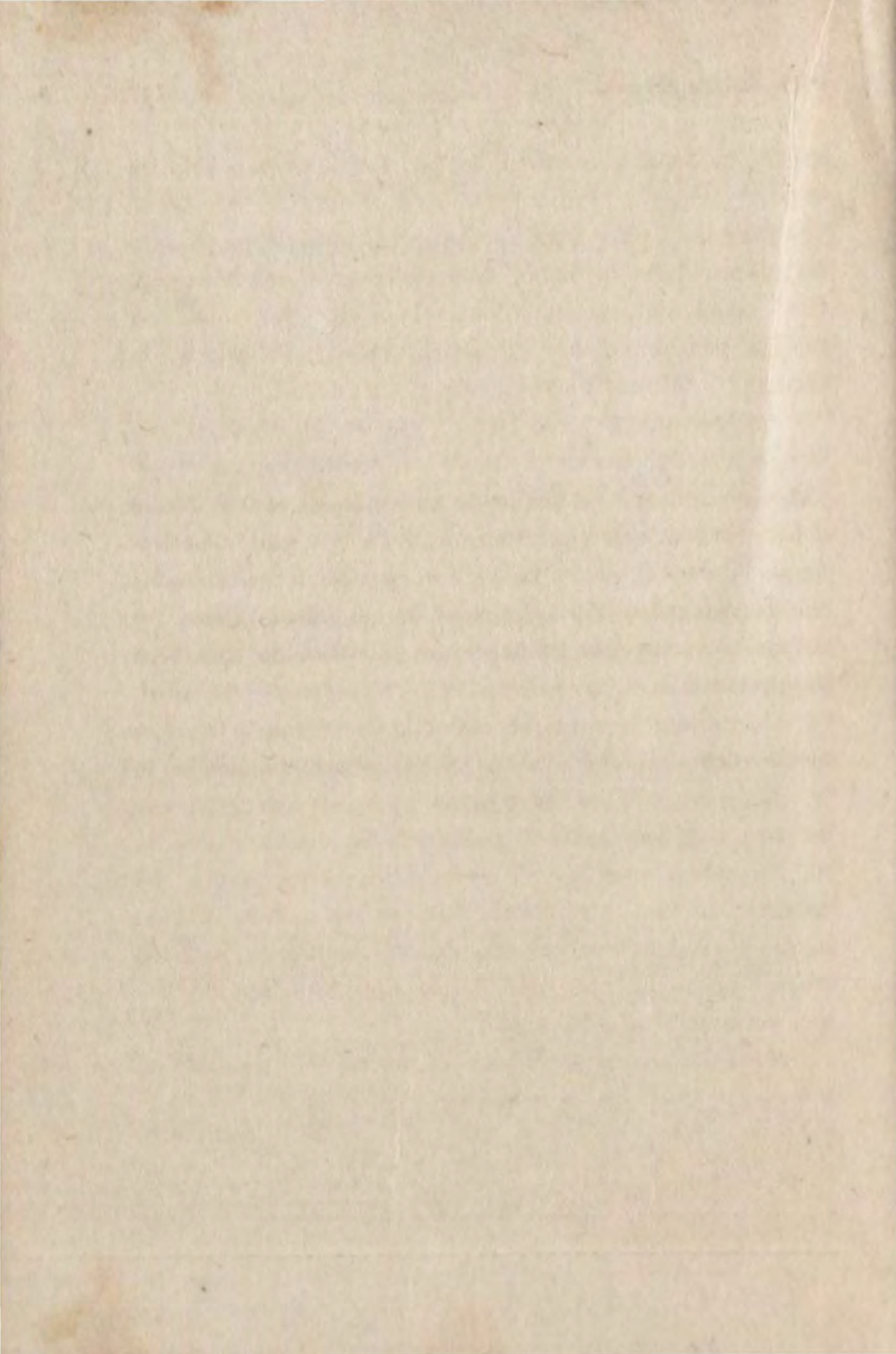
gro descomunal que debió de ser por lo menos jefe de tribu.

Después, todas aquellas sombras se alejaron, satisfechas sin duda de haber sido escuchadas con tanto interés como admiración, mientras que yo me sumía en hondos pensamientos y filosóficas reflexiones sobre la suprema inutilidad de las armas y las guerras.

Así permanecí largo tiempo, absorto y caviloso, hasta que me sacó bruscamente de mi meditación un espectáculo grandioso. A distancia astronómica, en el fondo abismal del espacio inconmensurable, como inmóvil estrella, la Tierra ofrecía una belleza sorprendente. Brillaba con blanco fulgor, semejante al de las gemas claras y rútilas, y su luz tenía vibraciones intensas, de cosa viva y palpitante.

Comprendí que era la radiación de dicha esfera, o mejor dicho la reflexión de los rayos solares, gracias a la cual, y a pesar de ser cuerpo opaco, podía resplandecer así, con tan maravillosos destellos de diamante de mil facetas. Y evoqué con cierta emoción las tardes terrestres, doradas y límpidas, durante las cuales, siendo morador del inolvidable planeta, veía brillar la estrella vespertina, pendiente como lámpara de inextinguible llama, de la alta bóveda celeste.

Poco después navegaba de nuevo, en otro esquife de nubes, rumbo hacia la nebulosa.



— XI —

Ahora va a saber el lector de qué manera en todo, hasta en la misma muerte, influye la dosis, y cómo para cualquier persona puede tener consecuencias irremediabiles el insignificante detalle de que sus emociones sean más o menos vivas. Una vitrina, o mejor dicho un acuario de pequeñas almas de hombres que fallecieron de miedo, de exaltación, de rabia, de envidia, de tristeza y de otros arrechuchos por el estilo. El espíritu del mancebo del mal de amor.

Fue muy interesante para mí averiguar que, así como en la farmacopea es cuestión de suma importancia, cuestión vital, la cantidad que se usa de cada droga para la composición de fórmulas, también para la existencia del hombre es punto de incalculable trascendencia la mayor o menor intensidad que alcanzan sus reacciones orgánicas, o dicho en forma más concreta, el mayor o menor vigor con que se manifiestan sus sentimientos y pasiones.

Pues ocurre, y tal fue la comprobación que hice con motivo de mi conocimiento con estas almas de los limbos, tan numerosas y variadas, que la cólera, por ejemplo, o el temor, o la melancolía, o cualquiera otra emoción análoga, pueden ser inofensivas o mortales según el grado que alcancen y la brusquedad y violencia con que se presentan.

Naturalmente, en las consecuencias de dichas emociones tienen también no poca parte la constitución del sujeto y sus condiciones fisiológicas, o sea su estructura y su modo de funcionar.

Vagando al azar por aquellas estancias llenas de sorpresas, y donde a cada paso hacía nuevos descubrimientos, dí de improviso con típico rincón de aspecto de enorme vitrina o desmesurado acuario. Uno de los espíritus conocidos de tiempo atrás me acompañaba. Desde donde nos situamos a contemplar el extraño sitio, observé con admiración que en la monumental vitrina, cuyos ocupantes iban y venían con movilidad de inquietos y raros peces, agitándose por encima del fondo, cual si navegasen entre dos aguas, la existencia parecía seguir otras normas. Tuve la impresión de que allí había distinta atmósfera. Las almas que la poblaban eran mucho más pequeñas que las comunes y corrientes; eran casi diminutas y dotadas de suma inestabilidad, aunque cada cual tenía sus características y peculiaridades inconfundibles.

Me volví hacia mi acompañante, diciéndole.

—Estas almas parecen enanas. ¿Son acaso los pigmeos de los limbos, o se trata de fenómenos de óptica?

—Enanos son efectivamente —me respondió—, y forman categoría de pueblo aparte. En cuanto al tamaño de que se les ve, puedo asegurarle que no es ilusorio: tal como las contempla en este momento, han sido y son en realidad. Si se sacara la estadística, o se levantara el censo demográfico, se averiguaría, por otra parte, que son los espíritus que más abundan por estas regiones. Frecuentemente llegan de la Tierra, solos, o en parejas, y a veces hasta en parvadas como si se tratara de grupos de turistas. Lo que le explicará el hecho de que haya tantos viveros como el que tenemos delante, colmados por completo.

—¿Y a qué clase de hombres pertenecieron tales almas en vida?

—Son espíritus que encarnaron en variados tipos humanos. Le voy a señalar en seguida algunos, para contarle brevemente a qué se debió su muerte anormal.

Mi interlocutor calló, pareciendo buscar entre la vitrina o acuario con cuál espíritu comenzar su revista. Me indicó por fin una pequeña sombra pálida, que se movía como azogada, dando la impresión de querer esconderse o empequeñecerse más aún.

—¿Nota bien su movilidad y su aparente empeño de ocultarse a las ajenas miradas? En el mundo de los vivos encarnó en el cuerpo reseco de un usurero, individuo que, como todos los de su oficio y condición, reunía armoniosamente el más acendrado egoísmo y la más re-

finada sordidez. Lo curioso y paradójal es que a este personaje lo bendecían pobres y pródigos, es decir los que necesitaban de él, pues creían de veras y con robusta buena fe, que era beneficio lo que les hacía al facilitarles en préstamo a plazo precario y con escandaloso interés cualquier puñado de monedas. En el fondo, acaso tenían razón tales gentes, si se piensa en lo que significa para el pobre mortal en apuros andar de parte a parte en solicitud de dinero, sin encontrar quién le abra la bolsa. Bueno; pues volviendo al sujeto en cuestión, le diré lo que le aconteció cierta noche que dormía muy tranquilo luego de guardar la conciencia en una gaveta, junto con otros documentos y alhajas. Serían más de las doce cuando despertó de improviso, oyendo o creyendo oír extraños ruidos procedentes de la oficina donde mantenía sus valores. Al usurero, que en materia de coraje no poseía más que el indispensable para atormentar a su paupérrima o dilapidadora clientela, pensando que alguien había entrado a robarle, lo sobrecogió un miedo mortal. Horrible angustia lo torturó con sus tenazas ardientes al rojo vivo. Hubiera querido saltar del lecho, y acudir en defensa de su tesoro, pero como hombre de ánimo pusilánime permanecía inmóvil, sintiendo que su propio espanto lo paralizaba.

—Mucho debió ser su terror anoté— cuando pudo sobreponerse al amor del dinero.

—Fue algo bien particular, por cierto. El infeliz, tan pobre y rico a la vez, vivía completamente solo, no teniendo mujer, ni querida, ni siquiera servidumbre, por-

que todo eso le costaba. El agio lo llevaba en la sangre. La noche a que me refiero, mientras temblaba y sudaba arrebujado en los cobertores de la cama, el desgraciado hacía mentalmente cuentas vertiginosas, inventarios locos y desesperados, a tiempo que pensaba en lo deficiente que era aún la organización social, no dando garantías efectivas a la propiedad y al trabajo del individuo. ¿Valía la pena fatigarse y sacrificarse para ganar dinero que cualquiera podía llevarse a media noche? ¿Era lógico y justificable laborar para que otros se robaran alegremente el fruto de la honrada faena? Por supuesto que el usurero razonaba así porque, como le dije ya, dejó guardada la conciencia en una gaveta, junto con otros valores y alhajas, antes de meterse en el lecho. Medida preventiva, sin duda, para tener sueño tranquilo y reparador. Pero me dejo de digresiones, y volviendo al relato le diré que el desventurado entró a poco en cruel agnía, dándose cuenta, por la forma y variedad de los ruidos, de que el robo se consumaba felizmente y con seguridad por sumas cuantiosas. No sabría yo decirle con precisión si el agudo y pánico miedo que acometió al miserable fue exclusivamente fisiológico y motivado por el instinto que empuja a toda criatura a defender su vida. o tuvo por causa nada más el temor patético de ser desposeído de lo suyo en forma tan arbitraria como ilegal: lo que sí parece hecho cierto y demostrado es que ese miedo fue tan auténtico, horrible y constrictor, que lo mató allí mismo, en su propio lecho, o mejor dicho lo asesinó como cualquier estrangulador nocturno.

Al final de largo mutismo, mi acompañante continuó:

—Fíjese usted ahora en esa otra almilla que se agita con sacudidas de pez eléctrico, manifestando mal humor y mucha vesanía. Note también su color cárdeno, de violetas maceradas en vino tinto. Pues tal alma perteneció a un individuo que tuvo muerte violenta y desagradable, como que falleció congestionado por consecuencia de tremendo arrechucho de ira. La cólera, señor mío, es reacción peligrosa cuando se pasa de la medida; y si llega a su colmo se vuelve nudo corredizo sobre el cuello de la víctima. A veces es también tósigo de fulminantes efectos, o gas asfixiante. El sujeto en cuestión era propenso en demasía a impacientarse por bagatelas; cualquier futilidad lo hacía salirse de sí mismo con el hervor de las bebidas fermentadas o de las aguas gaseosas que se desbordan del envase. Agregue a esto que era casado y con mujer de genio vivo, dotada además de vigoroso espíritu polemista. Jamás estaban de acuerdo estos cónyuges, ni sobre las cosas más triviales, por lo que eran suceso diario el disgusto, la discusión agria, y en ocasiones hasta los recíprocos denuestos. Un día cualquiera fue tan violenta la disputa, que hubo de tener necesariamente inesperado desenlace, algo así como final de tragedia. El pirotécnico marido se inflamó de tal modo, alcanzando tan elevada temperatura su rabia en ebullición, que la máquina se le descompuso por completo. Literalmente carbonizado falleció el infeliz, cuyo cadáver daba la penosa impresión del leño quemado o del material de deshecho. Ya ve usted hasta dónde puede condu-

cir la falta de dominio de los impulsos y reacciones y el desconocimiento total de las leyes de la farmacopea.

No reparé gran cosa en la filosófica conclusión de mi interlocutor, ocupado como estaba en aquel preciso instante observando las maniobras de un grupo de almas que recorría la inmensa vitrina, en tropel de rebaño. También en los planos astrales, o en los limbos diré mejor, pude anotar la tendencia instintiva de los seres inferiores a movilizarse en manada, y a congregarse en asambleas.

Lo que más me interesaba del grupo eran tres o cuatro sombras de aspecto tan diferenciado que me sorprendió que pudiesen ir juntas. No puedo resistir al deseo de describir aquí sus estampas pintorescas y raras. La que parecía dirigir el grupo, llevando el compás mayor, tenía la figura estilizada, de antiguo dómine, con largos brazos que movía en amplios y lentos ademanes, a manera de aspas. A su derecha una silueta escuálida, cuya flacura inverosímil y macilenta faz obligaba a pensar en cilicios y penitencias, clavaba en sus acompañantes los dardos de sus miradas torvas, mientras pálida sonrisa le separaba los labios semejando fea mueca. Yo no podía ver su extraño semblante sin sentir repulsión y angustia, pues parecía sufrir atroces dolores regocijándose a la vez con satánico y escondido gozo. La tercera sombra estaba a la izquierda; sutiles y oscuros velos la envolvían, sin lograr ensombreceer la blancura lívida de su rostro; tenía la testa levemente inclinada como vencida de pesadumbre.

Formaban impresionante contraste los tres espíritus o pequeñas almas que quedan descritas, el uno con sus velos nocturnos y su fúnebre palidez, el otro con su amarilla túnica y su estampa de catedrático severo, junto al tercero que llevaba con displicencia largo peplo verde lechuga.

—¿Qué sombra es esa que parece predicador y que tanto y con tal prosopopeya mueve los brazos o las alas? —pregunté a mi acompañante.

—Ah, es el alma de un personaje que en vida mortal perteneció a la casta de los retóricos o gramáticos —respondió.— No sé si usted tuvo conocimiento de que esta categoría de hombres se distingue por su meticulosidad y su afición a los espulgamientos del lenguaje. En el fondo son algo sádicos, pues les gusta torturar las palabras, hallando satisfacción cruel en retorcerlas y exprimir las como la caña en el trapiche. Sutilizan y distinguen y arguyen con la minuciosidad y conciencia del boticario que se estima, y vienen a ser como hijos bastardos de los filólogos. ¿No le parece muy interesante y curioso el oficio o diversión de quienes se dedican, por ejemplo, a establecer la diferencia de matices entre el sufrimiento, el dolor, la pena y el padecimiento? Porque ha de saber usted, señor mío, que para tales individuos no es la misma cosa sufrir que padecer, o llevar penas en el corazón, o heridas en la carne o el espíritu. Para ellos hay discrepancias sustanciales y sentidos hondos y cabalísticos entre todos esos vocablos. Y ellos únicamente conocen y guardan la clave de tamaño misterio.

—Comprendo, comprendo —exclamé; y dígame ahora, si no es mucha exigencia: la sombra de los oscuros velos y de la fisonomía desolada, tan descolorida, ¿a quién corresponde?

—A un hombre que padeció de melancolía concentrada y que hizo de su vida una epopeya fúnebre. Su cara elegíaca denuncia lo que fue, en su peregrinación por el mundo, tan lacrimoso espíritu. Parece que una tristeza fermentada lo corroía desde tiempo atrás, y que él, por su parte, la cultivaba con delectación morbosa, como cualquiera de esas enfermedades elegantes que se aposentan en el ánimo, o en la imaginación, o en el cerebro, más que en los órganos comunes. Si era postura rebuscada, o efectiva anormalidad, porque la tristeza es estado anormal en el hombre, no puedo decírselo con seguridad. Actitudes románticas y desoladas, como para la cámara fotográfica, se asumen o toman muy fácilmente, sin que sea preciso tener diploma de histrión. Pero el alma a que me refiero hubo de ser destinada al limbo en que está, debido cabalmente a que provocó ella misma su fallecimiento, envenenándose con la ponzoñosa cicuta de su propia melancolía, y violando así las leyes de la muerte natural.

—Yo estaba en la creencia de que la defunción por causa de tristeza no pasaba de ser simple fábula; y suponía también que era exclusivamente dón de los perros y de los animales nostálgicos fallecer de tal sentimiento. ¿De suerte que es hecho auténtico?

—Si lo dudaba, aquí tiene el caso a la vista. Tan elocuente como insignificante. Porque, en realidad la almilla de que venimos tratando ni siquiera tuvo historia. El infeliz hipocondríaco hizo un mundo de un átomo, embriagándose de su mismo vino amargo y ordinario, con la candidez trascendental del muchacho que cuando le sacan una muela se pasea por entre la gente con la mandíbula vendada y escupiendo sangre, sintiéndose un héroe y creyendo que todo el mundo está enterado y asombrado de su proeza.

Ahora —continuó mi interlocutor su discurso, tras de corto descanso— voy a decirle en qué clase de hombre encarnó ese espíritu más pequeño que los demás y que da la sensación del fanal marino parpadeando en obscura noche con su luz verde y vacilante. ¿No le parece en verdad la llama agónica e ictérica de mendicante linterna, o candelilla fatua de los pantanos, esa sombra lívida, solapada y cárdena, envuelta en su peplo de color lechuga? En la región de los seres vivientes el alma a que aludo se aposentó en el cuerpo de un envidioso. Las reducidas dimensiones que usted le ve, su tamaño precario, le darán idea neta de su categoría y de la importancia que aquí tiene. Observe qué aspecto tan menguado y qué personalidad tan repulsiva y vulgar. Pero adivino y comprendo su impaciencia por saber cómo ocurrió el fallecimiento del individuo y en qué consistió lo anómalo del suceso. En la Tierra, en la ciudad donde vivía, era literato, no recuerdo bien si poeta, novelista, dramaturgo o cosa parecida. Pertenecía en todo caso al gremio de

los que llaman letrados o intelectuales. Usted sabrá sin duda, porque tal gente mete mucho ruido dondequiera que está, y todo el mundo los conoce, cuando no de oídas de leídas, que entre los literatos suelen florecer las pasiones con particular esplendor, razón por la cual los celos entre ellos son peores que entre mujeres y sus envidias las más concentradas y rabiosas de todas las envidias.

Oyendo esta digresión de mi acompañante sentí fuertes deseos de reír, porque recordaba, en efecto, que entre mis amigos e invitados, siendo yo criatura humana, había gentes de letras y profesionales de las artes, y que entre unos y otros circulaban profusamente, como monedas de gran precio, toda suerte de chismes, enredos, malediscencias y comentarios perversos.

—El sujeto —continuó luego mi feroz informante— o mejor dicho, el inconforme literato, no había logrado ir más allá de ser caso patético de afición por el arte escrito, y ahora recuerdo cabalmente que lo que le gustaba era la poesía, o la versificación. Importa aclarar de paso ese falso concepto de los que creen que la poesía es el verso, siendo así que ella puede hallarse también en la más pura prosa, y acaso en mayor medida que en aquél. Por desgracia, y no obstante que la profesión del poeta es la más sencilla y primaria, así me parece a mí, ni el ingenio ni el genio le ayudaban al desgraciado en la realización de sus sueños de gloria. Nunca logró pasar las fronteras de la mediocridad. Cierta día, para su desventura y pérdida, apareció de improviso en el mundillo li-

terario una interesante figura: cualquier escritor de esos que se presentan sin anuncio, ensayos ni tanteos, y entran como en su casa imponiéndose desde el primer momento. Fue algo así como el bolido, o como las aguas crecidas. ¡Ya puede usted imaginarse qué triunfo completo y fulgurante! Pues bien: el poeta cuya sombra tiene usted al frente se sintió tan menoscabado por aquella luz nueva, y tan perjudicado en sus sueños, que no pudiendo soportarla quiso empañarla u oscurecerla proyectando sobre ella su propia tiniebla. Pero todo fue en vano. La llama no se extinguió, sino que creciendo, creciendo, alzó sus lenguas a la altura, hasta convertirse en estrella fija y permanente.

—Historia triste y penosa, pero humana —apunté.

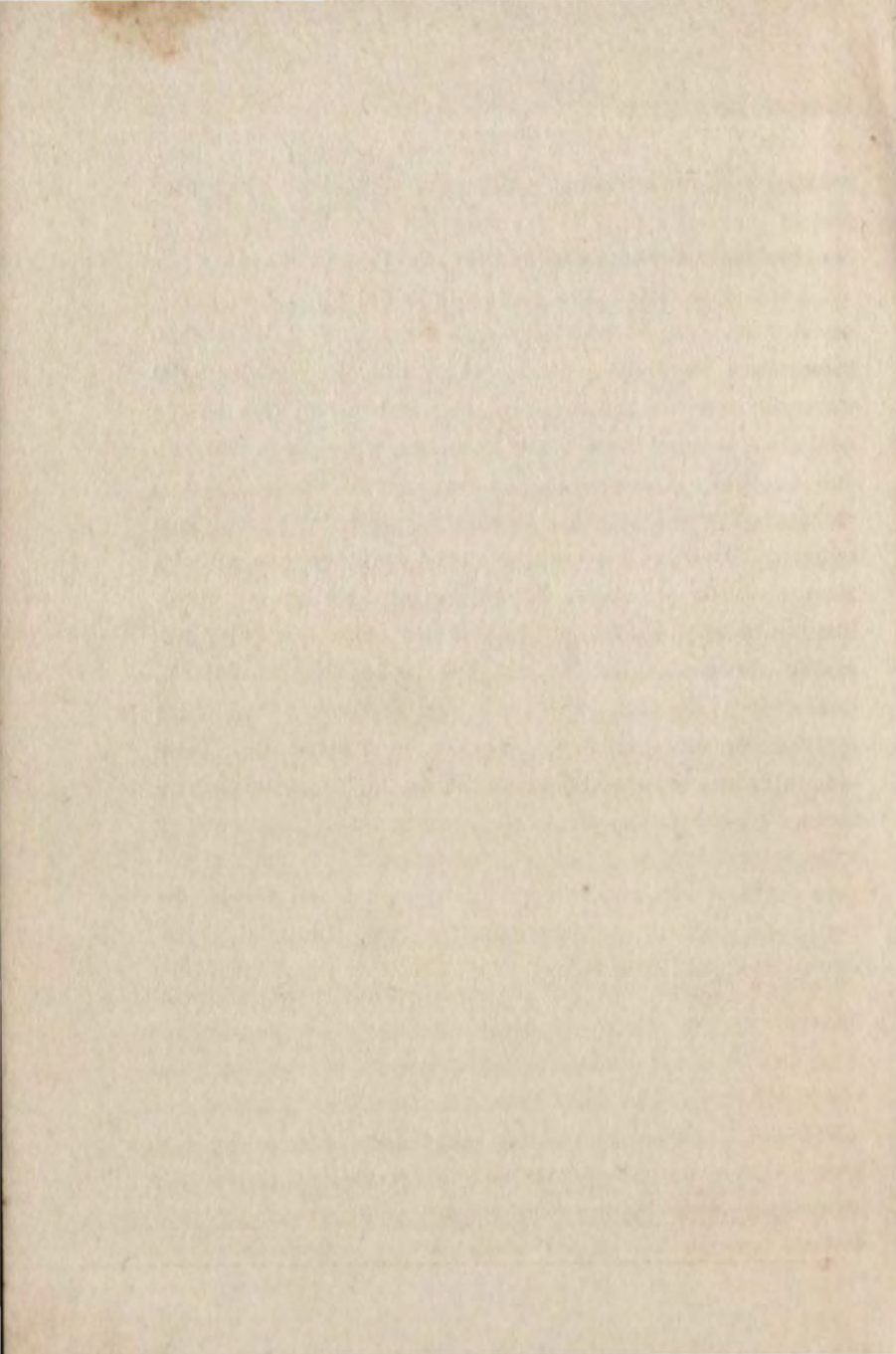
Mi interlocutor agregó con vivacidad:

—Pequeña y melancólica tragedia, diga mejor. Pobre y minúsculo drama cuyo desenlace fue la muerte de aquel payaso de las musas, intoxicado por su misma hiel acerba y desbordada. La envidia lo mató, y como la defunción de tal suerte es hecho anormal, que desconoce y viola las leyes ordinarias de la terminación de la vida, allí lo tiene usted consumiéndose aún en su lento fuego, lámpara inextinguible que alumbraba su interna y mísera lobreguez.

Nuestro diálogo fue interrumpido por prolongado lamento que parecía más bien llanto triste e inconsolable. La quejumbrosa voz tenía tan flébiles notas, que sobrecogía el ánimo conturbándolo hondamente. Recordé a la virgen inútil, la que purgaba su egoísmo en la

soledad y el remordimiento, y ya me disponía a preguntar por la causa de aquella lamentación patética, cuando mi acompañante habló de nuevo.

—Lo que usted oye es la queja del alma que perteneció a un curioso sujeto, y digo así porque tales especímenes son ya muy raros en el mundo. El espíritu del mancebo del mal de amor es el nombre con que se le designa. No hace sino gemir el pobre, y suspirar con ruidos de fuelle y acordeón. En su existencia material fue romántico, con bastantes manías sentimentales, muchos agüeros líricos, y cierto platonismo exaltado que andaba muy cerca de los lindes del misticismo. Un amor imposible, violento y ulcerado, lo acometió como cualquier microbio patógeno, idiotizándolo. Pasaba los días en éxtasis, delirando y soñando, entregado con furia a formidables actividades imaginativas, dilapidando tesoros de fantasía, mientras su cuerpo reposaba en la inmovilidad perfecta. Se alimentaba, como de toxinas, de su propio amor insensato, bárbaro y sin correspondencia. Y así falleció este extraño sér, con el corazón convertido en acerico de penas, en cofre de anhelos insatisfechos. ¡Cuitado!, como decían las gentes antiguas.



— XII —

Donde se habla, con abundantes acotaciones, de un singular espíritu que conoció en los limbos el protagonista, y cuya doliente historia lo consoló no poco de haber dejado el mundo antes de tiempo. La sombra del hombre desventurado a quien le hicieron justicia después de muerto. Agridulzuras y amarguras de la gloria póstuma, tan sarcástica como inútil. Ronda de sabios y de genios que tuvieron triste destino e inmerecida vida, y divagaciones humorísticas sobre la fama, el sistema de los bustos y las estatuas y otras honoríficas menudencias.

Sin duda al lector le parecerá extraño, y hasta inverosímil, que el autor de estas memorias pudiese encontrar confinadas en los diversos limbos las almas de ciertos personajes que, en estricta clasificación, no debieran estar allí. Porque, en verdad, resulta absurdo e irritante que a hombres que en vida fueron víctimas de todas las injusticias y de las mayores incomprensiones, se les condene además, después de muertos, a permanecer en lu-

gares de interinidad, cuarentena o estancia provisional, en lugar de acomodarlos desde el principio en el sitio de descanso y ventura que les corresponde. ¿No es esto lo más equitativo?

Pero las cosas no están siempre tan bien organizadas como debiera ser, ni aún en las mismas regiones ultraterrenas, donde se dice que la justicia es infalible. Por otra parte, y a mi modo de ver, la explicación de hechos como el de que se trata entiendo que se funda en el criterio astral opuesto, o por lo menos diferente, al que usan los hombres para sus juicios.

Lo que queda anotado es algo así como el prólogo o la introducción de lo que voy a relatar en seguida, y que no dudo será de gran interés y causa de graves reflexiones para el lector que seguramente habrá presenciado o tenido noticia de casos parecidos. Vagaba yo, con la inquietud y el capricho de la libélula o de la mariposa, curioseando por distintos y nuevos parajes, cuando topé de improviso con una sombra que me impresionó en grado sumo, según era de lastimoso y maltratado su aspecto. Acaso no era propiamente sombra, sino proyecto de tal, o caricatura de tal. Su aire triste, su mirar amargo y humilde de hombre que fracasó no por falta de méritos sino por ley de la adversidad, le ganaron mi simpatía y atención. Y dialogamos cordialmente.

—¿Qué hizo usted en el mundo material —inquirí—, si no es indiscreción preguntarlo?

—De ninguna manera —me respondió—; y recuerde que entre los humanos, tan aficionados a hacer frases

bonitas o ingeniosas, es casi axiomático aquello de que no hay preguntas indiscretas sino respuestas indiscretas. A interrogaciones necias o impertinentes el hombre de seso jamás contesta, o lo hace con evasivas o ironías. Pero quería usted saber mi obra o mi papel en la Tierra, por lo que le diré que fui un acumulador de sabiduría. Lo que llaman allá pozos de ciencia. Pasé la vida entera atesorando como avaro toda suerte de conocimientos y estudiando pacientemente los enigmas de la existencia y la muerte. Encarné, en una palabra, el tipo perfecto del hombre-archivo. Políglota para quien el lenguaje no tiene secretos, técnico en todas las materias, mi cabeza abarcaba el universo por lo grande y por lo pequeño, sin ignorar cosa alguna, y hasta me parece que llegué a ser lector del obscuro libro del porvenir. ¿No es cosa averiguada que los sabios son muy propensos a la adivinación y a la profesía?

—De seguro fue usted hombre de gran fama —interrumpí.

—Creo que llegué a ganar cierta popularidad —convino él modestamente.

—Y un personaje ilustre y colmado de honores.

—Oh —exclamó con visible amargura—: se equivoca usted por completo. Fui sujeto humilde y sin ambiciones, y esto talvez me perjudicó. La gente hablaba mucho de mí, es verdad; se me trataba con gran respeto, y hasta se me tenía cierto supersticioso temor. Llegué a barruntar incluso que entre el vulgo se me atribuían poderes de mago, brujo o cosa por el estilo. Pero no piense que tal

fama y renombre se tradujera jamás en bienes positivos y reconocimientos expresos y honoríficos. Nada de eso, mi buen amigo. La mía era reputación absolutamente gratuita y sin consecuencias; gloriola que se disolvía en el ambiente y el misterio. Muchas veces quise explicarme las causas y razones de tan extraño destino que me tocara en suerte, y de tan impropicia fortuna, fiel y tenaz como la mujer fea y que no amamos; mas no pude lograrlo. Sería, sin duda, aberración del azar, los hados o el síno, pues no de otra suerte puede comprenderse el dichoso y brillante éxito de otros, poseyendo talvez inferiores merecimientos y una ciencia mucho menor.

—Semejantes paradojas no son escasas en la Tierra —dije por consolarlo, pero convencido de ello.

—Uno mismo, en tales casos, es una paradoja —afirmó—. Pero continuó mi relato. Se trató, alguna vez, de hacerme justicia concediéndome no recuerdo bien qué título o condecoración, que es lo más barato que hay en materia de honores. A los sabios, como no sabemos o nos repugna cotizarnos, se nos contenta con poco y se nos avalúa mal en dinero. Pues asómbrese usted, señor mío, o no se asombre si lo prefiere: hubo quiénes se opusieran a ello, alegando especiosas razones. El homenaje fracasó, y yo seguí siendo el sabio humilde, olvidado y menospreciado. Naturalmente, me volví un sabio escéptico, y por añadidura misántropo.

—No era para menos, ante tamaña incompreensión.

—Y ante tan odiosa injusticia. El resto de mi vida transcurrió en negra y nefanda medianía. Ya no fui el

hombre superior, sino el individuo común, el hombre molde. Algo así como lo que llaman ciudadano *standard*, término inglés muy expresivo al que no han podido hallarle equivalente hasta ahora los académicos españoles e indolatinos. Resulta tan fácil y cómodo adoptar vocablos, en vez de buscarles el equivalente, como resulta cómodo y fácil adoptar hijos, en vez de engendrarlos, para las gentes gastadas y sin capacidad creadora. Bueno: le iba refiriendo mi historia, y sólo me falta añadir que concluí mi pobre vivir en la más obscura miseria, rodeado de mis leales amigos la soledad, el abandono y la tristeza.

Tras de dramático gesto, acabó diciendo con cierto fúnebre buen humor:

—Y ahora ría usted y suelte las velas de su regocijo. porque va a soplar viento retozón, y es lo que voy a contarle en seguida para su solaz y contento, y también para su justo pasmo. No bien fallecí, y como si mi defunción fuera el remedio contra la ceguera colectiva, se apresuraron a reconocer mis merecimientos. Aquello fue como súbito resplandor irrumpiendo en la sombra densa de la injusticia. Es curiosa esta forma de reparación que le hacen las gentes a los hombres ilustres que no supieron comprender ni apreciar durante su vida, y que en el fondo viene a ser como exteriorización de remordimiento. O como el acto infantil de descubrirse los ojos voluntariamente vendados. El hecho fue, y disculpe tanta digresión, que cuando me vieron bien muerto, e incapacitado por tanto para gustar y paladear honores y gloria,

y acaso también más sensibles halagos materiales, me exaltaron de repente, y con cierta sevicia, hasta el pináculo de la fama. ¡Qué excelso varón y qué aquilatado sabio habían perdido ahora la patria y la humanidad! Aparecieron entonces, como por arte de brujería o conjuro de magia, mis pobres méritos extraviados, a la vez que se hacían balances de virtudse con apreciables saldos a mi favor. ¿No le parece muy gracioso y divertido todo esto?

—Ya lo creo que sí —respondí, encantado de la narración.

—Pues bien: voy a confesarle que a mí, en mi condición de difunto, me irritaba sobre manera semejante proceder. Y aunque la muerte me curó de vanidades y deseos, no podía evitar que mi alma se embriagara viciosamente, al recordar la precaria vida que viví, con los licores ásperos del rencor. La injusticia es lo que más nos hiere, y lo que mayormente provoca las reacciones de la protesta. Calcule, por tanto, cuánta sería mi indignación, y a la vez de qué proporciones fue mi risa o la risa de mi alma mejor dicho, frente a esa comedia cruel y odiosa de mi glorificación póstuma.

Mi interlocutor se hundió en largo mutismo, cual si recapitulara mentalmente los diversos aspectos de tan horrenda iniquidad.

—¡La gloria póstuma! —prosiguió luego excitado—; ¡apoteosis tardía de un indefenso cadáver! ¿No cree usted que hay refinada perversidad en esas consagraciones crepusculares que de nada le sirven ya a la víctima y

que ninguna injusticia reparan en realidad puesto que el único que la padeció no puede sentir, muerto como está, la satisfacción del desagravio? En el fondo, tales glorificaciones serotinas de los hombres ilustres que la vida maltrató y que las gentes menospreciaron, son más bien el homenaje que éstas mismas se rinden, o una auto-adoración, bajo apariencias de demostrar espíritu justiciero y reconocimiento humilde de los propios errores. Las gentes se celebran ellas mismas, sí señor, con el pretexto de que glorifican a un hombre, pero lo que hacen en realidad es incautarse y usufructuar el nombre del infeliz. ¿No conoció usted países o ciudades que se disputaban el honor de ser cuna de algún poeta, o de algún inventor? ¡Oh inútil y sarcástica inmortalidad de excelsos varones que en vida fueron oscuros cristos de la incomprensión humana, payasos dolientes del aciago destino, y luégo, hundidos ya en la profunda cisterna de la muerte, se convirtieron en dioses tutelares y en estrellas de luz perpetua!

En estas imprecaciones de su discurso se hallaba la desmedrada y quejumbrosa sombra, cuando vimos llegar de improviso una ronda de espíritus muy semejantes a mi interlocutor por su pobre y lastimosa estampa.

—¿Quiénes son? —pregunté en voz queda.

—¡Ay! —respondió, aunque parezca mentira le diré que son también almas de sabios fracasados y de genios incomprendidos como yo; personajes que tuvieron triste destino y sórdida existencia, yendo de vaivén en vaivén,

en azarosa marcha, como esas luces náufragas que empuja y sacude el temporal.

La ronda de espíritus se detuvo junto a nosotros, un poco en desorden, haciendo ese ruido peculiar de las parvadas de pájaros al posarse de pronto, tras de raudo vuelo, en la verde copa del árbol. Me miraron con curiosidad, sorprendidas acaso de mi facha tan diferente. Resolví interrogarlas, aún a riesgo de parecer impertinente reportero de prensa.

—¿A usted también le dieron lo suyo tarde?

—Ojalá me lo hubiesen dado, porque así, pasado el estrépito de la consagración retrasada, y aliviados los apologistas verbales y gráficos del peso de sus respectivos panegíricos, habría quedado al menos tranquilo. ¡Qué dulce es la paz, aunque sea rumiando malos recuerdos y rencores! Pero era cosa fallada por la suerte que tal sosiego no sería conmigo, pues, ¡asombrése usted, señor mío, y compadézcame!, el proyecto de glorificación de mi nombre y de honores a mi memoria acabó en bochornoso debate. Todavía discuten mis conciudadanos los quilates de mis merecimientos, para decidir si se me exalta o se me degrada. ¿Dónde se detendrá el péndulo de la opinión humana? ¿Seré o no seré lo que soy? ¿Ni siquiera, ah, me tocará la justicia póstuma, que es la última y la más económica de las justicias?

Otra alma se adelantó para decir:

—Mi horrendo pecado consistió en nacer antes de tiempo, para vivir en época que no me correspondía. Los hados crueles dispusieron que mi luz brillara en días

oscuros y mediocres; y como las tinieblas eran tan densas, mi luz, en vez de alumbrar, ofuscó. La superstición y el prejuicio, enemigos mortales de la sabiduría calumniaron y escarnecieron mi ciencia, calificándola de brujería y arte diabólico. No sospecha usted cuánta fue mi tortura. Por último, decidieron incinerarme como pobre leño sin valor, o como si fuese reo de infamante delito. De esta suerte se consumó el estupendo fenómeno de una luz quemada en la hoguera, o de la llama devorada por la misma llama, puesto que era lumbre espiritual, fuego santo de la inteligencia, lo que la pira convirtió en tristes cenizas.

—¿Y cuál fue el epílogo de su historia?

El epílogo de mi historia fue no tenerlo. Sin embargo, mucho tiempo después unos pacientes eruditos rehabilitaron mi memoria, exhumándola de la cripta oscura del olvido. Casi pudiera decir que me descubrieron. Y como pasados tantos años, era preciso reparar en debida forma la justicia ultrajada, se escribieron libros en mi elogio y se me glorificó en las formas del bronce. En concurrida vía de antigua ciudad se alza mi estatua pensativa.

Oyendo esto los demás espíritus soltaron, como velas al viento, el flamante coro de sus risas.

—¿De qué se ríen ustedes?

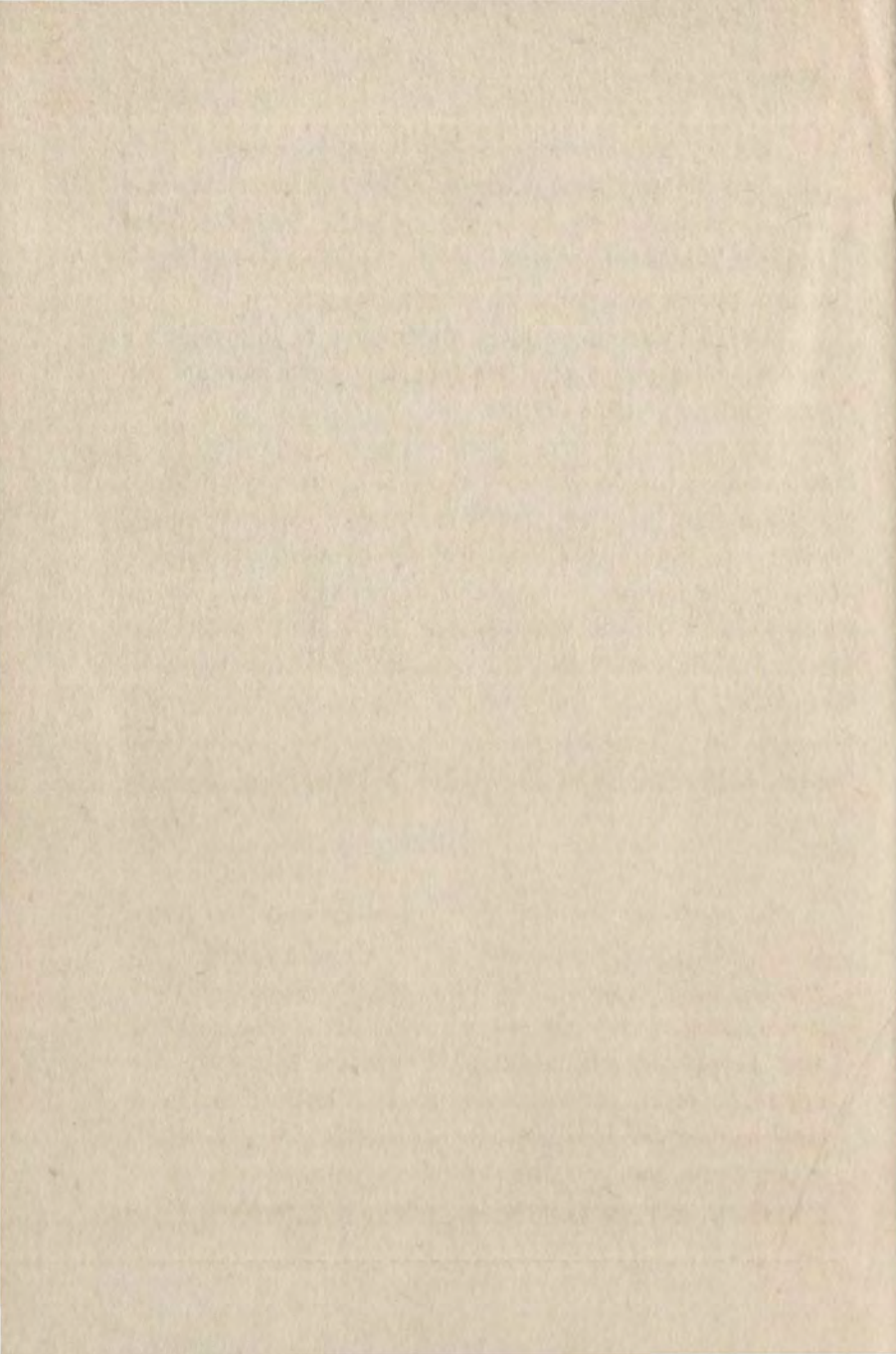
—¡Oh, estatuas, estatuas! —exclamó uno—; ¡bustos, bustos! También tengo la mía en el lugar donde nací, y hasta me parece que algunos troncos o cabezas. En esto, como en todo, hay necesarias categorías, y una especie

de orden jerárquico, según la importancia del sujeto. Algunos no llegan sino hasta el busto; otros apenas alcanzan el grado de epónimos. A los de mayor envergadura los inmortalizan de cuerpo entero, y en actitud ecuestre cuando fueron gente de a caballo y de armas. Como los sabios vamos siempre a pié, en actitud pacífica, cuando más nos representan sentados en alguna poltrona.

—Ciertamente —corroboró la sombra de un genio incomprendido que no hizo sino fracasar toda la vida—; las estatuas, como los bustos y demás representaciones escultóricas de la inmortalidad, reparten la fama según su medida y sus proporciones. ¿Quién puede negar, por ejemplo, que para la gente vulgar, o el llamado público grueso, la estatua de figura entera y de tamaño heroico es más honorífica que el busto modesto, que parece cuerpo mutilado? Pero yendo a otra cosa, y aunque resulte extravagante decirlo, se me ocurre que eso de condenarlo a uno, así sea en la materia inerte, a permanecer siempre inmutable, en la misma y perpetua actitud, indica por lo menos falta de imaginación y de agilidad de espíritu. Lo indicado sería que cada cierto número de años les modificaran la postura a estatuas y a bustos. ¿Qué opinan ustedes de esta innovación? De tal suerte hasta castigaríamos incluso la avaricia y el egoísmo de los hombres, que en vida dejan perecer de miseria y necesidad a tantos sabios, genios, inventores y artistas, y que luego, cuando los ven cadáveres rematados e irrevocables, corren desalados a prodigar su dinero en glorificaciones fastuosas de las víctimas.

Las sombras restantes hablaron un poco más cada una, con amargo tono y agrios reproches, refiriendo sus odiseas pintorescas y lamentables y escarneciéndose ellas mismas con ironías crueles, como si encontraran masoquista placer en exhibir su propia tragedia.

Luégo la ronda se alejó, dejándome la impresión de que aquellas almas eran las más castigadas porque sufrían inicuo y doble castigo.



— XIII —

El lector va a encontrar en breve un personaje extraño y fascinador. Increíble y extraordinario caso de buena suerte. La muela de la máscara del azar y la risa sardónica de la fortuna veleidosa. Se verá también cómo se convierten los limbos en paraísos gracias a la buena voluntad de los rascaliras, los bohemios del plano astral y otros vagabundos ultraterrenos. Estrafalaria odisea del muerto de hambre, y divertida historia del marido confiado. Se habla también del hombre que falleció de repente.

Mi condición inquieta de alma ambulante me llevó después a otro sitio apartado de la nebulosa, donde tuve oportunidad de conocer un raro espíritu, o sombra diré mejor, porque casi que no era más que flúido, emanación, o sutil esencia síquica, la vagarosa forma que encontré en aquel insospechado rincón, dándome la impresión exótica del anacoreta por la soledad en que estaba y por cierto aire peculiar suyo de timidez y misantropía. Por cierto que me pareció inconsistente y proteica larva

este singular espíritu que ante mí estaba, erguido de improviso como fantasma en el solitario paraje y aparentemente atemorizado por mi presencia.

El evasivo espíritu dejó salir, no supe bien de dónde, cierta risita entrecortada y nerviosa, apenas lo interrogué por su origen y por las causas de su permanencia en aquel sitio. Después, cobrando repentina confianza, y mirando con zozobra a su alrededor, cual si temiese ser escuchado por oyentes poco comprensivos, se expresó de esta suerte:

—Espero, caballero, que no se burlará de mí cuando oiga lo que voy a contarle. Durante mi vida mortal fui, como muchos, un optimista, un rematado iluso; nadie ni nada pudieron hacer flaquear mi confianza y mi ciega fe en el porvenir. Pertenecía por derecho propio a la clase benemérita e inefable de los hombres que no dudan jamás del éxito halagüeño, y era un refinado gastrónomo de la esperanza. ¡Qué succulentos banquetes los que devoraba a diario, con feroz apetito, mi desenfrenada gula de soñador empedernido y de horticultor de quimeras! En semejante disposición de ánimo la existencia venía a ser, sin duda, sonrosado cuento de hadas. Pero lo más estupendo y digno de admiración fue, ¿no le parece así?, mi capacidad de resistencia para soportar los reiterados fracasos y las continuas decepciones sin que mi cándido optimismo sufriera deterioro ni menoscabo. De cada derrota, de cada desilusión, resurgían mi fe y mi confianza más vigorosas que antes, acrisoladas y depuradas, como si las reiteradas pruebas y los

tenaces descalabros, en vez de debilitarlas y aniquilarlas, les infundieran nueva vida y mayor fortaleza. Bien: sintetizando mi caso le diré que mientras viví fui el hombre que jamás perdió el ánimo y que confió siempre en su buena estrella.

—Así, pues —interrumpí—, fue usted el viviente feliz.

—Nada de eso, caballero; pero me alimentaba de la esperanza de serlo, y hasta creo que engordaba. En realidad, lo que debía de estar era hinchado o inflado; y me parece que intoxicado también, porque no hay nada tan ponzoñoso como el optimismo cuando se trueca en obsesión. Y no existen triaca ni antídoto contra su virtud malsana. Pero lo particular está en que es toxina que no mata, breva que no destruye, sino que, por el contrario, vivifica paradójicamente. Vivía yo, y aquí comienza mi historia, en una ciudad de esas donde, sin percatarse de ello, las gentes acaban convirtiéndose en feligreses del azar, y levantándole templos y adoratorios a la suerte, no sólo materiales sino en sus mismos corazones. Sabrá usted, por supuesto, lo que es la pasión del juego y las formas tan variadas como curiosas que presenta. Hay hombres que juegan sus vidas alegre y despreocupadamente, y los hay que no arriesgarían un cabello en operaciones aleatorias. Y así también hay gentes que se embriagan de gozo con la trivialidad de un juego casero, rutinario y apacible, mientras que otros sólo encuentran placer en la exaltación del peligro y el escalofrío de la emoción fuerte. No fui de los unos ni de los otros; per-

tenecí sencillamente al término medio, categoría tranquila y aplomada de quienes buscan en el azar la sensación voluptuosa, pero a la vez, y con mayor anhelo y empeño, la fortuna. ¿Qué cree, qué supone usted que fui, caballero? Pues un simple, y terco, y supersticioso jugador de lotería. Veinte años continuos corrí desalado tras de la suerte, con la más patética y rabiosa constancia y la fe más enconada. ¿Concibe usted el espectáculo infantil y monótono del hombre que juega con regularidad a la lotería, emocionándose periódicamente, haciendo cálculos y vaticinios sobre la pizarra de su sentimiento interesado, tirándose cada mañana entre pecho y espalda su cucharada de ilusión renovada, y que, cuantas veces pierde, apunta en el acto otra jugada, para no tener tiempo de experimentar remordimientos?

Yo perdí siempre —prosiguió luego con humildad—, jugando en seguida invariablemente. Sacaba fuerzas y ánimo de la propia pérdida, y confianza de la misma desesperación. Pero digo mal: nunca llegué a desesperarme. Fui como el bebedor que mientras más bebe mayor y más angustiosa sed experimenta. Y así colmaba mi ardor con nuevas copas de optimismo. Veinte años jugué, sí señor mío, sin conocer jamás la sonrisa de la fortuna. La suerte me huía como la mujer perseguida. Por fin, ¡oh, no era posible que quedara sin premio tanta tenacidad!, un día cualquiera la muerte me clausuró los ojos. Fue la víspera del sorteo habitual, y yo tenía, como de costumbre, mi billete comprado. Al amanecer me enterraron, y recuerdo muy bien que pasaba el cortejo

fúnebre cuando los pregoneros gritaban el número favorecido. No lo oyeron mis oídos materiales, pero mi alma lo escuchó clara y distintamente, como si fuera una sentencia. ¡Mi billete era el premiado! ¡Acababa de ganar, oh hados irónicos, la codiciada lotería!

De nuevo dejó escapar la larva proteica su risita entrecortada y nerviosa, continuando en seguida:

—Le confieso que siento gran vergüenza al referir este episodio lamentable que de tal suerte me puso en ridículo y en escarnio. No es para menos, caballero. Burlarse la suerte de un pobre mortal resulta cruel y odioso, aunque también muy femenino. Y es cobarde así mismo porque, como ocurrió en mi caso, ni siquiera queda el recurso de la protesta.

En este punto de la charla, y como viese que el pudoroso cenobita, terminado el relato se iba a sumir en abstrusas disquisiciones y nuevas quejas, me despedí de él alegando cualquier pretexto, para seguir mi marcha sin rumbo, confiado a la ventura. Debía de ser la hora violeta y melancólica que en la Tierra llaman crepúsculo o tiempo del véspero, y seguramente la noche comenzaba allá su fugaz reinado y era la época del plenilunio, porque, desde la nebulosa, se distinguía, en la profundidad sideral, la blanca proyección del satélite sobre parte de la inmensa y oscura esfera terrestre.

Varias veces había pensado llegar hasta el asteroide frío y pálido, tan familiar entre las criaturas humanas y tan explotado como motivo estético por los poetas de la palabra y del color, y también del sonido, pero espe-

cialmente por los primeros. Navegué, como lo hiciera en otra ocasión hacia los predios marcianos, en dirección de la región selenia, encontrándome a poco en donde quería y deseaba, que es, por cierto, un lugar de los más apacibles y menos tediosos de cuantos sirven de asiento y ubicación a los numerosos limbos de almas.

La luna, tal como la veía ahora, no es la estepa desolada que parece a primera vista, o a simple vista mejor dicho, contemplada desde la Tierra. No existe allí tampoco el ambiente glacial que las gentes suponen. Y ya que la oportunidad se presenta, describiré brevemente el paisaje maravilloso que descubrí. Una atmósfera suave, tibia, ligeramente electrizada, envuelve como manto sutil el panorama dilatadísimo. Ondulantes colinas se extienden en distintas direcciones, semeando oleaje de mar, y formando risueños valles y en algunos puntos estrechas gargantas que parecen caminos fantásticos debido a su extraño y misterioso aspecto. Toda la luna es vasto jardín. La luz irradia perennemente de la superficie del satélite, dando la impresión de que se desprende de la vegetación milagrosa, de las pequeñas montañas, de la flora rarísima, y de asombrosas corrientes semejantes a ríos que se deslizan rumorosamente con cierto ruido musical pero que en lugar de aguas, como los de la Tierra, llevan una sustancia inconsistente, fugaz, tenue, de coloración brillante y traslúcida.

El luminoso fenómeno me maravillaba, y fue lo que más llamó mi atención conjuntamente con otra peculiaridad del asteroide, consistente en la continua emanación

de cierto flúido que todos los objetos emiten a manera de respiración. La luz es intensa y blanca, de un mágico color que escapa a toda descripción con palabras, pero no hiere los ojos sino que los acaricia dulcemente. Creo que esta luz es la que les da a las cosas, y en particular al paisaje, su extraña y fascinadora apariencia de seres que viven.

Más que el aspecto exótico del conjunto me impresionó, sin embargo, la emanación perenne que vuela, como impalpable esencia, de todas las formas lunares, difundiéndose con extraordinaria fuerza no solamente en la propia atmósfera selenia, sino también hasta grandes distancias en la estratósfera, confundida con las ondas luminosas. Ahora me explico y comprendo la causa de esa estupenda virtud de sopor y de languidez que tienen las noches terrestres en las épocas de plenilunio, y puedo darme cuenta cabal del embrujamiento que la luna, o su pálida lumbre fría, les comunica a los objetos y a las imaginaciones propensas a la fantasía y al ensueño. Porque el flúido de que se trata es como vapor sutil, como fino y difuso veneno sabiamente dosificado, o como narcótico suavísimo que apenas alcanza a poner sobre los párpados ligero letargo.

No me cansaba de admirar la rareza y magnificencia de la flora que por dondequiera se alza a suscitar el pasmo de los ojos. Erguidos sobre largos tallos se abren, como invertidas campanas, lirios enormes de dorados pistilos. Grandes y fastuosas flores estrelladas, cuyos pétalos parecen guardar blanca llama interior, forman

constelación espléndida. En algunos puntos, con cierta petulancia insular, se levantan en apretados hases formas florales de extraño y bello dibujo, algunas de las cuales se mueven como si estuvieran dotadas de suma sensibilidad. Dichas formas deben de estar constituídas por sustancias muy vivas, porque semejan carne de mujer, y tienen la coloración de la fina piel femenina. En el aladinesco jardín nada hay pequeño ni diminuto; se desconoce por completo la miniatura; las cosas son de grandes proporciones, pero bellas y armoniosas. Todo es allí blanco y traslúcido con la blancura de la nieve y la transparencia del agua pura; y al mismo tiempo, y como por milagro de luz, de esa maravillosa luz que anima y transfigura el paisaje, ofrece las sorprendentes tonalidades y los inverosímiles matices de una gama de la blancura. Imaginen ustedes, lectores de estas memorias, las cosas más claras y luminosas: un alba en estío, un seno de virgen rubia, una perla o un bloque de nácar húmedo bajo el sol, una magnolia en el escote de una mujer vestida de terciopelo negro . . .

Me hallaba absorto contemplando tan esplendoroso espectáculo cuando llegaron junto a mí varias sombras de aspecto ágil y jovial, representando tres parejas de distinto tipo y categoría. Me llamó la atención su aire despreocupado y alegre, de gente que no tiene prisa, que carece de itinerario, y que se nutre del más alimenticio buen humor. Pero conviene que las describa por separado. La primera pareja, que parecía presidir la jubilosa ronda, era de poetas, según me informaron ellos mis-

mos. Integraban la otra bohemia profesionales y diplomados, gente que por cierto goza de mucho predicamento en la región selenia, debido a que durante su vida mortal, y como buenos trasnochadores, son los más fieles, constantes y devotos feligreses del culto a la luna. De la tercera pareja pude averiguar en seguida que era de vagabundos, o mejor dicho, individuos aficionados con pasión a las emociones y sorpresas de la trashumancia y a los gratos placeres del ocio.

Uno de los rascaliras habló con voz dulce y rítmica:

—Mi compañero y yo somos representantes o exponentes del alto gremio de los cultivadores del verso. En este limbo, que es de los más habitables, hay gran cantidad de ellos. Espero que, por lo menos, conocerá usted buena parte. En la Tierra, como seguramente oiría decir alguna vez, no es bien efectiva y sincera la solidaridad de los hijos de Apolo, debido a que por su condición humana y material, están sometidos a las leyes comunes de las pasiones y las miserias físicas, lo que, naturalmente, provoca y estimula entre ellos desavenencias, rencores, envidias, chismes y otras manifestaciones análogas; pero aquí es muy distinto, pues se desconoce por completo esa clase de sentimientos carnales, pobre producto del instinto, y sólo reina la armonía y la más agradable comprensión. Existe también sano y cordial espíritu democrático. Los más ilustres bardos se codean con familiaridad encomiable con poetas anónimos y con vates de producción casi inédita. Van hombro con hombro, en admira-

ble fraternidad, las águilas de la poesía, los astros de la rima, con los oscuros trovadores y con los silenciosos felibres que tallan para los iniciados joyas líricas de misterioso sentido, lo que vale como decir que no están al alcance del vulgo.

—¡Encantadora hermandad! —exclamé—; ¡feliz acuerdo de compañeros y camaradas!

—Oh, sí, señor mío; es algo asombroso y ejemplar, que sólo puede verse en los planos astrales. Esto, más que limbo, es auténtico paraíso, tipo de Arcadia ultraterrestre. Y es tal el espíritu que aquí domina, y tan verdadero y cierto el ánimo desapasionado, que podrá usted ver nefelibatos de gran fama que fingen olvidar su pasado excelso, sus glorias terrenales, para asimilarse mejor a ignorados labradores del metro y la consonancia. Pero observo que no le he hecho aún la atención y el homenaje tradicionales, recitándole alguno de mis poemas. Le ruego prestarme su audición.

El amable y cortés rascalira se preparó con algunos preámbulos clásicos, de índole plástica y laríngea, o en otros términos, hizo el ademán de aclarar su garganta mientras asumía actitud de estatua de museo. En seguida, con el acento peculiar y la entonación inequívoca que emplean los declamadores, acompasada y vibrante, me dio cantó una oda de regulares proporciones, a la que sucedió lenta melopea, y luego un tríptico de sonetos de corte madrigalesco.

A su turno, el otro poeta cumplió también los debe-

res de cortesía recitando con apasionada voz y gesto inspirado un romance de amor y un poema épico.

Yo sentía gran deseo y curiosidad de oír a los bohemios y a los vagabundos, cuyos relatos y opiniones serían, sin duda, de mucho interés y amenidad. El que parecía más autorizado de la pareja de los primeros se adelantó un poco a su acompañante, y, previa ligera reverencia, que, no sé por qué se me hizo cosa de burla, se expresó de esta guisa:

—A los de nuestro gremio se nos ha enviado aquí con propósitos deliberados de sanción y purificación. Los limbos, es cuestión sabida, son como lugares de cuarentena o lazaretos de salud donde las almas que no han alcanzado el grado de pureza necesario para entrar en los paraísos, o que pertenecen a personas que no murieron normalmente, deben expiar por tiempo determinado su condición defectuosa, aquilatándose debidamente. Pero nos preguntamos: ¿cuál es nuestro pecado, o cuál nuestra índole ambigua, suficiente para catalogarnos como limbistas? Para mí tengo, y de idéntico modo piensan mis distinguidos colegas, que la permanencia aquí no implica para nosotros sanción alguna y mucho menos estancia desagradable. Recordará usted que en la Tierra los bohemios son gente sencilla y nada exigente, que se adaptan con facilidad a todas las situaciones, y cuya naturaleza sobria les permite vivir con poco. La suya es profesión paradójicamente económica. El ocio es su religión; la vida fantástica y absurda, soñadora e incierta, su destino y su misión en el mundo. Aman la noche

como a una mujer, acaso porque la noche es falaz y llena de encrucijadas. Y nada les importa el tiempo, porque para ellos es lo mismo el momento presente que el que pasó y el que vendrá, puesto que no tienen afán ni preocupaciones. ¡Qué risa pensar que estamos aquí como penitentes! Cuando éramos criaturas vivas y carnales vivíamos a la luz de la luna nuestra verdadera existencia, haciendo cuenta, cuando no la había, que las luces artificiales la reemplazaban. ¿Cómo mirar, pues, cual si fuese castigo, la existencia en estos lugares que son la misma fuente de esa luz, la propia y milagrosa causa de esa nocturna alegría y de ese placer funambulesco que sentíamos cuando éramos hombres vivientes, amigos de la truhanería, bebedores fanáticos y aficionados rabiosos al espectáculo del amanecer?

Por último habló uno de los vagabundos:

—La que se cumple con nosotros sí es sanción efectiva, puesto que nos condena cruelmente a la estabilidad y a la rutina de los hechos iguales. Hay que ser hijo de la aventura, andarín sin brújula, que nunca sabe dónde verá el alba y el crepúsculo, para comprender y apreciar lo que significa para él la pena de la permanencia. Los hombres de nuestra profesión —¿sonríe usted?— tienen el alma proteica y la imaginación muy inquieta; experimentan, además, el horror del mismo paisaje. Su felicidad es andar, su religión la mudanza constante. Aman con pasión lo imprevisto, porque en lo inesperado está para ellos el sentido y la sal de la vida. Por lo demás, ¿quién puede ser más dichoso que el vagabundo?

Su existencia es alegre por lo que tiene de aleatorio y de expuesto, y por su riqueza de episodios.

De regreso en la nebulosa, casi choqué, en una de mis correrías, con cierto espíritu de aspecto extravagante, pues parecía constar de dos partes o secciones unidas débilmente en la región de la cintura. Su silueta obligaba a pensar fatalmente en esos embutidos de las tiendas de salsamentaria, que semejan rosarios de largas cuentas, pues daba la impresión de haber sido estrangulado por la mitad.

—Soy el alma de alguien que pereció de hambre —dijo con cierto hipo de angustia. El destino me asignó papel entre los miserables de la tierra, donde sufrí todas las humillaciones posibles. ¿No le dicen nada mi aspecto lastimoso, y esta repugnante expresión que tengo de pájaro disecado sin arte?

Como no pude aceptar jamás el hecho absurdo de la muerte por falta de alimentación, ya que en mis palacios los manjares sobraban y hasta se arrojaban a los perros, pregunté con ingenuidad disculpable:

—¿Pero es realmente cierto, o siquiera verosímil, que existen seres humanos que fallecen de esa manera?

—Tan verdadero y auténtico —contestó—, que hubo épocas en el mundo en que tal forma de defunción ocurría de modo colectivo. El hambre hacía macabras hecatombes, lo mismo que la peste y la guerra, paseándose por comarcas enteras, aullante y vestido de harapos. Es por esto que lo describen como uno de los cuatro jinetes de la pesadilla de Patmos. Más tarde, el hambre se hace

individual y hasta vergonzante. En ocasiones, asociándose con el orgullo, causa deplorables y oscuros dramas. Se debía escribir la tragedia del que perece de necesidad y de vergüenza a la vez. Yo sufrí menos porque fui un hambriento cualquiera; un desalimentado vulgar, común y corriente, de esos que ambulan por las calles. Nadie quería creerme que tenía ya casi pegada una contra las paredes del estómago, hasta que una mañana amanecí definitivamente sin apetito, tirado y rígido sobre un quicio. No podría decir con certeza en qué momento preciso ocurrió mi defunción, pero sí recuerdo que padecí fenómenos extraños y desconocidos y grandes calambres que no viene al caso rememorar.

Sonó una risotada a nuestras espaldas. Me volví con prontitud, a tiempo que nuevo personaje, con apariencias de bufón, exclamaba despectivamente:

—¡Morir de necesidad material! ¡Fallecer por falta de combustible en la estufa del vientre! Hé aquí una muerte prosaica y que suscita indignación; una muerte que parece mentira.

La figura de payaso del personaje me desagradó porque revelaba cierto cinismo, y porque no se podía saber con certeza si hablaba en serio o en broma. Debía ser muy locuaz, pues siguió diciendo, sin que nadie lo interrogara:

—Le referiré en pocas palabras qué motivo me trajo a esta isla de desterrados. ¿No somos, pues, aquí como colonia de exilados que de todas partes rechazan? Por lo que toca conmigo, confieso humildemente que si hu-

quiera limbo especial para cándidos y confiados, yo debía ser su primer inquilino. Me correspondería por derecho propio estar allí. Ahora me preguntarán por qué. Pues por la sencilla razón de que, en mi peregrinación por el mundo, desempeñé con fidelidad patética y ejemplar in-consciencia el papel de marido confiado.

—Cuenta, cuenta usted cómo fue eso —exclamé con repentino entusiasmo y rabioso anhelo.

—La mujer que me tocó por esposa, y que pertenecía a familia tradicionalmente honrada y casta, tenía bastantes atractivos y estaba en lo mejor de su juventud cuando acontecieron los hechos. La fama de honestidad de dicha familia era tan histórica y tan fundamentalmente sólida, que daba la sensación de ser un edificio de cemento. Mi mujer tenía, por otra parte, condición tan flemática y temperamento tan álgido, que me sentía completamente tranquilo respecto de su afecto y fidelidad. Con frecuencia me acometía varonil orgullo de ser dueño y señor de tan acabada mujer y ejemplar compañera. Y no solamente me satisfacía la posesión de tan perfecta joya conyugal, espejo de casadas, sino que me solazaba exaltándola ante mis amigos como modelo de acabadas esposas. Vivía en permanente felicidad, anegado en esa agradable euforia que acompaña a ciertos enfermos. Hasta me parece que envidiaban mi buena suerte.

Llegó el día, sin embargo, en que aquella casera paz hubo de alterarse, para comprobación quizás de la vieja sentencia que dice que no hay dicha completa ni permanente. El buen concepto que tenía de mi esposa era tan

absoluto, que jamás sentí inquietud ni escrúpulo en darle toda libertad, permitiendo además la asidua visita de los amigos a mi casa. Y esta ceguera fue la que me perdió. Esta confianza en la solidez y resistencia de los materiales del pétreo edificio. Cierta tarde que regresé al hogar a hora inusitada, encontré a mi glacial mujer en brazos de uno de mis íntimos. Quien no haya vivido esos momentos psicológicos ignora con ignorancia cúbica lo que se experimenta en tales casos. Es un auténtico traumatismo moral y sentimental. La mente parece hundirse en el caos, las ideas se disuelven, el pensamiento se anarquiza. ¡Cómo no contemplar con espanto y paralizante estupor el derrumbamiento de toda una arquitectura maestra! Póngase en mi lugar, y dígame si no es horrible lo que me aconteció. ¡Mi mujer tan virtuosa, caballero! ¡Un monumento de castidad tradicional, de pureza histórica! ¿No es para enloquecer pensando en la propia simplicidad? ¿No es para morir de risa y dolor a la vez?

—Fallecería usted, por supuesto —opiné—, debido a esa catástrofe doméstica.

—Nó, no —replicó vivamente—; todo lo contrario; viví algunos años más en el mejor estado de salud. Mi mujer, que era muy sagaz, me demostró que yo era el culpable, recobrando así mi confianza. Nunca más volví a sorprenderla, por otra parte. Y así recuperó la pobre su antiguo prestigio de virtud, rehabilitándose a mis ojos con el tiempo que todo lo cura y purifica.

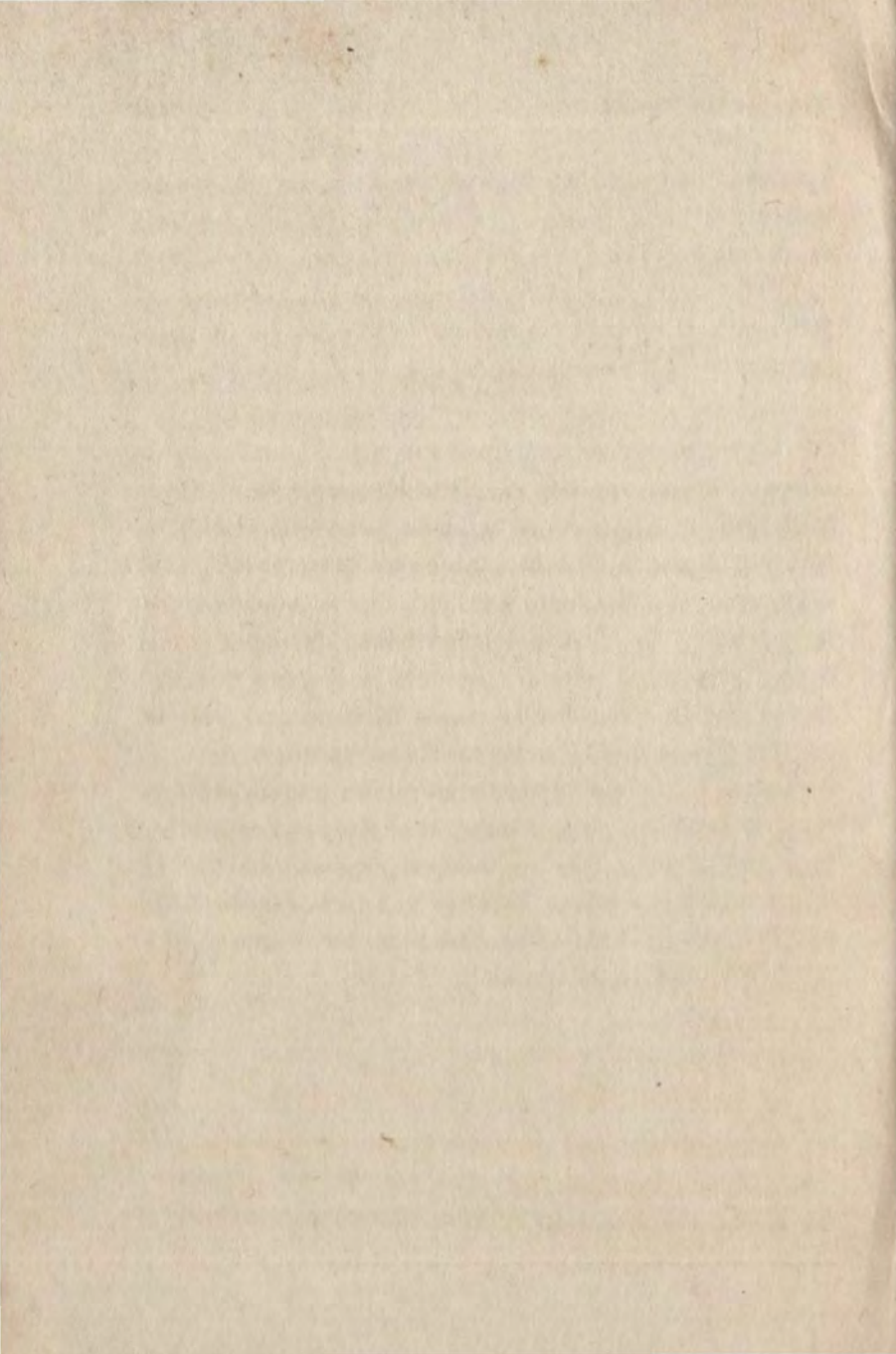
En esto se acercó a nosotros una sombra que venía sola, estremeciéndose a cada instante con sacudidas con-

vulsivas. Me miró con ojos de espanto, sin pronunciar palabra, y luego prosiguió su camino. Intenté llamarla en el acto.

—Es mejor que no la detenga, porque no tiene objeto —dijo el espíritu del muerto de hambre. Su mutismo es completo e irremediable.

—Quién es, pues? —inquirí con piadoso interés.

—El alma de un individuo que falleció de repente. ¿Reparó en su expresión de pánico? Siempre está dando la impresión de que no se le pasan todavía el susto y la sorpresa. Acaso la domina también cierta vergüenza. ¿Conoce usted algo más tonto y ridículo que la llamada muerte repentina? La muerte boba la llamarían mejor y con mayor propiedad. Aunque también es verdad que hay gentes que la consideran como la más deseable porque, sin duda, es la que no se siente, la verdadera muerte anestésica. Y hay que convenir en que la muerte sin agónías, sufrimientos ni torturas, sin miedos ni angustias, es la menos desagradable, aunque por otra parte sea la más estúpida y abusiva. Para los que temen morir es la más indicada evidentemente. ¡Lástima que no pueda ocurrir a voluntad del interesado!



EPILOGO

Aquí concluyen las memorias de lo que fue hasta el momento presente la vida de un muerto en ultratumba. A no pocos de sus lectores les habrá parecido sin duda, absurdo, o por lo menos paradójico el relato de la existencia de un sér, precisamente cuando ya no lo es de carne y hueso, o dejó de serlo desde el instante mismo de su muerte; pero, ¿quién puede saber con certeza dónde principia y dónde acaba la verdadera vida?

La mayoría de las gentes se figura que el hecho común y corriente de la defunción elimina la personalidad del sujeto, y que, una vez cadáver, todo queda disuelto, como terrón de azúcar en el agua, con la liquidación de la materia. Aún más: tienen del alma idea oscura y confusa, y tan abstracta que no la conciben distintamente de la entidad pasiva y contemplativa destinada al gozo rutinario y perpetuo o al implacable y monótono sufrimiento. Y nada más errado que semejante concepción.

Durante mi larga permanencia en los planos astrales, he podido comprobar que el espíritu es energía activa y a la vez conciencia en función libre y permanente. El

individuo continúa, pues, viviendo, aunque bajo formas diferentes que escapan a la percepción de los sentidos humanos materiales. No hace sino cambiar de aspecto, dejando una representación física, transitoria y fungible, para asumir otra representación, impalpable y sutil, pero perdurable. Ustedes se han enterado ya, por lo que acaban de leer en trece capítulos o pasajes, de que la existencia de un alma puede ser hasta una odisea, y una novela incluso, si se le pone a su relato algo de imaginación y fantasía, siendo muy factible actuar como histrión o como simple espectador, en aventuras interesantes, aunque sean nada más que de índole verbal, sobre todo cuando ellas han de ocurrir en lugares exóticos como lo son indudablemente los limbos.

No negarán ustedes, desconcertados lectores, que en tales sitios se encuentran tipos que vale la pena conocer, y suceden y se dicen cosas poco comunes. ¡Cuántas sorpresas habrán recibido, por otra parte, en el curso de este relato, y cuántos sobresaltos han debido experimentar!

De mí sé decirles, con la mayor sinceridad, que determiné quedarme en la nebulosa, asiento de uno de los limbos más importantes y concurridos; y me complazco, además, en anunciarles, sin compromiso alguno por supuesto, que no es improbable que transmita a los hombres vivientes la segunda parte de estas memorias, que vendría a ser como el segundo tomo, y en la que les haré nuevas e interesantes revelaciones. Esto, fué de ser instructiva y amena forma de noticia, podría servir de

eficaz propaganda para los limbos, parajes un poco desacreditados por causa del abuso que se hace de los dogmas religiosos, conjuntamente con los paraísos y sitios de castigo.

Deseo informar a los habitantes de la Tierra, aprovechando la coyuntura, que los limbos no son agradables por completo, pero tampoco desagradables; son limbos, es decir lugares de estancia provisional, residencias que le imprimen al inquilino cierto carácter ambiguo, puesto que no se sabe bien lo que es mientras allí permanece. En todo caso ténganlo por seguro que si no toman las posibles medidas y precauciones para sufrir una muerte normal y protocolaria, que se ajuste a la tradición y a la rutina fúnebres, allá irán a dar fatalmente sus espíritus. Es superfluo, por tanto, advertirles que lo mejor y más conveniente, y también lo más cómodo, es fallecer de muerte natural, sin complicaciones ni adornos. Por la experiencia que poseo, quiero recomendarles especialmente la muerte en la cama. Es la muerte ideal y la más acreditada; la que usan ¡ay, por desgracia una sola vez en su vida! las personas de edad avanzada, los burgueses metódicos, y esas precavidas personas que se meten inmediatamente en el lecho no bien sienten la menor indisposición.

Defunciones así, tranquilas y ordenadas, ofrecen ventajas inapreciables, como son, por ejemplo, la de poder pronunciar frases memorables y en ocasiones cabalísticas, y la de servir de modelo para todos aquellos que

se preocupan seriamente por la actitud que han de asumir en el momento de expirar.

Porque no debe perderse de vista, a todo lo largo de la existencia, por corta que sea, que la muerte es hecho sencillo pero de suma importancia y gravedad, hasta el punto de que una vez ocurrida no admite revocatoria ni modificación alguna. Cada cual procure, pues que el suyo sea un fallecimiento apacible, sin violencias ni extravagancias, que no deje lugar a duda sobre su autenticidad, y que por ningún motivo pueda dar lugar a que lo clasifiquen como muerto provisional.

Recuerden siempre lo que le ocurrió a este servidor de ustedes.



— F I N —

SE ACABO DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN MANIZA-
LES EL 15 DE SEPTIEM-
BRE DE 1936.



MUNICIPIO
SANTIAGO DE CALI

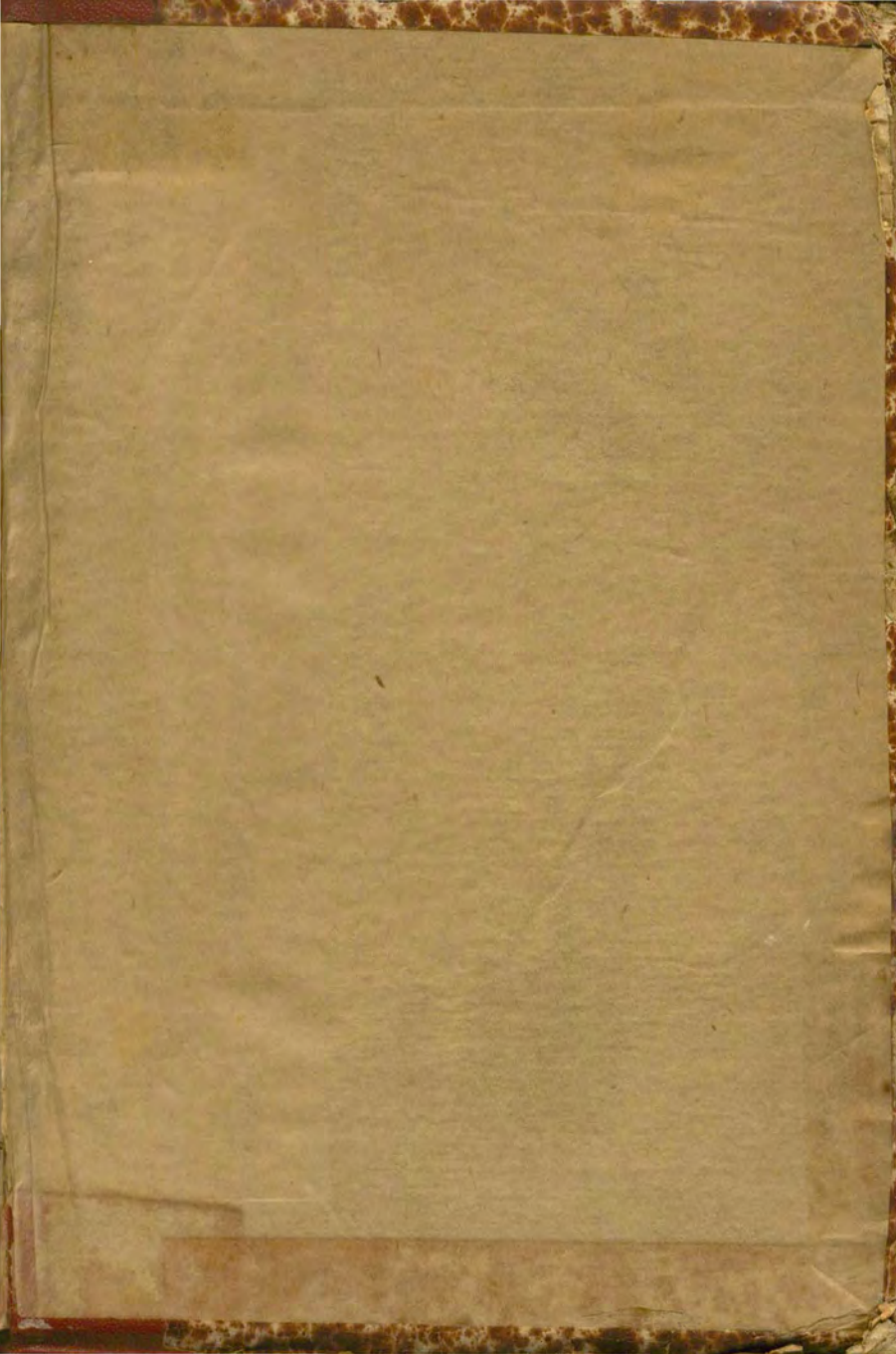
CODIGO

2-18-53082

NIT.

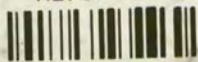
8720

F 23440



Secretaria de Cultura y Turismo

RBPC - Cali



107051